



SOCIEDAD JURIDICO-LITERARIA

# REVISTA

NUEVA SERIE \* TOMO XIX \*

NOVIEMBRE Y DICIEMBRE DE 1917

NUM. 54 Y 55

..... QUITO—ECUADOR .....

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL

# SUMARIO

---

	Págs.
<i>Nicolás Jiménez</i> , El Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Federico González Suárez .....	241
<i>Manuel María Sánchez</i> , Federico González Suárez (poesía) .....	302
<i>L. F. Borja (hijo)</i> , González Suárez: su vida y su obra .....	305
<i>Remigio Crespo Toral</i> , Los Genios .....	326
<i>Julio E. Moreno</i> , Remigio Crespo Toral .....	330
<i>Telmo R. Viteri</i> , González Suárez y el Ejército .....	359
<i>J. E. M.</i> , Un retrato de González Suárez .....	373

---

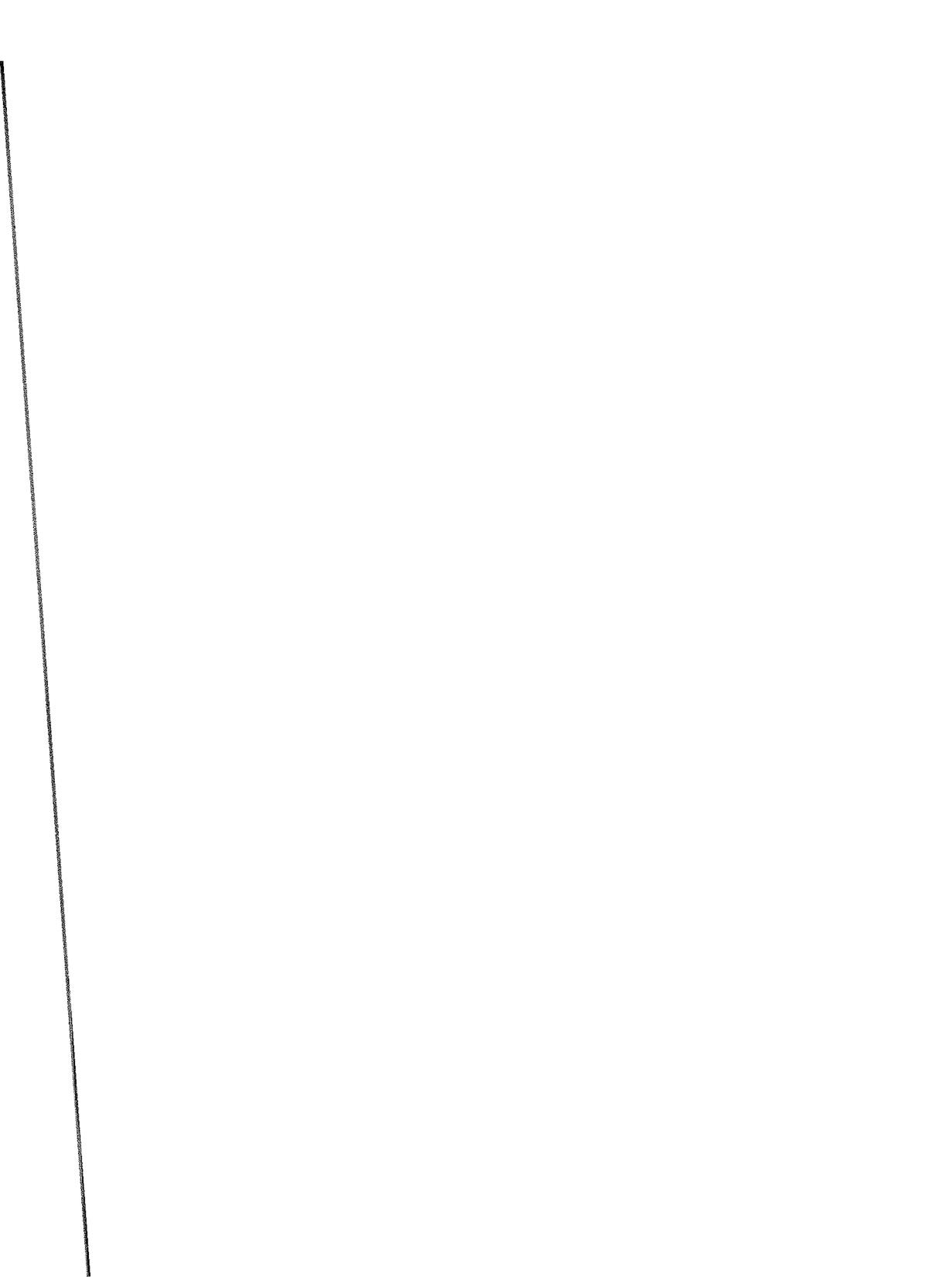
## COMISION DIRECTIVA DE LA REVISTA

Julio E. Moreno                      Isaac J. Barrera  
Homero Viteri Lafrante

---

Para colaboración dirigirse al  
Presidente de la Sociedad "Jurídico-Literaria"  
Para asuntos de administración, al Tesorero.  
Apartado de Correo N° 268

QUITO—ECUADOR.







**El Ilmo. Federico González Suárez,**  
poco antes de su muerte (retrato al óleo por Víctor M. Mideros).



# REVISTA

DE LA

SOCIEDAD "JURÍDICO-LITERARIA"

---

El Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D.

**FEDERICO GONZALEZ SUAREZ**

En mi concepto, no hay más que cuatro o cinco ecuatorianos que merecen una biografía extensa y completa, tanto porque su vida encierra hechos de magnitud que influyeron en la suerte de la patria, cuanto porque de ella dimanán enseñanzas que pueden servir de modelo a los que sienten aletear en su interior el carácter férreo o el ingenio excepcional.

González Suárez, indudablemente, forma parte de esa reducida constelación y, dentro de ella, ocupa lugar distinguido.

El arco luminoso de su vida, arrancando de las estrecheces y pobreza de su niñez, empapada en las lágrimas de la orfandad y el infortunio, se distiende en curva altísima y prolongada; linda con lo excelso y lo sublime, recibe y refleja los rayos de la inmortalidad, y, al cabo

de gloriosa permanencia, se esconde entre las sombras de la muerte.

En esa vida, en que el esfuerzo individual es el principal y único factor; en que el talento es tan enorme como la fuerza del carácter; en esa vida de estudio y de trabajo infatigable, de meditación y de acción continuada; en esa vida de escritor fecundísimo y de celoso pastor de almas, de literato y de Prelado; en esa vida, cuyas páginas parecen esculpidas con los hechos no de una sola sino de muchas almas—¡tan múltiple y laboriosa, tan compleja y fecunda es!—hay enseñanzas y advertencias para todos y no cabe abarcársela en su conjunto ni desentrañar todo su significado sino escribiendo un libro voluminoso, con abundancia de datos, con profusión de detalles, con disertaciones que pongan en relieve los hechos, con comentarios que desentrañen, para ejemplo común, las teorías y cuestiones, de todo género—literarias, políticas, religiosas, históricas, sociales, éticas, etc.,—que suscitan ese laborar incansable y ese conjunto enorme de facultades múltiples; y todo ello, colocado, como en escenario propio, en un fondo de historia patria, en época agitada y ruda, cuando chocaron, en lucha decisiva, dos bandos o dígase partidos políticos, desde antiguo antagónicos, que concentraron todas sus fuerzas y apelaron a todos los elementos de combate, de dentro y fuera de las fronteras patrias, para aniquilar al contrario y afirmar, con la victoria, la propia existencia.

No es, no puede ser, un ensayo como éste, el más adecuado, por la extensión o la calma, para trazar ese cuadro amplio y colorido. Es necesario un libro. Y yo lo escribiré algún día, porque a ello me impulsan el cariño al excelso personaje que acaba de desaparecer y algo así como un deber de compatriota para con el ecuatoriano, tan grande como incomprendido, que ha sido objeto de encontrados pareceres.

Hoy, apenas quiero esbozar los rasgos generales de esa obra, tanto para cumplir el encargo de mis amigos y consocios, cuanto para rendir modesto tributo de lágrimas y de afecto al amigo y al sabio, al patriota y al sacerdote immaculado.

## I

Nació Federico González Suárez el 13 de abril de 1844, en Quito, capital de la República del Ecuador.

Fueron sus padres el ciudadano de la vecina República de Colombia, don Manuel González, y la señora Mercedes Suárez, nacida también en Quito.

Ese hogar, formado por el afecto y no por cálculos ni conveniencias materiales, debió sentir pronto las incomodidades de la falta de bienes. Nacido el primogénito, el padre tuvo que ausentarse en busca de fortuna, consciente de la responsabilidad que pesaba sobre sus hombros, y fué a su patria, a tierra conocida por él, entre amigos y parientes, a laborar por el porvenir de la familia que había formado y del hijo querido, a quien dejaba apenas de cuatro años de edad.

En los esfuerzos, que desplegabá en busca de la fortuna, joven todavía, asaltóle la muerte, lejos de su humilde hogar. En un artículo que el Ilmo. González Suárez publicó en 1872, a la memoria del literato colombiano, señor José María Vergara y Vergara, se leen las siguientes frases, que condensan la amargura del huérfano que no gozó de la protección ni del cariño del padre: «Hijos también nosotros de un ciudadano de Colombia, la suerte de aquella nación nos interesa grandemente, nos toca muy de cerca. ¿Cómo mirar con indiferencia la desgracia o la ventura de esa tierra que guarda en su seno las cenizas de un padre, tanto más querido cuanto fue más desgraciado? ¡Solitaria e ignorada tumba de mi padre! cual si guardaras los restos de un extranjero en su propia patria, jamás recibes el lamento de la viuda desolada y del huérfano infeliz!»

Tratándose de un escritor que ha historiado, con tanto desenfado y franqueza, las miserias de las órdenes religiosas en la época colonial, no hay para qué encubrir el hecho evidentísimo de que esas mismas comunidades habían continuado, en el mismo reprehensible género de vida, hasta que García Moreno, llamado por algunos el

Regenerador del Ecuador, cauterizó con mano férrea, en 1862, esas llagas sociales.

Los años de 1850 y siguientes, cuando González Suárez se inició en el aprendizaje de las primeras letras, eran, pues, años de desconcierto y escándalo. Sin embargo, no faltaban excepciones gloriosas, había religiosos que se preservaban del contagio predominante y, a medida de los recursos de la época, cumplían con el precepto de educar y enseñar.

Uno de esos buenos religiosos, el P. José Rodríguez, de la Orden de Predicadores, fue el que enseñó a González Suárez las primeras letras en la escuela del Convento de Santo Domingo.

Como fruto de la educación de su piadosa madre, el niño Federico, concluida su primera enseñanza, ingresó al Colegio de San Luis, decidido, desde muy temprano, a consagrarse al servicio del Señor. Allí se inició en el estudio de humanidades, filosofía y teología.

Luego eligió la Compañía de Jesús, acaso porque le constaba que en las demás Comunidades la observancia de las reglas estaba por los suelos y no era edificante la vida que llevaba la mayor parte de los religiosos.

A los 21 años de edad, o sea tres años después de su ingreso en la Compañía, estuvo a punto de morir víctima de la terrible tifoidea. Fue la única enfermedad grave de que adoleció durante su larga existencia, pero de ella parece que salió, en reacción natural, con aquella constitución robusta y fuerte, que resistió al trabajo abrumador de una vida de estudios y de afanes.

Sus superiores le dedicaron a la enseñanza y, en las tareas del magisterio, pasó los diez años que permaneció en la Compañía, dictando las clases de humanidades primero, luego las de literatura y por último las de filosofía, en los Colegios de Quito, Guayaquil y Cuenca.

A esa época seguramente deben remontarse sus ensayos poéticos, en particular los que consisten en traducciones de composiciones litúrgicas latinas, a cuya lectura, según él mismo lo confiesa, fue aficionado desde la edad de doce años.

Si se le juzga por la publicación de sus obras, no puede decirse que haya sido precoz, porque la primera obra suya que fue publicada es un discurso, titulado «La poesía en América», pronunciado en 1871, cuando el autor tenía 27 años de edad. Pero hay que tener en cuenta que pertenecía a una orden religiosa y que, aun cuando hubiera empezado a escribir desde muy temprano, la austeridad del reglamento y de su vida le impedirían buscar la nombradía literaria, con la avidez y facilidad con que lo hace cualquier joven del siglo apenas siente bullir en su cabeza la llama del ingenio.

Ese discurso fue pronunciado por él, en su carácter de Profesor de literatura, en circunstancias en que los alumnos que dirigía, ofrecían a las autoridades y a los padres de familia un certamen público, como demostración de sus talentos y adelantos. Acaso se hallaba presente en ese acto, don Gabriel García Moreno. Sea como quiera, merecen salvarse del olvido, aparte de la idea fundamental del discurso, que respondía a los anhelos, vivos desde entonces, de la fundación de una poesía netamente americana, dos rasgos característicos, que denuncian ya lo que más tarde sería González Suárez. Es el primero su encendido amor a la patria: en medio de las soledades del claustro su corazón no había dejado de latir por su patria; el joven jesuita, ante todo se sentía ecuatoriano y, en la primera oportunidad que se le presentó, proclamó públicamente ese sincero afecto a la tierra propia, como un eco de las enseñanzas que, en esa materia, daba a sus alumnos.

Oigámosle como se expresa: «Principiaré repitiendo—dice en la introducción de ese discurso—lo que repetía el árabe aquel de las *Mil y una noches*: «yo no sé más que historias de mi patria»; y, ciertamente, del grande amor que tengo a la América, creo que no se me hará un crimen, ni temo que censuréis mi entrañable afecto y tierno cariño al Ecuador, *mi patria idolatrada*. Amo a la América, y la amo con ternura por sus largos padecimientos; amo a la América, y la admiro por su heroico valor; amo a la América, y la amo con cierta especie de reverencia por ser la patria de mis padres, y

quiero con especial cariño al Ecuador por ser mi patria . . . . . Mi patrio río es humilde y sin nombre; que los sabios hablen de ciencia, yo sólo sé hablar de cosas de mi patria». Palabras tiernas y expresivas de un cariño hondo y arraigado: en esa época, bajo la sotana del jesuita latía el corazón de un patriota!

El otro rasgo es el de una fina tolerancia en asuntos de arte literario. Al terminar su discurso, enumera con orgullo los nombres famosos de la literatura americana y, al hablar del Ecuador, dice: «Siempre anhelandos por el bien y prosperidad de la América toda y en especial por el de la República ecuatoriana, voy llevando también mi grano de arena para el edificio de la literatura ecuatoriana patria, en el que han trabajado y trabajan con gloria Mera, Zaldumbide, en la poesía; Cevallos, Herrera, Borrero, en la historia; Espinosa, original pero no excéptico como Fíguro, en el estudio de la sociedad; Carvajal, Montalvo . . . . . estos y otros muchos ecuatorianos ilustres, cuyos nombres no pronuncio, pero a quienes estimo de corazón y en cuyos talentos y patriotismo se funda la esperanza de la naciente literatura ecuatoriana».

Cierto que Montalvo, citado entre los ecuatorianos ilustres, no era aun el de las *Catilinarias* ni el de los *Siete Tratados* y la *Mercurial eclesiástica*, pero era ya el Montalvo de *El Cosmopolita*.

Al año siguiente, en 1872, salía de la Compañía de Jesús, por motivos más allá de razonables: él era hijo único, y su madre, viuda desde hacía muchos años, no tenía socorro ni apoyo en el mundo más que aquel hijo.

Al principio encontró dificultades para establecerse en la Arquidiócesis, así es que, gracias a las amistades que adquirió en Cuenca, prefirió trasladarse a la diócesis del Azuay. El obispo de ella, Ilmo. Remigio Esteves de Toral ordenóle de sacerdote en agosto de 1872, nombróle Secretario de la Curia y le promovió al rango de Canónigo de la Iglesia Catedral de Cuenca.

## II

Allí continuó dedicado a la enseñanza, dictó durante muchos años la clase de literatura en el Colegio—Seminario y se entregó de lleno a la actividad literaria, moviendo la pluma con fecundidad y brío, como en desquite del largo silencio que había guardado en la soledad del claustro.

Su primera obra fue un escrito de carácter histórico. Se titula «Observaciones sobre el poder temporal del Papa».

La dió a luz en 1874 y alcanzó, con ella, el justo renombre de escritor correctísimo, literato de vuelo y ardoroso apologista católico. El Cardenal Antonelli felicitó al autor de esa obra y aceptó con agrado un ejemplar de élla.

Fue reimpressa en 1912 y, al cabo de esos 37 años, el autor no encontró una sólo línea que rectificar ni un concepto oscuro que aclarar. Por el contrario, sirvióle, con admirable oportunidad, para desvanecer cargos injustos formulados contra él, en el ardor de polémicas y censuras.

La entrada de Víctor Manuel, II a Roma en 1870, la proclamación de la unidad de Italia y la caída del imperio temporal de Pío IX, fueron, a no dudarlo, los hechos que le movieron a escribir esas «Observaciones»; pues la manera cuidadosa con que se preparó, con estudios y consultas, para tratar ese asunto desde el punto de vista jurídico e histórico, demuestran el alcance que se propuso con ella y que ciertamente consiguió, en días en que esa cuestión era de vital interés y las inteligencias andaban divididas en contrarios pareceres.

En la capital azuaya, cuna, por decirlo así, de la poesía y de la oratoria, granjeóse la fama de orador elocuentísimo, gracias a sus magistrales oraciones fúnebres. Sobre ellas, desarrolló más tarde una teoría especial, cuando las reunió en nueva edición y las explicó con notas y advertencias.

Conforme a esa opinión, no imitó deliberadamente jamás a ningún otro orador, porque en asuntos como aquellos, dedicados a elogiar a algún muerto ilustre, realmente no debe ni cabe imitarse. Es preciso que el elogio y las consideraciones que van tejiendo una como corona o aureola en torno del difunto, se desprendan natural y lógicamente de la vida que se narra, de los hechos que se refieren y de las virtudes que se ensalzan. Todo debe ser, pues, natural y espontáneo, distinto en cada caso y con cierto sello original que proviene del sujeto, cuyo elogio se pronuncia.

Añádase a este motivo, el no menos decisivo de la convicción íntima que tenía el orador de que las circunstancias y el lugar en que se pronuncia una oración fúnebre y el carácter sacerdotal de quien las pronuncia no consienten el empleo de meras figuras retóricas ni de elogios hiperbólicos e infundados, y se tendrá idea de lo que son, en realidad, esos discursos de González Suárez y se justificará la fama que le granjearon en ese terreno, colocándole en primera línea en toda la América latina.

Nueve son las coleccionadas en el tomo II de sus «Obras oratorias» y todas ellas están consagradas a la memoria de muertos ilustres o notables; al Pontífice Pío IX; al Mariscal de Ayacucho, don Antonio José de Sucre, con motivo del hallazgo de sus restos; a García Moreno, al Ilmo. Sr. Checa y a los doctores Agustín y Mariano Cueva, Leopoldo Freire, Vicente Piedrahita y Miguel Egas.

De entre todas ellas, la mejor, por varios conceptos, es la que pronunció—con poquísima preparación, hasta el extremo de que el mismo señor González Suárez pudo afirmar que había sido improvisada—el 21 de agosto de 1875 en la Catedral de Cuenca, en las exequias de García Moreno, pocos días después de asesinado ese ilustre ecuatoriano.

En ella se encuentran condensadas todas las cualidades especiales que le distinguían como orador: viveza de imaginación, comparaciones felices, locución poética, afectos ardorosos, frase vehemente, acento apasionado y,

por encima de todo, grandes verdades morales, brotadas, naturalmente, del asunto que trataba.

No puedo resistir al deseo de insertar íntegra una página de ese admirable discurso:

«Yo no dudo, señores, que una alma cristiana presente la aproximación de la eternidad. ¡Oh! Sin duda, con las almas que tienen fe y esperan en Dios, debe, al aproximarse para ellas la eternidad, acontecer algo de lo que pasa en la tierra al acercarse la noche. Conforme las sombras van invadiendo la naturaleza, poco a poco desaparecen también los objetos, sumergiéndose en la oscuridad . . . : entonces el oído percibe hasta los más lejanos rumores y escucha, en medio del silencio de la noche, hasta el aleteo de la brisa entre las flores. Así, envueltas las cosas terrenales en ese continuo rodar del torbellino de los tiempos, que les arrastra a su disolución y desaparecimiento, conforme van pasando los días de la vida, invade al alma la majestad de Dios, que se le va acercando y resuena allá en el fondo del espíritu, uno como susurro de la eternidad. Por esto habréis observado que algo insólito pasa con los que van a morir . . . García Moreno algo de esto debió de sentir en su espíritu, algo como el olor de la eternidad, dirélo así para explicar mi pensamiento. Cuentan los viajeros, de ciertas islas, perdidas en la inmensidad del Océano, las cuales, como tienen sus bosques sembrados de árboles aromáticos, dejan percibir a lo lejos una agradable fragancia, que, llevada por los vientos, anuncia a los marineros la proximidad de la tierra. Tal vez algo gratísimo, como el olor del más suave perfume, anuncia al alma, que va llegando la navecilla de la vida hacia el puerto de la eternidad».

En mi concepto, apenas podrá encontrarse en la literatura española una imagen más exacta y poética que la transcrita, para explicar ese fenómeno psicológico que acompaña realmente a todos los que están cerca de morir, en especial cuando su muerte debe ser trágica y violenta. Comúnmente se lo designa con el nombre de *presentimientos*. Si habéis tenido la desgracia de perder a un sér querido; si habéis acompañado,

ignorantes de lo que iba a sobrevenir, a una persona amada en los últimos días de su vida, podréis comprender lo que son esos anuncios secretos de la muerte y apreciaréis la hermosura y exactitud de las comparaciones del Ilmo. González Suárez al referirse a esas tristezas repentinas, a esas melancolías inmotivadas, que asaltan, de repente, en medio talvez de una alegría general, al alma del que va a morir bien pronto. Es como si su espíritu entreviera, por un momento, la fosa cercana, abierta para devorarlo. Por eso se estremece y queda en suspenso, con la vista vuelta a otro mundo, percibiendo *el olor de la eternidad*. ¡Oh! Eso es algo horrible, algo que no olvidan nunca los que, con el corazón mutilado, sobreviven a los seres idolatrados que se han ausentado para siempre . . .

Aparte de la belleza literaria de ese discurso, en el que abundan párrafos como los transcritos, es notabilísimo como documento explicativo de la opinión, errónea desde luego, pero muy generalizada, con que se juzgó y apreció la vida pública del Ilmo. González Suárez, considerándole como político y hombre doctrinario.

Después de haber conmovido al auditorio, en momentos en que tenía conquistada la atención general, de modo que no se le perdía una sola de sus palabras, pronunció clara y distintamente la siguiente frase, refiriéndose a García Moreno: «No pertencí yo a su partido político, como es notorio . . .»

El efecto que produjo esa declaración fue enorme. La tomaron como una pública confesión de liberalismo; pues, en la confusión predominante de ideas de aquella época, cuando los partidos políticos se hallaban limitados exclusivamente a dos, el liberal y el conservador, creyeron que el orador al afirmar rotundamente que no había pertenecido al partido fundado y organizado y llevado al apogeo del poder por García Moreno, esto es, al partido conservador, había confesado que perteneció y pertenecía al partido opuesto, esto es, al liberal.

Primero en Cuenca, después en la República toda, estalló, con repercusiones de escándalo, esa torcida in-

terpretación de palabras dichas, con un alcance que nadie quiso comprender.

«Poco faltó para que el Gobierno de entonces me redujera a prisión y me hiciera venir escoltado al Panóptico», dice él mismo, en la nota explicativa que, treinta y seis años más tarde escribió, relatando los sucesos de aquella época.

Algunos, los más benévolos, la calificaron de ligereza y la atribuyeron a la falta de debida preparación, pues a todos constaba que esa Oración fúnebre fue verdaderamente improvisada, ya que el encargo o, más bien, la orden de pronunciarla le fue dada apenas unas tres o cuatro horas antes.

La publicación de esa pieza oratoria, que era esperada con avidez, vino a corroborar la opinión, esa sí formada en un momento de ligereza, con que, desde entonces fue juzgado el orador, y sirvió de aparente fundamento para hablar *del liberalismo* de González Suárez.

Con ese motivo, su madre, mujer digna y sumamente virtuosa, conocida y respetada por su virtud sólida, fue víctima de un público atropello en la capital.

Y sin embargo, apenas habrá expresión, más maduramente pensada y más conscientemente pronunciada que aquella, en todos los escritos del Ilmo. González Suárez.

He aquí como al ratificarse en ella, en 1911, la explica y comenta: «Otro de los puntos que causaron grande escandalo, fue mi declaración, llana y sencilla, de que yo no había pertenecido al partido político del señor García Moreno. Cierzo, yo no había pertenecido a ese partido: ¿por qué?—Porque, desde que fuí ordenado de sacerdote en agosto de 1872, me tracé, a mí mismo, como regla invariable de conducta el no pertenecer nunca a ningún partido político, por bueno que éste fuera: en esa época de mi vida tenía yo las mismas ideas, que respecto a la actitud del sacerdote católico en punto a partidos políticos tengo ahora.»

Y es la pura verdad: apenas ha habido hombre más consecuente que él en toda su vida: su actitud en 1875 se da la mano con la de 1900, y en esa frase que tanto

escandalizó se halla el germen de la doctrina que años más tarde, asimismo, en medio de una tempestad de cóleras, proclamó y sostuvo a despecho de todos y contra todos.

¿Qué liberal era ése que, dos años escasos después, empezaba a publicar en esa misma ciudad de Cuenca una serie de «Exposiciones en defensa de los principios católicos», refutando, de uno en uno, los principios del liberalismo?

Triunfante la revolución de 1876, al amparo y en nombre del credo liberal, el General Ignacio de Veintimilla, soldado desleal y traidor, encontró en González Suárez, uno de los adversarios más tenaces y violentos, que desde el campo de la prensa le combatían rudamente.

Y no sólo le atacó a él, como a la personificación o dirigente de la política liberal que se había alzado en armas para deshacer la obra de García Moreno, sino que también dirigió sus tiros contra los escritores que trataban de propagar las doctrinas liberales.

Y así en 1877, dió a luz en Cuenca su «Condeción del folleto titulado *Carta a los Obispos*», folleto publicado por el joven Manuel Cornejo Cevallos, con manifiestas intenciones de herir al episcopado ecuatoriano.

En el primero de los escritos nombrados, campea la vasta ilustración de González Suárez: cita autores de todo género, demuestra que sabe a ciencia cierta lo que dice y explica, conforme a su costumbre, minuciosamente las doctrinas que expone.

En él encuéntrase también citado por primera vez, y siempre con grandes elogios, el nombre de Lacordaire, cuya silueta debía trazar más tarde con mano maestra y sobre cuya vida y conducta descubre el ojo menos perspicaz que modeló las suyas propias.

Igual caudal de erudición se notan en las «Exposiciones en defensa de los principios católicos» publicadas en Cuenca y Quito, en el mismo año de 1877. Pero además son notables por el brío y el desenfado con que, en muchas páginas, deja correr su pluma.

De natural vehemente e impetuoso, pero moderado en fuerza de su carácter y educación religiosos, en este su primer trabajo de polemista católico, se deja arrebatar a veces de esa vehemencia innata y parece que escribe, en ciertos momentos, a impulsos de la más grande indignación.

De todos los escritos de esa época vergonzosa de la historia ecuatoriana, durante la cual, todo el país y todos los partidos políticos gimieron bajo la ominosa dominación de Veintimilla, solamente las *Catilinarias* de Montalvo y las «Exposiciones» de González Suárez se han salvado del olvido.

Los que años después se escandalizaron con la conducta político-religiosa adoptada por el Obispo de Ibarra e impuesta, como norma general a su clero, no deberían más que releer esas «Exposiciones», tan alabadas, y con justicia, en su tiempo, y sobre cuya ortodoxia, entonces, nadie se atrevió a emitir ni la más pepueña duda.

Allí en la «Segunda Exposición» se leen, en los primeros párrafos estas frases: «Odio y detesto, como el que más la guerra civil; repruebo y condeno, con toda la vehemencia de mi alma, el derramamiento de la sangre de los ciudadanos en luchas fratricidas . . . Para ser patriota, no necesito renegar de mi fe . . . El patriotismo es virtud cristiana, es el amor del prójimo practicado con abnegación . . . »; frases repetidas, muchísimos años después, casi literalmente, sin más variaciones que el tono imperativo y sentencioso que convenía al Obispo ordenando a sus sacerdotes lo que debían hacer y cómo debían proceder.

Esas «Exposiciones», juntamente con la segunda serie que empezó con el título de «Exposiciones en defensa de los principios republicanos» fueron consideradas como sediciosas por el Gobierno de Veintimilla. Se impidió la circulación de esos escritos y su autor fue perseguido y amenazado con el destierro a Panamá, lugar entonces mortífero por su pésimo clima.

Para evitar cualquier vejamen bajo un régimen como aquel, que, poco después, acudió hasta al azote y a la humillación del suelo patrio con la intervención de mer-

cenarios colombianos, tuvo que esconderse y permaneció oculto en los alrededores de Cuenca, hasta que fue elegido Diputado por el Azuay a la Convención de 1878 que se instaló en Ambato.

Su actuación en ella no fue de grande influencia, acaso porque, en su mayor parte, las discusiones versaron sobre temas esencialmente político-administrativos. Con todo, en las tres ocasiones en que se trató de asuntos religiosos o que íntimamente se relacionaban con la religión, tomó la palabra y pronunció discursos elocuentes acerca de la libertad de imprenta, de la religión del Estado y de la unidad religiosa en el Ecuador.

Concluída la Asamblea, se trasladó definitivamente a la Capital de la República, tanto para atender personalmente a su madre, enferma y necesitada, como para aprovechar de las mayores facilidades que podría encontrar en Quito, para la publicación de sus obras históricas.

Y así fue cómo al año siguiente, esto es en 1872, salió a luz en esta última ciudad el «Estudio histórico sobre los Cañaris, antiguos pobladores de la provincia del Azuay en la República del Ecuador», que constituyó una novedad, algo enteramente excepcional en la literatura patria, y que presentaba a su autor, famoso ya por otros motivos, por un aspecto especial.

### III

Su afición a los estudios históricos, especialmente a la historia del Ecuador, se remonta a la época en que se hallaba en la Compañía de Jesús.

El *Resumen de la Historia del Ecuador*, de don Pedro Fermín Cevallos fue la obra que despertó en el joven jesuita el numen del historiador.

Devoró—es la palabra que él mismo emplea—cada uno de los tomos de aquella obra y, como sucede a los poetas cuando leen a un poeta, sintió algo en su interior que le impulsaba no a imitar, sino a emular al autor que

tenía entre manos, escribiendo él también una nueva historia.

Como de propósito se le presentaba la ocasión en el hecho mismo de las notorias deficiencias e inexactitudes de la obra de Cevallos. En vía de llenar las unas y rectificar las otras empezó a escribir una serie de anotaciones, para publicarlas por separado y como crítica de ella.

Para hacer a conciencia ese trabajo consultó cuantas obras de historia americana tenía a su alcance y entonces se sintió capaz de más altas empresas, porque, si por una parte se le abrió un horizonte amplísimo con la consulta de tantos autores (unos de los cuales le hablaban de arqueología, otros de la influencia de la Iglesia en la conquista y en el régimen de la colonia, y otros de esa misma época dilatada, oscura pero fecunda en hechos, del Virreinato), por otra sus notas marginales habían crecido tanto y eran tan diversas que, por sí solas, con un poco de orden y alifio podrían formar un volumen no despreciable.

Su salida de la Compañía, obligóle, como ya lo he referido, a trasladarse a Cuenca a fines de 1871, y entonces fue cuando encontró mayor pábulo su laboriosidad de historiador.

En 1853, al edificar una de las casas del floreciente pueblecito de Chordeleg, en la provincia del Azuay, se descubrieron los sepulcros de los Cañaris, donde se encontraron numerosos y valiosísimos objetos de oro, que despertaron la codicia de los pobladores.

A pesar de las excavaciones, hechas con el exclusivo propósito de aprovecharse de las figurillas de oro, cuando el Ilmo. González Suárez visitó esos lugares, casi veinte años después, encontró varios objetos que le sirvieron admirablemente para sus estudios arqueológicos.

Fruto de las investigaciones sobre terreno tan fecundo y hasta entonces inexplorado por los ecuatorianos, fue su primera obra de historia patria, el «Estudio sobre los Cañaris».

Naturalmente, el libro pasó inadvertido y en torno de él no se levantó ningún eco de estímulo ni de elogio.

Tan desusado y desconocido era el género entre nosotros, que más bien hubo personas—y de las ilustradas—que hicieron fisga de la seriedad y fervor con que el presbítero cuencano *desperdiciaba su tiempo* en coleccionar y describir los cacharros de los indios!

En cambio, en el exterior fue sumamente apreciado ese ensayo; en Bruselas fue traducido al francés, por M. Anatolio Bamps, y dió origen a comentarios y controversias.

El Ilmo. Obispo de Cuenca, Dr. Esteves de Toral, uno de los poquísimos que comprendían la importancia y novedad de esas investigaciones, alentó y protegió decididamente a su autor para que continuara en ese género de estudios y para que los ampliara, escribiendo una *Historia General del Ecuador*.

A esos consejos y generoso apoyo se debe el que el primero de nuestros historiadores, a pesar de encontrarse en un medio nada favorable a los pacientes trabajos de la historia, no haya desmayado en presencia de tantas dificultades y haya alcanzado su propósito, publicando los siete tomos de su «*Historia General de la República del Ecuador*»; propósito al que llegó por grados, conforme se espaciaba el campo que recorría, con nuevos descubrimientos arqueológicos y detenidas visitas a los archivos nacionales.

De ahí nacieron dos tendencias suyas: la una la de ilustrar científicamente, mediante el estudio de los objetos arqueológicos y de la lengua incásica todo lo que un talento inductivo y paciente como el suyo podría descubrir acerca de los primeros pobladores del Ecuador, esto es, acerca de su origen, razas, usos, costumbres, y grado de civilización; y la otra, la historia propiamente dicha, o sea la narración de los sucesos que se inician con el descubrimiento y conquista de la parte de la América, que hoy se llama el Ecuador.

En la primera de esas ramas de la ciencia, hallóse sólo, completamente: no tenía predecesores en el Ecuador, no contaba, entre sus contemporáneos, con personas entendidas en la materia, con quienes pudiera consultarse; no tenía guías ni colaboradores, consejeros ni críti-

cos competentes: él tuvo que hacerlo todo por sí mismo, valiéndose de esa grande fuerza de carácter y de esa incansable laboriosidad que él solo poseía entre nosotros.

Después del «Estudio histórico sobre los Cañaris», que era una muestra de lo que podía hacer en ese terreno, publicó, asimismo, como ensayo, en 1881, el primer tomo de la «Historia eclesiástica del Ecuador».

Por consejos de sus amigos, los señores Obispos de Cuenca y Riobamba, se resolvió a emprender la obra, cuyo plan tenía ante la vista y del cual las dos que hasta entonces diera a luz no eran sino partes fragmentarias que demostraban la amplitud y grandiosidad del conjunto.

Pero, deseoso de ejecutarlo con todo esmero y cumplimiento, vióse precisado a consultar, por sí mismo, los Archivos de España y Portugal, donde se conservaba, como mina inagotable, encerrada en códices y legajos, toda la vida colonial de nuestra patria, precisamente la época más desconocida y desatendida.

Resuelto a no continuar la «Historia eclesiástica del Ecuador», ni siquiera escribió el tomo II, sino que, después de escudriñar y rebuscar todos los Archivos nacionales, de Conventos y oficinas públicas, se trasladó a Europa en 1885.

Permaneció allí dos años, principalmente en España y Portugal. En Madrid visitó el Archivo de la Real Academia de la Historia y varias bibliotecas públicas, donde estudió más de doscientos códices; en Sevilla, en su afamado y riquísimo Archivo de Indias, recorrió, pacientemente, más de mil legajos de documentos americanos; en Alcalá de Henares, hizo otro tanto, con sus Archivos nacionales; en Lisboa y en otras ciudades de menor importancia de Portugal y España no dejó sin visitar cualquier biblioteca que podía suministrarle nuevos documentos para la historia que proyectaba.

En los meses consagrados al descanso, recorrió Francia, Suiza e Italia, y desde las principales poblaciones de esos adelantados y cultos países dirigía a sus amigos de Quito cartas extensas, llenas de observaciones y reminiscencias históricas, las que, coleccionadas más tar-

de, formaron un tomo titulado «Recuerdos de Viaje», donde, a falta de la nota pintoresca, descriptiva y emocional, se halla, a cada paso, la reflexión serena de una mente ilustrada, expresada en forma correcta y seria.

De todos los documentos que, conforme a su costumbre, leyó y releyó, pausada y metódicamente, sacó apuntes o copias textuales, y, con ese inestimable acervo de apuntes y datos, de pruebas y testimonios fehacientes, regresó a la patria, preparado como ningún otro de los nuestros, para un trabajo concienzudo y prolijo, sobre épocas históricas, que, semejantes a las selvas seculares de nuestro privilegiado suelo, estaban inexploradas y vírgenes todavía.

A su regreso a la patria, al cabo de dos años de ausencia, se detuvo en Río Janeiro, en Montevideo y Buenos Aires para visitar los museos arqueológicos de esas capitales y adquirir, en ese campo, nociones que no podía encontrar en la propia patria. Luego recorrió Chile y el Perú, visitó sus monumentos, archivos y bibliotecas, convencido como estaba de que, en la época del descubrimiento y conquista de las tierras americanas, hay estrecha solidaridad entre las historias de los pueblos de este lado del Pacífico, principalmente entre las del Perú y Ecuador.

Llegado a Quito se encontró con la nueva de la muerte del Ilmo. Esteves de Toral, Obispo de Cuenca, que, con su trato afable e insinuante, le acogió en su diócesis allá por el año de 1872, le estimuló y alentó en sus estudios históricos, y, como suprema expresión de voluntad y afecto, le dejaba en su testamento una pluma de oro para que con ella diera principio a la grande obra sobre la Historia General del Ecuador.

Por otro lado, el Ilmo. señor Ordóñez, Arzobispo de Quito, deseoso de contribuir por su parte al mayor éxito de la obra, hasta por el lado material de ella, quiso que la edición fuese nacional y magnífica, y pidió a Europa, expresamente para la publicación de la Historia, imprenta nueva y completa y papel adecuado.

Mientras disponía los materiales del primer tomo, arreglando sus apuntes anteriores y componiendo el

texto del Atlas Arqueológico, que por sí solo representa un admirable esfuerzo de paciencia, inducción lógica y originalidad nunca igualada ni superada entre nosotros, publicó en 1888 una obra místico-teológica consagrada a las excelencias de la Madre de Dios.

Es una colección de sermones, predicados en los 31 días de Mayo, del mes consagrado a María. No hay en ellos monotonía ni tibieza: por el contrario, el profundo saber dogmático anda acompañado con el más vivo fervor religioso. Se nota que es una alma, encendida en afectos vivos y devotos, la que habla entusiasmada, con entusiasmo comunicativo, en alabanza de la Virgen Madre.

El que quisiera, sirviéndose de esta obra, investigar las reconditeces de esa alma, podría asegurar que, después de las arduas y abrumadoras labores históricas, en que se aparecía a su mente, hacinadas en montón escandaloso, las miserias humanas, encontraba refrigerio y vigor en la contemplación y en los arrobos místicos de la figura ideal por excelencia, de la flor del humano linaje, de la Virgen de Nazaret . . .

Al año siguiente, en 1889, tuvo la debilidad, dirélo así, porque tal es el juicio que me he formado, de intervenir, más aun, de provocar una polémica que, elevada al principio, degeneró en ataques personales, de una y otra parte, acabando por desgarrar la honra de ambos contendores, con acres imputaciones, una de las cuales, a quien más debió herir fue indudablemente al señor González Suárez, puesto que era una calumnia monstruosa la que arrojó su adversario contra él.

Me refero a las «Rectificaciones históricas», escritas en 1889 contra los errores y exageraciones hiperbólicas de «El Constitucional», periódico que se publicaba en Quito, con la cooperación principal del doctor José Peralta y la colaboración de varios liberales de la capital.

El doctor Peralta nunca ha tenido buena suerte en sus polémicas. Sus adversarios han sabido dar con el lado flaco de sus escritos y le han herido sin piedad. Y es que, aficionado él también a la historia, o no ha bebi-

do en buenas fuentes o, por olvido, ha desfigurado los hechos en el momento de escribir sus artículos.

El señor González Suárez, en la ocasión referida, empezó por *rectificar* realmente los errores históricos de «El Constitucional»; pero, en la cuarta o quinta rectificación, cuando su adversario, perdida la paciencia, le lanzó, como única réplica, una monstruosa calumnia, que bien podía llevarle al banquillo del ajusticiado, el señor González Suárez, con fundamento, desde luego, no pudo contener su indignación y también le hirió, con dos o tres frases, en lo vivo del alma a su contendor.

No quiero transcribir ni una sola línea de esos escritos, porque el mismo ilustre historiador, cuando en estos últimos años se ocupó en coleccionar minuciosamente y editar por segunda vez todos sus numerosos escritos, de los únicos que no sé acordó y a los únicos a que nunca hizo alusión, creo que ni de manera privada fueron precisamente esas «Rectificaciones históricas», escritas, en ciertos momentos, con la vehemencia que ya delataban las «Exposiciones» de la época de Veintimilla, pero con mayor pasión y sangrienta ironía.

Por lo demás, observaré que, de todos los escritos suyos, esas «Rectificaciones» son las únicas que no llevan su firma: están suscritas, sencillamente, por *Un sacerdote*.

Cuando desempolvaba los Archivos nacionales y revisaba detenidamente los de la península española, acopiando documentos para la Historia, encontró materiales preciosos, algunos inéditos y desconocidos, para escribir Monografías sobre puntos que no eran de la historia ecuatoriana, pero que arrojaban luz sobre épocas históricas de las naciones vecinas y que, en todo caso, encerraban tesoros de erudición y ciencia.

Allegó todos esos materiales y, como paréntesis, en su labor principal, publicó, en distintos años, tres Monografía interesantes.

Fue la primera la «Memoria histórica sobre Mutis y la expedición botánica de Bogotá en el siglo décimo octavo», uno de los opúsculos más completos en su género que hayan salido de las prensas americanas. Es un

cuadro acabado, en que las partes guardan correcta proporción y contribuyen a presentar de relieve la simpática figura del sabio gaditano. Con razón ha merecido altísimos elogios de personas y corporaciones competentes en la materia. Su primera edición fue hecha en 1888, cuando su autor ¡fenómeno digno de observación para penetrar en todas las aptitudes y actividades de esa alma tan compleja! se abismaba en las meditaciones y arrobos místicos del «Nuevo Mes de María» y templaba la pluma acerada de las «Rectificaciones históricas».

La segunda de las mencionadas monografías lleva el título de «Un opúsculo de Caldas». Consiste en las «Memorias sobre la Quina», escritas en Quito el año de 1805, por el sabio granadino, Francisco José de Caldas y conservadas inéditas hasta que el señor González Suárez las dió a luz en 1907, más de un siglo después. Está precedida de una Introducción o juicio crítico-biográfico de Caldas, escrito por el señor González Suárez.

La tercera Monografía, es la llamada «Otro opúsculo de Caldas, o sea la relación del «Viaje de Quito a las costas del Océano Pacífico por Malbucho». Este documento, asimismo inédito, fue encontrado por su editor en el Archivo del Real Jardín Botánico de Madrid, y fue publicado, en 1910.

Poco después de su regreso de Europa, fue nombrado Secretario de la Curia Metropolitana, y en 1888, Arcediano de la Catedral de Quito.

## IV

Fué en 1890 cuando apareció, el Primer tomo de la «Historia General de la República del Ecuador», obra que forma una de las bases de su grandeza.

Juntamente con él, se publicó también el «Atlas Arqueológico», compuesto de dos partes, láminas y texto explicativo, fruto paciente de esa labor ardua y original que dejo ya indicada más arriba.

Si la historia, como él la concibió y la escribió, se presta a algunos reparos, en cambio todo lo relativo a sus trabajos arqueológicos merece las mayores alabanzas y su «Atlas» es superior a todo elogio.

Antes de escribirlo, recorrió todas las provincias del Ecuador, se detuvo en los lugares donde se habían hecho algunas excavaciones, coleccionó los objetos—los pocos objetos—que aun se conservaban dentro del país y que no habían sido destruídos, a causa de su misma material insignificancia; estudió los idiomas ya muertos de los antiguos pobladores del Ecuador, examinó los restos mortales de los mismos, consultó obras, meditó sobre las diversas hipótesis que cada autor había emitido acerca del origen, razas, usos y costumbres de los primitivos habitantes de la América y, al fin, a pesar de tanto trabajo, publicó aquel tomo, con natural desconfianza, como él mismo dice, temeroso de incurrir en errores y deficiencias, por la falta absoluta de medios, pero con la idea de hacer algo útil y también algo original.

Y el éxito—el mayor éxito deseable—coronó y recompensó sus esfuerzos. Como se ha dicho y repetido tantas veces, González Suárez es el padre y creador de la arqueología en el Ecuador. Ha sido el guía de jóvenes que, con su ejemplo, se han dedicado a esta clase de asuntos. A él se le debe que el Ecuador haya sido objeto de estudios y controversias en el exterior, porque su libro, comentado por los especialistas, confirmó algunas opiniones y desvaneció otras, que circulaban como verdaderas o probables.

La arqueología fue el estudio de su predilección: más tarde se le verá, en medio de las más arduas faenas episcopales, volver con cariño a la materia de su predilección, y, poco antes de morir, todavía reuniendo el fruto de sus últimas lecturas y experiencias, en forma de consejos a los jóvenes que seguían sus huellas, o rectificara sus propias antiguas hipótesis.

El tomo I de su historia va precedido de un «Discurso de introducción» en el que expone su concepto general—que no es propiamente una teoría ni doctrina—

acerca de la historia y, en especial, de la historia ecuatoriana.

Para él, la historia, más que una obra de arte, de bella literatura, es ciencia de moral social; ciencia que desentraña de los sucesos pasados reglas de conducta, enseñanzas de moral, para las generaciones venideras. Para cumplir con ese elevado objeto, el historiador debe buscar escrupulosamente la verdad y, una vez encontrada, debe decirla toda, en su serena integridad, sin temor ni vacilaciones.

Estas palabras, con ligeras variantes, repite en los Prólogos o advertencias, que preceden a cada uno de los siete tomos de su obra; y esta misma opinión suya vuelve a desarrollar en el folleto que publicó en 1894, con los títulos de «César Cantú.—Una lección en la clase de historia» y que contiene la conferencia que pronunció en ese año, en la Universidad Central, cuando en su calidad de Profesor de historia, inauguró las clases de esa ciencia en el año escolar ya mencionado.

Allí, trazando la biografía del celebrado autor de la «Historia Universal», dice de la historia que es la ciencia por excelencia y del historiador que es el supremo de los escritores, porque su misión es la de instruir y moralizar al género humano. Allí vuelve también a definir, como los principales deberes de todo historiador, el trabajo paciente en pos de la verdad y la rectitud de ánimo para expresarla.

Para lo primero deberá buscar y examinar los documentos y objetos que puedan enseñarle algo sobre las épocas remotas que se propone historiar y debe aprovecharse de ellos con criterio sereno, discerniendo lo verdadero de lo falso. Para lo segundo ha de colocarse en un sitio elevado, inaccesible a las encontradas opiniones y a las luchas de partido y desechar prejuicios y sistemas preconcebidos, manteniéndose en las serenas regiones de la imparcialidad y la justicia.

El arte de la narración, el plan extrínseco de la historia, quedan relegados a segundo término. No les da la importancia que Menéndez Pelayo, por ejemplo,

reclamaba para ellas en su conocido y elocuente discurso sobre la historia considerada como obra artística.

Avanzando en la exposición de ese su concepto de la historia, llega a decir que la historia de las ciencias, de las letras y las artes no puede tener cabida, propiamente hablando en la historia general de un país cualquiera: afirmación, desde luego, errónea, porque, precisamente, la historia general de una nación abarca, en conjunto, todos los sucesos o manifestaciones de un pueblo, en lo político, en lo literario, en lo artístico, en lo social, en lo científico y en lo religioso; y debe abarcarla, como lo exige el citado escritor español, en unidad de acción, reflejando la múltiple pero concatenada serie de hechos de diverso orden intelectual, con que todo pueblo culto se manifiesta y obra, de tal manera que no resulte una serie de historias aisladas, consagradas unas a la literatura y a las artes, y otras a las ciencias y religiones, sino una sola pero amplia, bien combinada pero visiblemente especificada, de la vida tumultuosa de un pueblo.

Por desgracia, al tratarse del Ecuador, y sobre todo de la época colonial, no le es dado a ningún historiador acercarse a ese ideal del género histórico, por falta de elementos y manifestaciones de cultura. En materia de ciencias y letras, la colonia no puede exhibir frutos capaces de ocupar detenidamente la atención del historiador. En lo político y social, la vida se desarrolla tan uniforme y pesada que sólo las crónicas escandalosas de algunos malos religiosos interrumpen con llamaradas de subido color la monotonía gris de semejante cuadro.

Sin embargo, bien podía el historiador ecuatoriano darnos una sola narración, llevando de frente las manifestaciones todas de la vida colonial, en vez de las historias aisladas que, en rigor de verdad, se agrupan bajo el nombre que lleva la obra, de «Historia General de la República del Ecuador».

Porque, en efecto, los tomos desde el I al V inclusive, contienen la historia de los tiempos coloniales, que pudiera llamarse política, esto es, la historia de la administración pública, en lo civil y en lo eclesiástico, para

servirme de términos modernos. El tomo VI encierra la historia aislada de la región oriental, desde los tiempos del descubrimiento y conquista de esas regiones; para lo cual toma las cosas *ab ovo* y vuelve a narrar hechos referidos en los tomos I y II. De manera que el volumen VI ha podido imprimirse por separado y circular como obra aislada, independiente de los cinco anteriores y del posterior.

El tomo VII y último es, asimismo, independiente de los anteriores: está consagrado a la historia de las letras y bellas artes durante la colonia. Forma una monografía separada, que, para nada o muy poco, presupone el conocimiento de lo que se ha dicho en los volúmenes precedentes, ya que en él se repiten los hechos principales, que nos diera a conocer la lectura de los primeros libros de la historia.

Y, francamente, no es esa la labor de un historiador que quiera reflejar la vida, toda la vida, en sus variadas faces, siguiendo el orden natural de sus manifestaciones, ya se trate de pueblos que, por el alto grado de civilización a que han llegado, ofrecen a la mirada del sabio una red complicadísima de acontecimientos a cual más variados, ya de un pueblo, como el nuestro en esos siglos, de vida apacible y tranquila, de pocos hombres grandes y de ninguna obra científica o literaria de magnitud.

A pesar de lo dicho, el señor González Suárez habría sido capaz de darnos una historia como la han escrito los más grandes historiadores modernos de Europa, si hubiese contado con épocas, dignas de su talento, por decirlo así. El hombre es superior a la obra. El historiador queda muy por encima de los sucesos que narra. Sus dotes merecían ejercitarse en más nobles hechos. La colonia no pudo ofrecerlos, de ahí que, a partir del tomo tercero, su enorme labor y talento nos recuerden la imagen de un estatuario genial, algo así como un Miguel Ángel, condenado a emplear sus facultades excepcionales y su hercúleo cincel, no en mármoles y bronce, sino en figurillas frágiles de cera. El reproche no

es, pues, para el brazo que ejecuta, sino para la materia que tiene entre manos.

Véase, por ejemplo, este fragmento, de una de las semblanzas, escogida al azar, en que abundan los cinco primeros tomos de la «Historia». Habla del Presidente de la Real Audiencia de Quito, don Antonio de Morga, y dice :

«Morga, de ingenio perspicaz, lleno de experiencia de los hombres y de las cosas de América, con poderosos valedores en la Corte, no tuvo reparo ninguno en negociar, introduciendo grandes cargamentos de contrabando y estableciendo en Quito un almacén de mercaderías, donde uno de sus hijos vendía públicamente géneros, cuyo comercio estaba severamente prohibido; puso mesa de juego en su propia casa, y allí reunía a sus amigos, haciéndoles buscar muchas veces con sus criados, y llevarlos a la fuerza cuando faltaban, sacando a algunos hasta de la cama, donde se habían acostado ya: en la mesa de juego tomaban asiento no solamente los amigos del Presidente, sino los litigantes, cuyos asuntos estaban todavía en tela de juicio, y los clérigos, que solicitaban beneficios, y los frailes, que andaban en busca de apoyo para sus tratos y negocios mundanos: todos éstos conocían el modo de complacer al Presidente y tenerlo prendado; pues, como Morga se airaba cuando perdía, ellos hacían de manera que él quedara siempre ganancioso, con lo cual aseguraban el buen éxito de sus pretensiones. Morga procuraba hacerse temer de todos y, con ese intento, gritaba y reprendía a menudo a los subalternos, dando señales de cólera y enojo: se quitaba la gorra, la arrojaba al suelo y zapateaba; y, cuando veía envilecidos a todos los que le rodeaban, entonces estaba satisfecho. Aunque hombre de letras y aficionado al estudio antes de venir a Quito, así que llegó a esta ciudad se dejó poseer de la pereza y no abrió jamás un libro; pidió prestados muchos, y los tuvo abandonados: delante de su asiento había una mesa pequeña, con recado de escribir, y sobre ella, papeles, libros y expedientes, todo revuelto en desorden y cubierto de polvo. Se casó tres veces . . . etc.»

Y sigue así la narración, llena de pormenores. No se puede llevar más adelante la prolijidad y el detalle. Es de una realidad fotográfica. Parece que el Presidente Morga fuera nuestro contemporáneo. Conocemos su temperamento, colérico, soberbio, libidinoso, como si le hubiéramos tratado. Volvemos a ver su casa, como si la hubiéramos frecuentado. El historiador, artista sin intentarlo, nos lo exhibe, con sus buenas y malas cualidades, vivo y palpitante, en esfuerzo supremo de evocación.

Por eso es sensible que haya detenido su narración en 1809, cuando empezaba la parte más tumultuosa y fecunda de nuestra vida nacional, y se iniciaban las radicales transformaciones que, política y socialmente, debía experimentar lo que propiamente se llama la República del Ecuador.

Al leer esas páginas tan documentadas y prolijas, en que se narran los menudos y poco interesantes sucesos de la Audiencia y del Virreinato de Quito; al repasar una y otra vez los retratos morales, ejecutados de mano maestra, de tantos Presidentes y Obispos de la Real Audiencia, que, sin embargo, no pasaban del nivel común de hombres, más o menos distinguidos, he exclamado muchísimas veces: ¡qué historia tan hermosa y tan amena nos hubiera dado el Ilmo. González Suárez al continuar su narración hasta nuestros días, con esa minuciosidad de datos peculiar suya y con esa valentía, igualmente suya, con que se enfrentó, en tantas ocasiones, él solo contra todo el mundo, y refirió asuntos escabrosos, sin acepción de personas, sin cobardes respetos humanos!

Cuántas verdades hubiera divulgado él, que, en el «Discurso de introducción», sienta la siguiente frase, como síntesis de nuestra desgraciada historia de república independiente:

«Una vez terminada la guerra de la Independencia, quedó en Colombia una clase social nueva, la clase militar, cuyos hábitos de vida y cuyas aspiraciones eran muy poco a propósito para el planteamiento del gobierno democrático. Así, desde la fundación de la República has

ta ahora la clase militar ha sido la que mayor parte ha tomado en los trastornos y revoluciones políticas; y en ocasiones ella ha sido el único autor y el cómplice de nuestras revoluciones».

Palabras escritas en 1890; y que bien pudieran haberlo sido en el presente año, después de las grandes calamidades con que afligió a todos los ecuatorianos el entronamiento de un militarismo analfabeto y corruptor; palabras en ese entonces proféticas pronunciadas con la más grande valentía.

Porque la gran cualidad de esa Historia no es tan sólo la paciente labor de investigación, que debería calificarse de benedictina, sino la franqueza, el extraordinario valor, con que ha sabido decir toda la verdad.

En 1894 empezó a circular el tomo IV de la Historia y un mes después de su aparición ya se había desatado una formidable tempestad contra el historiador.

En el primer capítulo refería, someramente, el horrendo crimen cometido por los Provinciales del Convento de Santo Domingo de esta ciudad, en connivencia con algunas religiosas del Monasterio de Santa Catalina.

El hecho era evidente, se había probado con declaraciones juradas de personas—las demás religiosas de ese Monasterio—que, llevadas de la curiosidad, se dieron modos de presenciar hechos abominables y nunca imaginados, por ellas.

El señor González Suárez cuando rebuscaba los Archivos de España y encontró tales documentos, resuelto como se hallaba a hablar la verdad, se anticipó, previendo lo que sucedería, a sacar copia exacta de todo el expediente formado con el objeto de indagar la verdad de las imputaciones que se lanzaban en ese entonces contra los Padres Gamero y García, que así se llamaban los Provinciales de los dominicos.

La relación del crimen no es minuciosa; sobre ella pasa el historiador como sobre ascuas, y en vano se buscarían los detalles a que tiene acostumbrados a sus lectores el autor en la narración de otros sucesos.

Sin embargo, el Prior del mismo Convento, en el año en que se publicó el tomo IV, P. Reginaldo M.

Duranti, lanzó contra el historiador un folleto, muy ruidoso en esa época, con el título de «La veracidad del señor doctor don Federico González Suárez en orden a ciertos hechos referidos en el tomo IV de su Historia General».

No se limitó el P. Duranti, como era de esperarse, a impugnar la realidad de los hechos ni la verdad de la narración, sino que, desgraciadamente, desahogó su indignación en tremendos ataques personales, como si a su vez hubiese recibido alguna injuria en su propia persona.

Júzguese del tono dominante en esa impugnación, por el trozo siguiente:

«Y ¿quién le ha dado a Us., señor Arcediano, el oficio de difamador?»—pregunta el P. Duranti dirigiéndose al señor González Suárez—«¿Acaso para ser historiador es indispensable ejercer este oficio? Sólo Su Señoría, para quien no hay moral que ultrajar, sociedad que respetar, prójimo que amar, almas que salvar, Dios que temer, ha podido avanzarse a tanto».

Aun fue más adelante en su folleto el Padre ya citado. No vaciló en recordarle la torpe calumnia que le levantó, años antes, el escritor que fue refutado en las ya aludidas «Rectificaciones históricas». Verdad que lo ejecutó con mucha maña; pero, sin convertir en suya propia la calumniosa especie, volvió a ponerla en circulación y la hizo saber de cuantos la habían ignorado.

La conducta del Prior de los dominicos disgustó al señor Delegado Apostólico, residente en Lima, y provocó una protesta pública del Cabildo Metropolitano, contra las injurias y el lenguaje hiriente de ese folleto.

El P. Duranti tuvo el valor de retractarse, y, en una hoja suelta, retiró «toda palabra y frase injuriosas que en él—se refiere a su folleto—pudiera haberse encontrado».

El Sr. Obispo de Manabí, Ilmo. P. Schumacher, haciendo causa común con el P. Duranti, también impugnó el tomo IV, pero colocó la cuestión en otro terreno.

En carta dirigida al primero, y que aparece publicada en el mismo folleto, le dice: «S. R. se concreta y con

mucha razón, a la causa de la familia religiosa que dirige; pero hay otra causa más: la de la fe y los sanos principios, y al fin si ha de ocupar en el Ecuador una silla episcopal el que manifiesta principios tan liberales, revolucionarios, etc., como los encuentro claramente enunciados en la obra que nos ocupa.—Así por ejemplo, en la página 103 leo: *«para aquellos tiempos el Licenciado Prada era uno como LIBREPENSADOR, pues con grande franqueza censuraba en público la codicia de algunas comunidades religiosas y la vida relajada de nuestros conventos, anticipándose con mucho a su siglo»*. — ¡Qué justificación para los librepensadores de hoy! ¡Qué ignorancia de lo que es la secta de librepensadores! . . . No son estos los únicos textos del libro que indican un juicio extraviado, por no decir más . . . »

Como se ve, el señor Obispo de Manabí, de quien me ocuparé más adelante con alguna detención, no se limitaba a juzgar de la conveniencia o inconveniencia de narrar, en una historia, sucesos inmorales, ni a impugnar la veracidad de los documentos que había utilizado el señor González Suárez. Su ataque fue más a fondo y su objetivo era más alto.

Claramente acusó de liberalismo y de extravío de ideas al historiador y manifestó que, un hombre de esa naturaleza, no podía ni debía ocupar una de las sillas episcopales vacantes.

Porque es de saberse que, desde mucho tiempo antes la opinión pública señalaba al señor González Suárez como al más idóneo, por su saber y virtud, por su energía y talento, para cualquiera de las diócesis del Ecuador.

En 1892, a la muerte del Ilmo. Sr. Ordóñez, constó en la terna para el nombramiento del sucesor, en la Arquidiócesis, y tuvo varios votos en su favor.

En 1894, cuando estaba en todo su auge el ardor de los que le atacaban por la publicación del tomo IV, era público que el Papa León XIII, le había preconizado para el Obispado de Ibarra, vacante con el ascenso del Ilmo. Sr. González Calisto a la silla arquidiocesana, y que le enviaría las Bulas muy pronto.

La suprema decisión del Pontífice debía, pues, ser la que resolvería en ese terreno, cuál de los bandos opuestos (no digo contendientes, porque, en ese lapso de tiempo, el señor González Suárez, víctima de ataques y calumnias, no despegó los labios para quejarse ni para defenderse: guardó un silencio sublime) tenía la razón y estaba en lo justo.

En esa espera transcurrió el fin del año 1894, y con esa expectativa dió comienzo el de 1895.

Entonces, como para empeorar la situación del señor González Suárez ante la frívola e inconstante opinión de una parte del público, que continuaba tachándole de liberal y anunciando su apostasía, se verificó la sesión borrascosa de 1894, cuando se trató de la calificación del Senador por Esmeraldas, doctor Felicísimo López, excomulgado por el Ilmo. señor Schumacher.

El informe de la Comisión le era adverso al doctor López y opinaba que no debía ser admitido en el seno de la Cámara—lo que es muy distinto de *ser expulsado*, como se ha dicho varias veces al referir ese episodio—por la expresada excomunión.

En un libro publicado por el mismo doctor López se inserta íntegra el acta de esa memorable sesión y allí pueden leerse los razonamientos favorables y adversos al excomulgado. Lo que interesa a mi objeto, es el hecho de que, cuando se trataba de votar el informe, el señor González Suárez, que formaba parte de la Cámara, como Senador por la provincia de Pichincha, y que no había *terciado* en la discusión, se levantó y salió de la sala. Todos creyeron que esa actitud equivalía a la defensa del doctor López; pocos se dieron cuenta de que su intención era la de presentar al doctor López, que se hallaba en un departamento vecino, para que firmara, un cablegrama que acababa de redactar y estaba dirigido al Papa, pidiéndole que le levantara la excomunión.

Ese hecho, desconocido y mal interpretado, sirvió de nuevo motivo para que se hablara más y con más ahinco acerca del *liberalismo* de González Suárez.

Entre tanto, aun cuando tenía escritos de su puño y letra, todos los tomos de su Historia, suspendió la im-

presión de la obra, guardando austero silencio, hasta que habló la Sagrada Congregación del Índice, y declaró que el tomo IV no contenía nada que fuera contrario a la fe ni a las buenas costumbres.

Sin embargo, ocupaciones de otra índole abrumaban el ánimo del señor González Suárez y la publicación de los tomos restantes siguió suspensa hasta 1903, en que la reanudó, con la aparición de los tres volúmenes últimos, que circularon de golpe, cuando su autor era ya, desde hacía siete años, Obispo de Ibarra.

## V

En agosto de 1895 caía del poder el partido conservador derrocado por el liberal, bajo el mando del General Eloy Alfaro, y, el 8 de diciembre de ese mismo año, el señor González Suárez era solemnemente consagrado Obispo de Ibarra, en la Iglesia Catedral, en medio de una muchedumbre inmensa de gentes de toda condición y creencias.

Empezaba para él una nueva vida: la de príncipe de la Iglesia, la de Jefe de una diócesis del Ecuador. Iba a desplegar las admirables dotes de organizador y gobernante, que estaban ocultas hasta entonces, pero que todos adivinaban, dado su carácter enérgico, su intención siempre recta, su ilustración y experiencia excepcionales y ese criterio, que pocos han poseído en el Ecuador en igual grado que él, para escoger siempre lo más acertado y para dar la solución conveniente a cada asunto, a cada problema, a cada cuestión delicada y embrollada.

Trasladado a su diócesis, empezó la obra de reorganización de ella en todo sentido. Se unió con las autoridades civiles para el impulso del progreso material de las provincias del Carchi e Imbabura, procurando la apertura y mejora de caminos públicos, la construcción y reparación de edificios, la canalización de Ibarra y la salubridad de la misma ciudad, que gozaba de mala fama por el paludismo, frecuente en ese valle.

Pizarro muy bien <sup>merecía</sup> ~~merecía~~ ser llama-  
mado heroe, si en su valor extraor-  
dinario y en su pecho sereno y mag-  
nánimo encontráramos siempre jus-  
ticia y moralidad. Aquella no era so-  
lamente el triunfo de un puñado de  
intrépidos castellanos sobre millara-  
das de indios; lo que ~~se había~~ ~~vexif-~~  
~~ca~~ sino el vencimiento de una raza  
por otra, el choque de dos civilizacio-  
nes, que se habían puesto de repente  
en contacto, para quedar la una sub-  
vencida por la otra; pues ya en el con-  
tinento sub-americano, desde ese mo-  
mento, ya no sería la raza indige-  
na bárbara la que dominara, sino  
la <sup>raza ibérica</sup> ~~européica~~ civilizada.

Los restos del ejército de Atahualpa se  
dispersaron poniéndose en fuga, con  
desesperada precipitación: sus cuerpos  
de tropa huyeron, volviendo cada uno  
a su provincia; y así, la noticia de  
la espantosa catástrofe de Cajamar-  
ca se comunicó en un momento a  
todos los puntos del imperio, llegando  
sin tardanza hasta a los más remo-  
tos y distantes. Los conquistadores se fe-  
licitaban unos a otros, por la completa



Asumiendo la autoridad eclesiástica procuró ajustar al clero a la norma de conducta sacerdotal que él propio se había impuesto. Obsequió a la Curia su copiosísima biblioteca, y recorrió todas las parroquias de su diócesis, aun las más apartadas, para observar personalmente las necesidades espirituales de esos pueblos.

Incansable en la predicación, infatigable en el trabajo, empezó en 1896 la publicación de la serie de sus «Estudios literarios».

El primer opúsculo, que circuló en 1897, contenía las semblanzas del P. Lacordaire, de Balmes, del P. Faber y un estudio sobre la belleza literaria de la Biblia.

Se ofrecía, con ellos, ante la opinión de los literatos, por un nuevo aspecto, por el de crítico literario.

Ya en la «Historia General del Ecuador» y en uno que otro folleto de los suyos, como el dedicado al estudio de César Cantú, había dado a conocer su gusto artístico y sus apreciaciones y aficiones críticas, pero la citada obra fue la primera en que se exhibía, exclusivamente, como crítico.

Considerado por ese aspecto, hay que distinguir dos cosas en él: los principios teóricos que profesa, y la manera de ponerlos en práctica.

Su teoría, más o menos, es la siguiente, expuesta por él mismo, en la introducción que escribió para las Composiciones poéticas de don Belisario Peña, en 1912.

La crítica literaria, para juzgar con acierto, debe estudiar «las condiciones personales del poeta, el medio social en que pasó su vida, sus ideas morales, sus creencias religiosas, la índole de su ingenio natural, los estudios a que se hubiere dedicado . . . sus costumbres, las vicisitudes de su vida y sus tendencias y aspiraciones».

Después de conocida así la persona de un autor, al entrar en el análisis detenido de sus obras, la crítica tomando en su mano, las reglas y preceptos de los retóricos, fundados en principios filosóficos o deducidos del estudio de las obras maestras de literatura, aplica tales medidas a las composiciones que quiere examinar, inquiera si es bella o no, y, en caso afirmativo, «coloca la

obra artística en una posición adecuada, para que la inteligencia perciba lo bello y, percibiéndolo, lo goce».

La crítica, en resumen, «explica por qué la obra de arte ha causado esa emoción espiritual» que despierta en el alma la belleza de ejecución o la forma externa, y «hace notar todo cuanto relativamente a las causas de esa emoción y al grado de intensidad de ella conviene saber, para que adquiramos conciencia clara y distinta de los fenómenos, que en nuestra alma causa la contemplación de la belleza».

Como se ve, hay en esa manera de considerar la crítica vagas reminiscencias de aquellos sistemas, según los cuáles, unas veces el estudio de la persona del autor es lo que explica la obra y otras es el examen atento de ésta lo que conduce a la inspección psicológica del primero.

Doctrina ecléctica, que puede aprovechar lo mejor de la teoría de Taine y combinarlo con lo más sano de la de Hennequin.

Pero en la aplicación de sus teorías, por lo general, el Ilmo. González Suárez olvida esos puntos de vista, y se entretiene unas veces en minuciosos análisis literarios, y otras veces en repeticiones y adaptaciones de juicios ajenos.

Confunde la biografía propiamente dicha, con la investigación que, al detenerse en los hechos de la vida de un autor, no le da a ese estudio una finalidad propia, de mera curiosidad, sino que se sirve de ellos, como de datos psicológicos para descubrir la existencia y vigor de aquellas facultades que, así como las raíces de una planta dan por resultado ulterior la floración coloreada de hojas y de pétalos, asimismo se cristalizarán después en obras de arte y en flores de belleza.

Su estudio sobre Chateaubriand es acaso el único que se acerca, nada más que un poco, a ese género de crítica. Tan rico era el tema, tan atormentada el alma del gran romántico francés, tan íntima la unión entre su vida y sus obras, que no era posible, por superficialmente que se estudiara a ese escritor, exhibir distintamente lo que en él no forma más que un todo único e indivisible: su obra y su existencia; sus aventuras y sus libros.

En los demás estudios, como por ejemplo, en el de Fray Luis de León, la voz del Ilmo. González Suárez es el eco poderoso y condensado de otras; mezcla de biografía y de análisis literario, con sesudas consideraciones personales, que si bien no llegan a la novedad en cuanto a los puntos de vista, sin embargo aclaran más las situaciones y los personajes, con felices reminiscencias, comparaciones, paralelos y otros recursos retóricos.

Para no intentar novedades en materia de crítica y para atenerse a lo usual y corriente en ciertas escuelas, acaso influyó en él, el temor, varias veces manifestado, de afiliarse a determinados y preconcebidos sistemas, y de proceder erróneamente, al erigir a tales o cuales principios filosóficos en reglas invariables de criterio.

Júzguese como se quiera el mérito intrínseco de González Suárez como crítico, lo innegable es que sorprende y abruma su ilustración. Nadie ha leído tanto como él; nadie ha sabido aprovecharse mejor que él, de esas inmensas lecturas. Otros serán más perspicaces, más hondos en el conocimiento de las almas y sus misterios, y con una natural e inexplicable finura de inteligencia suplirán, por adivinación, la labor paciente de los que buscan en los libros la verdad reflejada de la vida, acertando instintivamente con lo cierto y humano, pero ningún otro, entre todos nuestros literatos, podrá ufanarse de sentar afirmaciones más conscientes y, como si dijéramos, documentadas y respaldadas con citas y lecturas personales.

Sus críticas recuerdan su labor ímproba de historiador: hay en ellas, como en ésta, el mismo acerbo enorme de lectura e investigación, igual prolijidad en la indagación, el mismo aplomo en la expresión de lo sabido por él, idéntico cuidado en la confrontación de los documentos probatorios, igual convencimiento y firmeza de raciocinio, en una palabra, el mismo anhelo de conocimiento y de convicción: cualidades que unidas entre sí daban a su voz y opiniones el sello de lo autorizado y prestigioso.

Aun cuando no se propuso seguir un plan ordenado y metódico en sus *Estudios*, sin embargo abarca todas las

grandes épocas literarias, trata de los mejores poemas y emite pareceres sobre las más altas inteligencias de todos los siglos.

Con motivo del análisis—prolijo en demasía—de la *Eneida* diserta sobre la poesía antigua, griega y latina; al hablar sobre la «Poesía épica cristiana», se detiene en el Dante y Milton, después de un recorrido sobre los poemas latinos que, en los primeros siglos, intentaron infantilmente emular la gloria de las *Iliadas* y *Eneidas*; y al tratar de Chateaubriand y Lacordaire, enlaza, si bien a grandes y muy generales rasgos, la Edad media con la Moderna; resultando de todo ello un alarde grandioso de ilustración y saber.

La semblanza de Lacordaire, aunque corta, es, sin duda, la más perfecta entre todas las que contienen los «Estudios Literarios»: está escrita con amor, con brío y con profunda simpatía. Y es que con el Ilmo. González Suárez, al hablar sobre el gran dominicano, ha sucedido lo que generalmente acontece con todo hombre, grande por algún motivo, cuando encuentra, en el amplio panorama de la historia, una alma gemela: compenetrarse con ella y escribir como si escribiera acerca de sí mismo.

Porque es de observarse y anotarse que, así como en lo físico de repente nacen dos individuos de facciones tan iguales que cuesta trabajo, aún al ojo más ejercitado, el distinguirlos, asimismo, con diferencia de épocas y lugares, y teniendo en cuenta la influencia del medio ambiente, suelen darse almas, como si dijéramos, gemelas, que poseen en igual grado algunas cualidades fundamentales, como la fuerza de carácter, el poder de comprensión y que tienen gustos e inclinaciones parecidos.

La historia abunda en esta clase de semejanzas. Son seres que han nacido para entenderse; y si uno de ellos llega a escribir acerca del otro, parece que traza, en ciertos instantes, un autorretrato y, en ocasiones, hasta una autobiografía. En tales casos, esos juicios críticos suelen ser los mejores, porque están fundados en la *simpatía*, esto es, en la comprensión exacta, en la introspección, si se me permite la frase, de la personalidad ajena, que no a todos se revela y manifiesta con la mis-

ma claridad y exactitud con que se revela a los ojos del que es su igual, su *otro yo*.

Tan cierta es esta observación que, desde que salieron a luz los «Estudios Literarios», al hablar de algunas cualidades y sucesos de la vida del Ilmo. señor González Suárez, no se ha encontrado modo mejor y más gráfico de darlas a conocer y juzgarlos que reproduciendo como si fueran escritos para él, los párrafos más elocuentes de su semblanza de Lacordaire . . .

Los capítulos en que habla sobre la belleza literaria de la Biblia—algunas páginas de los cuales pueden contarse entre las mejores de sus obras—le sugirieron, indudablemente, aquellos otros que, en volumen separado, publicó con el título de «Estudios bíblicos», sobre cuestiones puramente científicas, relacionadas con la creación del mundo, la unidad del género humano y la diversidad de razas: nueva faz de su talento, nueva demostración de sus vastos conocimientos en tantos ramos del saber.

En esa misma época debió ser escrita otra serie de «Estudios literarios» que, en preciosa edición española, fueron publicados más tarde en Madrid, en 1908, con un prólogo de don Marcelino Menéndez y Pelayo.

Me refiero al libro que lleva el nombre de «Hermosura de la naturaleza y sentimiento estético de ella». Esa obra, como todas las del Ilmo. Arzobispo de Quito, recuerda alguna otra, de autor extranjero, bajo cuyo influjo e inspiración, le fue sugerida y planeada.

La que acabo de citar, hasta por el título trae a la memoria la de Víctor de Laprade: así y todo, dejadas aparte las teorías generales, en que se desarrollan siempre doctrinas estéticas de la escuela tomista, me atrevo a afirmar que nadie ha escrito un capítulo igual al que se titula «Descripciones naturales» y que está dedicado a la descripción física del Ecuador «considerando los objetos desde un punto de vista meramente estético».

Allí está la poesía de nuestro terruño, de nuestro suelo propio; allí está el sello de lo nacional, no tomando estas palabras con relación a nuestras costumbres, porque éstas más bien ponen siempre un tinte de . . . fealdad, también estética (pese a la paradoja),

sino en cuanto a lo *físico*, a lo que podemos ostentar con orgullo ante el mundo entero, como uno de los países privilegiados del globo, en materia de *corteza terrestre* y los aspectos naturales que ella ofrece a la vista.

Repito que no hay nada que lo supere: Montalvo, en las páginas, en que dejaba vagar a entera libertad su fantasía de poeta, del gran poeta colorista y emotivo que en él había, escribió trozos admirables, en lenguaje, como suyo, altamente castizo; pero, junto a ellas, a pesar de no gastar el espléndido ropaje de las frases y giros montalvinos, ese capítulo de González Suárez no le desmerece en nada: ni en colorido, ni en representación imaginativa de los lugares descritos ni en esa penetrante emoción que reclama como suya propia la escuela moderna de los *paisajistas emotivos*

Si me atreviese a citar algo, tendría que trasladar íntegro el capítulo final de aquel libro: no hay página que deba desecharse. Prefiero, como muestra del estilo esencialmente poético y fácil, que predomina en las series de los «Estudios literarios», espigar por aquí y por allí, citando frases—nada más que frases—que den a conocer cuál era y cuán poética la imaginación del Ilmo. González Suárez, tanto al fijarse detenidamente en los bellos objetos naturales o morales, como al recurrir a comparaciones adecuadas para describirlos y dar idea de ellos.

Hablando del P. Faber, dice: «Su alma delicada parecía haber sido tocada, al venir al mundo, por las manos de los ángeles, quienes la dejaron como unguida con una fragancia del todo celestial».

Refiriéndose a uno de los libros místicos del mismo Padre dice: «El rayo de luz que, en las postreras horas de la tarde, entra por las ventanas del templo, y baña en una autoridad apacible el Sagrario, donde está el Sacramento, no es tan melancólico ni tan bello como este libro».

En las páginas dedicadas a Chateaubriand tiene este rasgo magnífico: En los funerales de Atala, va Chactas cargando el cadáver de su amada, cuyos cabellos, caídos, flotaban al viento, y, de cuando en cuando, se tien-

den por un instante, como un velo, sobre la cara llorosa de Chactas».

Y luego este otro: «Chateaubriand es un mago, que, en vez de pluma, escribe llevando en la mano un prisma de cristal, con el que quiebra el rayo de luz y hace que sobre sus páginas irradien los matices del arco iris.»

Ahora ved esta imagen del P. Lacordaire en el púlpito: «La actitud del orador era vivísima . . . sus grandes ojos negros, chispeando con el fuego de la inspiración oratoria, despedían rápidos y delgadísimos hilos de luz por entre sus crespas y negras pestañas: la cabeza raída, coronada apenas por una delgada cinta de pelo, adquiriría un aire de señorío y de dominio, que comunicaba mayor realce a los rasgos de su fisonomía singularmente hermosa . . . »

Tales fueron las publicaciones de los primeros años de su vida episcopal: con ellas adquirió mayor brillo y prestigio su nombre en la literatura patria, no sólo porque en esos años de discordia, en que se respiraba un aire impregnado de la pólvora de las guerras civiles, su voz era la única que, con acento firme y sereno, hablaba de cosas de bella literatura, hallándose como estaba casi en pañales la generación turbulenta que ha venido después con altos ideales de renovación literaria, sino porque, realmente, hablaba en lenguaje hermoso y elevado, sobre cosas de arte y de belleza, que en otros tiempos y con otros hombres podían suscitar discusiones y comentarios, y porque era el primero y único Prelado, entre nosotros, que al mismo tiempo que dirigía Pastorales del más puro ascetismo a sus fieles, escribía con la misma pluma sobre cuestiones de arte y literatura.

## VI

Hallábase ocupado en estos nobles ejercicios del espíritu y se aprovechaba de los viajes por las provincias de Imbabura y el Carchi, en cumplimiento de su ministerio pastoral, reuniendo materiales para una nueva

obra de arqueología, que escrita en el año de 1899, no se publicó sino en 1908, con el título de «Los aborígenes del Imbabura y del Carchi», con un elegante album de láminas, y que es una de sus obras más acabadas y perfectas (como fruto de mayor experiencia y de un talento en plena madurez), cuando se suscitó el ruidosísimo incidente entre él y el Ilmo. Obispo de Pasto, Sr. Ezequiel Moreno, por colisión de jurisdicciones episcopales.

En la capital del Carchi funcionaba el Colegio de niños, «Bolívar», bajo la dirección de un pedagogo colombiano y con alumnos, en su mayor parte, colombianos.

El director de ese Colegio militaba en el bando radical, pero había admitido a un sacerdote, enviado por el Sr. Obispo de Ibarra, para que diera lecciones de catecismo e historia sagrada, y facilitara a los alumnos las prácticas de la religión católica.

Sin embargo, el Ilmo. Sr. Moreno había prohibido a los fieles de la diócesis de Pasto que enviaran a sus hijos al Colegio de Tulcán y, como le hubiesen desobedecido algunos de ellos, los excomulgó públicamente, declarando que el expresado Colegio era malo; su director, un impío, y la enseñanza, irreligiosa.

El Ilmo. González Suárez desaprobó esa conducta y sostuvo que a nadie más que a él, que era el legítimo Superior eclesiástico de la diócesis de Ibarra, dentro de cuya jurisdicción se hallaba el Colegio «Bolívar», incumbía abrir juicio y pronunciar sentencia en cuanto a la bondad o maldad de ese establecimiento y a la enseñanza que en él se daba; y que, por tanto, los anatemas espirituales lanzados por el señor Obispo de Pasto invadían jurisdicción que no le era propia.

Al rededor de este punto se trabó una polémica en que intervenían no sólo los señores Obispos González Suárez y Moreno sino también casi todos los escritores católicos y liberales, del Ecuador y de la frontera del Sur de Colombia.

Como en varias ocasiones, la opinión del bando liberal se puso, generalmente de parte del Ilmo. Sr. González Suárez, manifestándosele declaradamente adversa

la del partido conservador, asimismo, de un modo casi general.

El Obispo de Ibarra salió en defensa propia y, en una serie de *Cartas*, que publicaron los periódicos de Quito y Guayaquil expuso y propugnó su conducta, con párrafos en que el profundo saber canónico anda de brazo con ese brío que parecía apagado, pero que no había muerto en el antiguo polemista del tiempo de Veintimilla.

La suprema decisión, como era natural, se confió al Papa, y fue enteramente favorable al Ilmo. González Suárez, que, de ese modo, consiguió una victoria, tanto más gloriosa cuanto le fue ardientemente disputada.

El documento pontificio es casi desconocido, porque llegó a las manos de unos pocos amigos del Obispo de Ibarra, acaso porque él no quiso hacer ostentación pública de un triunfo, en que el vencido era un Obispo virtuoso y, por muchos conceptos, benemérito.

Por esta circunstancia, me he resuelto transcribirlo literalmente en el presente trabajo, como un documento histórico tan raro como importante.

Dice así la circular dirigida, por mano propia del Ilmo. Sr. González Suárez, a mi padre, que se contó siempre en el número de sus buenos amigos:

«Sr. Dr. B. Jiménez:—*La Defensa*, periódico que se publica en Quito, en el número 140, correspondiente al 28 de junio próximo pasado, ha dado cuenta de la *Resolución Pontificia* relativa al Colegio Nacional de Tulcán, pero lo ha hecho en términos que por parte del infrascrito no pueden menos de exigir una rectificación; por lo cual remito a Ud. una copia del Rescripto pontificio, traducido fielmente del italiano al castellano, para que Ud. forme un concepto verdadero de la resolución emanada de la Santa Sede.—Dios Nuestro Señor guarde a Ud., Federico, Obispo de Ibarra.—Ibarra, 8 de Julio de 1890.—(Copia del Rescripto).—Secretaría de la Sagrada Congregación de Obispos y de Regulares.—Roma, 27 de abril de 1898.—Sometidos a examen los documentos relativos a la desagradable ocurrencia, que hace largo tiempo existe entre el Obispo de Ibarra y el Obispo

de Pasto, esta Sagrada Congregación de los Obispos y los Regulares opina que, tanto al uno como al otro deben notificarse las instrucciones siguientes:—PRIMERA.—El juicio sobre la recta dirección de un establecimiento de instrucción pública y de educación cristiana pertenece, con pleno derecho, al Ordinario del lugar donde el establecimiento estuviere fundado.—SEGUNDA.—Cuando el Ordinario del lugar, puesto en el caso de examinar y ponderar las condiciones del establecimiento, las juzgare bastante satisfactorias a las prescripciones de la Iglesia Católica; en general, no es permitido a los Prelados de otras diócesis despreciar semejante juicio ni mucho menos pronunciar otro diametralmente contrario, hasta el punto de fulminar las más graves penas canónicas en apoyo de su no autorizado entrometimiento.—TERCERA.—Sería excusable y, en cierta manera tolerable semejante conducta cuando, con pruebas evidentes, constara que el juicio del Ordinario del lugar fuese palmariamente erróneo y no conforme con las verdaderas condiciones del establecimiento.—CUARTA.—Ahora bien: por las detalladas informaciones que ha suministrado el Obispo de Ibarra, resulta, con plena evidencia, que el Colegio de Tulcán es verdaderamente bueno y ajustado a las prescripciones canónicas, a lo menos en cuanto a lo sustancial, por cuanto el expresado Colegio está sometido a la inspección eclesiástica practicada por el Obispo mediante un sacerdote suyo, se enseña en él la doctrina cristiana según el Catecismo de Gaume, se emplean libros de texto no desaprobados por la Iglesia, se cumplen en los días debidos los actos religiosos y no se descuida la frecuencia de Sacramentos.—QUINTA.—Por consiguiente, esta Sagrada Congregación resuelve que es necesario que el Obispo de Pasto desista de su actitud belicosa contra el Colegio de Tulcán, que revoque la excomunió fulminada contra los padres de familia que hayan mandado sus hijos al Colegio, y que absuelva, sin tardanza ulterior, a los que hubieren sido ya excomulgados.—(Firmado).—*Luis Trombeta*, Secretario.»

Después de esta gloriosa decisión que obtuvo, aun consiguió otra: una especie de desagravio de la opinión

pública, en momentos sublimes y en forma inusitada en el Ecuador.

En 1900 se descubrieron—según parece—los verdaderos restos mortales del Mariscal de Ayacucho, don Antonio José de Sucre, y, el 4 de junio, aniversario de su asesinato, se celebraron solemnes exequias, en la Iglesia Catedral, en presencia misma de esos despojos de la muerte.

Para la Oración fúnebre fue llamado expresamente de Ibarra, el Ilmo. González Suárez y, pronunciándola en semejantes circunstancias, cuya solemnidad no volverá a repetirse, obtuvo un éxito asombroso: la multitud de oyentes prorrumpió dentro del mismo templo en aplausos, en prolongados y repetidos palmoteos. Una semejanza más con el gran Lacordaire, de quien el Ilmo. González Suárez dice que «con razón la inmensa muchedumbre, fascinada por la palabra del Padre, y casi fuera de sí por la admiración, estallaba en aplausos y rompía en estrepitosos palmoteos».

El viaje que emprendió desde Ibarra, abandonando su diócesis, para pronunciar esa famosa Oración fúnebre, le presentó la ocasión de dirigir a su Vicario general, doctor Alejandro Pasquel, una carta, corta en líneas, pero sustanciosa y rica en principios; carta que hizo época, porque condensó todas las opiniones que, de cuando en cuando, y en frases incidentales, había expuesto, ya con un motivo ya con otro, de palabra o por escrito, desde 1875, y que, al poner de relieve todo su carácter y todo su talento, fue como el *lábaro de contradicción*, de que nos habla Renán, al rededor del cual se trabó la más fuerte y decisiva de las batallas.

## VI

Desde el triunfo del partido liberal en 1895, la reacción conservadora había estado siempre en fermento y, con elementos organizados dentro del Ecuador unas veces, y otras con recursos allegados al otro lado de la fron-

ra del Norte, se riñeron, entre los bandos opuestos, fuertes y rudos combates que, en definitiva, fueron favorables al partido imperante y que no produjeron más efecto que avivar el odio y la venganza entre los partidarios de una y otra agrupación doctrinaria.

Ese odio estallaba a veces en forma sangrienta y entonces se presenciaban fusilamientos bárbaros, verdaderos asesinatos, como el del infortunado Víctor León Vivar—amigo predilecto del Ilmo. González Suárez, quien lo estimaba en altísimo grado por la grande y despejada inteligencia de ese malogrado escritor cuencano—y se estaba siempre en espera de sucesos a cual más inesperado y feroz.

A fines de 1898 una formidable expedición revolucionario, organizada en el Sur de Colombia, invadió el Ecuador, pasó por las provincias del Carchi, Imbabura y Pichincha y fue a sucumbir, en batalla campal, en la del Cbimborazo, después de haber infundido el pavor, natural en toda invasión, en los hogares por donde atravesó.

A principios de 1900 se sabía que se preparaba, en la misma frontera colombiana, otra expedición, mucho más formidable que la anterior, contra el gobierno liberal del General Eloy Alfaro.

Para referir con toda claridad, aunque someramente, los sucesos de esa época, hay que manifestar que, en ese año, el partido liberal, que se hallaba en el poder, corría grande, formidable peligro de caer, derrocado por la revolución, porque a las divisiones internas que surgieran en el seno del liberalismo, a causa de la designación del sucesor del Presidente Alfaro, se unían el descontento de provincias enteras, genuinamente conservadoras, y, sobre todo, la protección decidida que se apresuraron a prestar a los expedicionarios los sacerdotes del Sur de Colombia y, al parecer, no pocos del Carchi e Imbabura.

Parecía, pues, que la guerra civil tomaría proporciones alarmantes y que se convertiría en una larga, porfiada y sangrienta contienda. A los ojos del diocesano de Ibarra, el Ecuador, la patria común, se presentaba como el campo de desolación y muerte, donde blanqueaban los huesos de los caídos en las últimas contiendas, y

donde bien pronto se desarrollarían nuevas escenas de matanza y exterminio.

En tales circunstancias, se dejó oír su voz, clara y distintamente, con valor y completa franqueza, y, de sus labios de sacerdote, de Prelado católico, salió la condeción más explícita y contundente de aquellos preparativos revolucionarios.

En forma de carta dirigida a su Vicario General, haciendo valer arrogantemente el derecho absoluto que tenía para ser obedecido por todos los sacerdotes y fieles de sus diócesis, les impuso la abstención terminante en aquella lucha fratricida y les prohibió que prestasen la más pequeña cooperación a la invasión colombiana.

Como la divisa de esos expedicionarios era la de defender la religión católica, combatida por el gobierno liberal, afirmó—dirigiéndose a los sacerdotes—que «no deben nunca sacrificar la Patria para salvar la Religión», fórmula que, por el vulgo indocto, fue condensada, arbitrariamente, en esta otra, como si fuera sinónima: «primero es la Patria antes que la Religión».

Nuestra historia ofrece épocas de confusión y escándalo, pero creo que difícilmente podrá encontrarse una que se compare a la de 1900, después que fue conocida y divulgada la citada Carta.

El clero—en su mayor parte—; los católicos, las personas que se creían de buen criterio y de creencias arraigadas, se escandalizaron con esas palabras y empezaron a hablar no sólo del liberalismo, sino del ateísmo y de la próxima apostasía del Ilmo. González Suárez.

Hubo momentos en que quedó casi aislado, solitario como una roca, batida de todos lados por el viento y las olas de tempestad. Desde entonces apareció, así combatida como estaba, grande, enormemente grande la figura de González Suárez.

Y aquí se abre uno de los capítulos más interesantes y fecundos, que da materia para penetrar más hondamente en el alma colectiva nacional. Podría titularse «De la psicología de los partidos políticos en el Ecuador», y debería ser tratado con el desenfado y amplitud

que no consienten estas páginas, dedicadas a un breve elogio al lado de una tumba recientemente abierta.

Sería preciso analizar detenidamente la manera cómo se han formado y constituido y cómo han evolucionado y degenerado nuestros partidos, para exhibir adecuadamente el escenario histórico y moral en que aparece, en el año indicado, con actitud hierática, el más grande de los Prclados ecuatorianos, y para comprender, primero, la oposición violenta que le salió al paso, de donde menos parecía esperada, y, luego, su triunfo definitivo, que se tradujo en una época prolongada de paz en el seno del partido conservador.

Porque, en mi sentir, todo tiene explicación. Nada ni nadie es esencialmente malo en este mísero mundo. Como levadura que fermenta en lo hondo de la masa, encuéntrase siempre un átomo siquiera de bien aun en el alma al parecer más corrompida y en el hecho al parecer más perverso. Dar con ese germen del bien, separarlo de la corteza que, en forma de error de entendimiento o rutinaria costumbre, lo rodea, es la tarea del historiador, del moralista, del psicólogo. Así se explican muchas cosas y se disculpan no pocas. Así los extravíos y conceptos equivocados, las acciones torcidas y ciegas, no asomarán como maldades intrínsecas ni los errores, por funestas consecuencias que tengan, se exhibirán como perversidades claramente previstas y ardientemente procuradas y conseguidas.

Así se explicaría debidamente la actitud de parte del clero y de muchos católicos, enfrentados contra González Suárez; actitud que le dolió en el alma y de la que, acaso con un poco de exageración, se quejó amargamente siempre, hasta en la conmovedora *Protesta*, que escribió ocho años antes de su muerte, al recuerdo de la época a que me refiero.

Al hablar, pues, con esa ocasión, de la formación de nuestros partidos políticos, habría que distinguir los elementos de *convicción* y *conveniencia* que en ella han intervenido; y habría que hacer resaltar el influjo de un tercer elemento, hasta ahora descuidado o acaso inadvertido, y al que podría llamársele *la herencia*; pero nó en

el sentido de la convicción, trasmitida de padres a hijos, por medio de la educación y el ejemplo, sino como cierto compromiso a que obligaba a una familia, más o menos numerosa y de cierto viso social, el hecho de llevar un apellido histórico, conocidamente afiliado, desde antaño, a un determinado bando político.

Con esos antecedentes se explicará la singular, pero lógica, posición que había venido guardando nuestro clero frente a tales partidos. De un lado un liberalismo que degeneraba, en épocas, en grosera clerofobia, que odiaba y hacía la guerra a todo lo que pertenecía al clero o le recordaba siquiera el nombre o la figura de él; y de otro, un conservatismo que, alejado de la convicción católica primitiva que le dió fuerza para constituirse en grupo histórico, sólo conservaba la divisa de tal, aunque ni en las costumbres de la vida privada ni en la observancia de los preceptos del catolicismo, en sus relaciones con el gobierno de los pueblos, supiere acercarse al ideal de Jesús.

No es, pues, un absurdo, sino algo erróneo pero consecuente y explicable que, en tales condiciones, el clero—entre un bando rudo que le odiaba brutal e instintivamente, y otro que, al parecer, con sincero afecto, le buscaba, se escudaba con él y le defendía—optase, en todos sus actos, por el segundo y se sintiese ligado estrechamente a él, con vínculo de gratitud.

Formado y extendido así un criterio, casi único, para juzgar las situaciones políticas que se presentaban, ya es fácil explicarse las sorpresas, las vacilaciones, las dudas, las censuras y, por último, la abierta oposición que surgieron en torno del Ilmo. Obispo de Ibarra en la ocasión ya mencionada.

Entre los principales refutadores de su doctrina, saliéronle al frente los Ilmos. Obispos de Pasto y Manabí, señores Ezequiel Moreno y Pedro Schumacher.

El Ilmo. González Suárez sostenía que el clero no debe abanderizarse nunca a ningún partido político por bueno que éste parezca; que la causa de la Religión no debe hacerse nunca solidaria de ningún partido político; que el patriotismo es virtud cristiana, que debe morar

en todo pecho sacerdotal; y que no debe nunca un buen católico rebelarse contra la autoridad constituída, ni un sacerdote de veras católico prestar su cooperación a esas rebeliones, ni aun a pretexto de defender la religión, porque no se debe nunca sacrificar la Patria para defender la Religión.

Sus contrincantes refutaban cada uno de sus principios, afirmaban que separar la política de la religión equivale a proclamar el ateísmo político, que el patriotismo era invención de la Revolución francesa, y, en Pectorales y folletos, recordaban las Cruzadas, defendían la oposición armada contra las autoridades liberales y, en resumen, alentaban a los que estaban preparando la invasión y la guerra civil.

Esto hacían los más moderados; porque, en plano inferior de ciencia, unos cuantos presbíteros del Sur de Colombia y otros tantos seglares de esa misma región, perdido todo respeto al Príncipe de la Iglesia católica y olvidado todo principio de urbanidad y cordura, se desataron en soeces injurias y sangrientas calumnias contra el Obispo de Ibarra.

Causa indignación la lectura de esos panfletos. Se los lee al cabo de más de quince años y uno los arroja con asco contra el suelo, porque de sus páginas se desprende un vaho repugnante de ignorancia y grosería, de insultos y de calumnias que horripila.

Para esos escritores, el Ilmo. señor González Suárez es ignorante, servil, adulador de los gobiernos liberales, soberbio, rebelde, aturdido, loco, etc. Se duelen de lo que llaman su caída, le exigen retractaciones, anuncian su apostasía y se apiadan del escándalo que ha causado a los fieles, predicando herejías y blasfemias.

A aumentar la oposición que se le hizo y el horror con que algunos católicos le miraban, contribuyó no poco el coro de alabanzas que el partido liberal entonaba en su nombre y al rededor de sus doctrinas, avanzándose hasta a proclamarle como suyo, esto es, como liberal.

Y aquí viene la ardua, la suprema de las cuestiones. ¿González Suárez fue liberal? ¿Fue siquiera político?

Declaro que para contestar a esas dos preguntas, he reflexionado maduramente, leyendo y relejendo sus propias declaraciones y los tres cuadernos que publicó para explicar los principios de su «Carta», y trayendo a la memoria las diversas opiniones que, de palabra o por escrito, se han emitido sobre su actitud.

Y después de esas reflexiones, con mi mano en el pecho, puedo afirmar sincera, rotunda y francamente que, según mi convicción, el Ilmo. González Suárez nunca fue político, jamás se afilió a ningún partido ni se abanderizó en ninguno de esos casilleros, en que nos trae divididos, con el título de conservadores o liberales, muchas veces no la firme convicción, sino la momentánea conveniencia, cuando terciamos en política.

No fue, pues, liberal ni conservador. Ningún partido político puede ni debe apropiársele ni reclamarle como suyo. Él mismo, de antemano y con toda franqueza, los rechazó a todos en general y a cada uno en particular.

«No pertencí a su partido político, como es notorio», dijo en ocasión memorable, refiriéndose al partido conservador, acaudillado hasta el año 1875 por García Moreno.

«Yo no soy liberal ni puedo serlo; soy Obispo católico y no pertenezco a ningún bando político . . . El calificativo de liberal es inaceptable, tratándose de un Obispo católico . . . Yo lo rechazo, pues», exclama en una Carta dirigida al redactor de «El Patriota», periódico que se publicaba en Guayaquil en 1900.

Comprendió desde muy joven cual era la verdadera misión sacerdotal. «Desde que fuí ordenado de sacerdote en 1872, me tracé . . . como regla invariable de conducta el no pertenecer nunca a ningún partido político, por bueno que este fuera: en esa época de mi vida tenía ya las mismas ideas, que respecto a la actitud del sacerdote católico en punto a partidos políticos tengo ahora», decía en 1911.

Y esas ideas eran las que guiaron todos y cada uno de sus actos en su vida pública y privada; y esas ideas exhibió como norma obligatoria de conducta para todo

su clero, arrancando radicalmente añejas preocupaciones y orientando en sentido de la paz toda la acción e influencia poderosas del clero; y en esas ideas se arraigó y aferró, porque estaban respaldadas con las decisiones y enseñanzas de los Papas y los Concilios.

Conforme a esas ideas, el sacerdote católico y con mayor razón un Prelado, no debe nunca abanderizarse en ninguno de los partidos políticos. No debe estar fuera de ellos, porque la política según lo entienden los Papas y el clero y lo han definido los Sínodos, ha de fundarse en los sanos principios de la religión católica. No debe tampoco estar siempre frente a ellos, combatiéndolos continuamente y por sistema, como si fueran enemigos. Debe estar por encima de ellos, en región superior, para, así, tener derecho de hablar, de protestar, de reprender a cualquiera de ellos, cuando proceda contra la justicia y el orden.

Llegado el caso, lanzará anatemas contra el uno o contra el otro; o defenderá la causa que en un momento dado, personifique este o el otro partido. Y así será cómo, unas veces un sacerdote católico, un Obispo, reprenderá severamente el proceder inicuo de quienes se hayan puesto del lado de la religión, sin que, por ese hecho de reprender, dé la razón en el fondo y justifique a los que la combaten. Y en otras ocasiones hablará fuerte contra actos, asimismo inicuos, de los que combaten a la religión y se niegue a prestarles obediencia, sin que por esto pretenda defender los intereses terrestres y personales de los del partido opuesto.

Conforme a esas ideas—justas y verdaderas—hay que apreciar su conducta y su vida. Solo así se comprende como él, sacerdote católico, más tarde Prelado, y luego Jefe de la Iglesia ecuatoriana fue, sucesivamente, en diversas épocas, objeto de admiración y de odio de los liberales, y, asimismo, objeto de entusiasmo y de escándalo para los conservadores.

¿Había en esa conducta inseguridad de criterio? ¿Era, acaso, inconsecuencia con la propia causa? No; de ningún modo. Era, más bien, equilibrio de ánimo y serenidad altísima. Era noble prescindencia de mez-

quinos intereses. Era adhesión preconcebida y resuelta a la causa de la justicia y del orden, encuéntrese aunque no sea sino transitoriamente en cualquiera de las muchas y antagónicas fracciones en que, por estrechez de concepción, se halla dividida la humanidad en su manera de considerar los problemas de la vida o de resolverlos en el gobierno del Estado.

González Suárez no fue, pues, liberal ni conservador, ni siquiera político. Yerran por lo tanto, los que le proclaman como liberal o le reclaman como conservador. Fue un admirable sacerdote católico; un Prelado sabio y virtuosísimo.

Fue el modelo del clero en la política. Su vida y conducta deben quedar como prototipo de la vida y conducta del sacerdote tal como lo necesitan nuestros pueblos, en nuestras turbulentas democracias.

Y para desmentir toda acusación de liberalismo, ahí está su labor de resistencia a toda innovación intentada o llevada a cabo por el régimen liberal, desde su triunfo en 1895 hasta el presente año.

En 1900, cuando más rudamente se le atacó, y en los años subsiguientes, en que empezaron a dictarse las radicales reformas de este país, González Suárez se mantuvo en la brecha, oponiéndose a todo proyecto, refutando toda doctrina y principio liberal, protestando ardorosamente contra la aprobación de leyes inspiradas en el credo radical.

No calló nunca; no cesó de escribir y de dirigir la acción de resistencia de los católicos. Unas veces solo, otras en compañía de los Prelados ecuatorianos, escribió, firmó y publicó Manifiestos, Exposiciones, Observaciones, Protestas, Pastorales, etc., contra la Ley de Cultos, contra el Matrimonio Civil y el Divorcio, contra la Secularización de bienes de manos muertas, contra la libertad de imprenta, contra la Ley de Beneficencia, contra la Secularización de Cementerios, contra la Ley de Patronato, contra los Sacrilegios de Riobamba, etc.: escritos todos ellos con inmenso caudal de erudición en cuanto a la doctrina, y con la vehemencia de que había dado tantas pruebas en épocas anteriores.

Todo ello reunido define su conducta y confirma más y más la idea, que debemos formarnos acerca de su independencia completa en materia de partidos políticos.

La terrible campaña que he recordado terminó cuando se supo que el Delegado Apostólico, residente en Lima, Monseñor Gasparri, había dirigido al Obispo de Ibarra, la comunicación que contiene estos dos párrafos sustanciales: «He leído en los periódicos del Ecuador la carta que Us. Ilma. y Rvma. ha escrito al señor Dr. Alejandro Pasquel, Vicario General de la Diócesis, trazando al Clero y a los fieles una línea de conducta en las presentes circunstancias.—Apruebo la línea de conducta trazada; es decir, apruebo la prohibición de toda cooperación a la invasión de Colombia y a todo movimiento revolucionario . . . »

Este nuevo triunfo que alcanzaba el Ilmo. González Suárez contra una falange numerosa de adversarios, al propio tiempo que elevó su estatura moral a un grado de incalculable grandeza, consiguió para la patria años de paz y de tranquilidad.

Sería necesario penetrar en los arcanos de lo misterioso para calcular el número de lágrimas y de sangre que ahorró esa conducta del Prelado ibarreño. ¡Cuántas familias se libraron de la orfandad y la miseria! ¡Cuántas calamidades públicas y privadas se evitaron! Porque esa actitud del Ilmo. González Suárez contuvo y desbarató la invasión colombiana, desarmó a los revolucionarios y ha mantenido hasta ahora en quietud y paz al partido conservador.

La Santa Sede no halló mejor recompensa a tantos méritos que la de promoverle al Arzobispado de Quito, en 1.906, vacante por la muerte del Ilmo. Sr. González Calisto.

El 5 de julio de ese año entraba a la Capital, con esa nueva dignidad eclesiástica, en medio de una población delirante de admiración y entusiasmo por el hombre, cuya notoriedad empezaba a tocar ya con la inmortalidad.

## VIII

Once años permaneció en el Arzobispado, rigiendo los destinos de la Iglesia ecuatoriana, y, además de la acción callada y continua con que la gobernó, en ese lapso de tiempo hay dos hechos suyos que anotar, porque influyeron en los destinos de la patria.

En 1.907 celebró el Gobierno del General Eloy Alfaro un contrato *ad referendum* con el Conde de Charnacé para la construcción de un ferrocarril al Oriente, mediante condiciones tan onerosas que todo el Ecuador tembló de indignación, cuando tuvo conocimiento de ellas.

La juventud de la costa y del interior, en especial, se propuso a todo trance impedir la ejecución de esa obra y, por tanto, la aprobación del contrato.

Para ello se organizaron unos cuanto *meetings* con el pacífico intento de pedir, de suplicar, de obtener como un favor, que se rescindiera el tal contrato y no se sacrificaran los intereses y el honor de la Nación.

Los *meetings* fueron prohibidos y, por un instante, la juventud pareció inerme y derrotada ante la fuerza del Gobierno y sus secretas maquinaciones.

En esa incertidumbre y desorientación, se acudió, como a un oráculo, al Illmo. Arzobispo de Quito, en demanda de consejo, de inspiración, de guía: la juventud le respetaba y le admiraba, le quería y obedecía; no esperaba sino una palabra suya para decidirse a la acción, porque bien sabía que su voz no le llevaría nunca a la guerra ni al crimen.

Y esa palabra fue pronunciada y, en efecto, tuvo la virtud de orientar a la juventud y enseñarle lo que debía hacer y como debía proceder.

Consultada su opinión, el Arzobispo de Quito contestó con la siguiente carta:

«Señor don Emiliano Altamirano.—Muy apreciado señor:—Con el más vivo interés leí el Contrato denominado Charnacé y después de meditar detenidamente una por una las cláusulas y artículos de que consta, emito

mi parecer, y lo emito con serenidad de ánimo y con la más fría imparcialidad: el Contrato no es bueno para el Ecuador y equivale a la enajenación del territorio oriental ecuatoriano . . . . . Como ecuatoriano deploro que semejante contrato haya sido firmado por el señor Ministro de Estado, y quisiera que el General don Eloy Alfaro lo diera por no hecho. Si se sometiera a la consideración de la próxima Legislatura, es de todo punto necesario que las Cámaras legisladoras le nieguen su aprobación; la honra del actual Gobierno exige, por esto, que se deje en completa libertad la elección de los Diputados y de los Senadores que han de componer las futuras Cámaras Legislativas . . . . . Tal es mi concepto respecto del Contrato Charnacé: lo expongo con lealtad y con franqueza.—De Ud. atto. y S. S., Federico, Arzobispo de Quito».

La juventud recibió con delirio esa opinión, que contenía también una regla de conducta; y desde ese día se propuso trabajar arduosamente por tener influencia decisiva en la elección de Senadores y Diputados.

Se organizaron Comités electorales en todas las provincias y en la Capital, el Comité central formado por la juventud universitaria, se atrajo bien pronto a todos los obreros, esperando alcanzar un triunfo abrumador en las elecciones.

Bien sabido es cómo terminó aquel entusiasmo y cómo se ahogó en la sangre de universitarios y artesanos aquel generoso despertar de la juventud de Quito.

Pero esos sucesos dieron dos resultados: fue el uno el cavar un abismo entre la parte más noble e independiente del Ecuador y el General Eloy Alfaro, abismo que acabó por devorarlo en espantosa tragedia; fue el otro, el unir desde entonces para siempre al pueblo, al elemento joven y sano, con el ilustre Prelado, en quien veían al más patriota y desinteresado de los ecuatorianos.

Y así fue cómo en 1909, cuando llegó a su colmo el odio al régimen imperante, como una manifestación de honor y reconocimiento al Prelado, como un principio de «la reacción moral y social» que se efectuaba en todo el Ecuador, el pueblo de Quito, en número incontable, acu-

dió a la ceremonia de la colocación de una lápida conmemorativa en la casa donde había visto la primera luz el más grande de los hijos de la capital.

Al año siguiente, las negociaciones diplomáticas que se seguían en Madrid, ante el Monarca español, nombrado Arbitro en la cuestión de límites entre el Ecuador y el Perú, nos pusieron a dos pasos de una guerra internacional con esa República; y entonces se dió el caso inesperado de que el mismo Prelado que siempre había condenado el derramamiento de sangre en los campos de batalla, el mismo que siempre había predicado la paz, el que había dicho y repetido que gustoso se sacrificaría por la paz, variase de tono y en una como proclama, propia de un Generalísimo o de un Jefe de Nación diese cita a todos los ecuatorianos al campo del honor, para que, con las armas, defendieran el territorio y derramaran su sangre sin temor.

Y era que veía la justicia de la causa del Ecuador, y veía que ese mismo Ecuador se hallaba dividido en dos fracciones antagónicas—de un lado un Gobierno impopular y de otro la Nación casi en su totalidad—y preveía que, en esas condiciones de desunión y discordia intestina, el Ecuador, la patria que él amaba, sería vencida y desmembrada fácilmente.

Consideró, pues, como un deber suyo hacer un llamamiento a todos los ecuatorianos, unirlos, siquiera por uu momento, bajo el Gobierno que, al fin y al cabo, personificaba a la Nación, y lanzarlos contra el enemigo común.

Y realizóse lo que parecía un imposible: se olvidaron las rencillas domésticas, se unieron los grupos opuestos, se dieron la mano los enemigos políticos y todo el Ecuador se convirtió en un solo campamento, y todo ese campamento repetía de memoria las palabras guerreras y vibrantes del Arzobispo de Quito: «Si ha llegado la hora de que el Ecuador desaparezca, que desaparezca; pero no enredado entre los hilos diplomáticos, sino en los campos del honor, al aire libre y con el arma al brazo: no lo arrastrará a la guerra la codicia sino el honor!»

Desde entonces, además de la adhesión de la juventud, que fue suya desde 1906, conquistóse la del ejército, al que él siempre había amado y había procurado dignificar.

Varias veces había bendecido los estandartes de los batallones; en 1883, desde la tribuna sagrada, dirigió frases elocuentes a los soldados, y en las «Exposiciones» mismas se ocupó con cariño de la condición social del soldado ecuatoriano: era, pues, conocido para él, el lenguaje con que debía hablar a los militares, en nombre del honor y de la defensa de la Patria.

Desde 1911 se ocupó en coleccionar todos sus escritos y editarlos, por segunda o tercera vez añadiéndoles las notas explicativas que creía necesarias, para justificar su conducta y demostrar la consecuencia con aquellas doctrinas, que habían sido la norma de toda su vida.

La maledicencia, que tuvo eco hasta en escritores asalariados del exterior, trató nuevamente de herirle cuando, al estallar la catástrofe que arrebató la vida a los Generales Alfaro, acudió la piedad filial en demanda de su auxilio y de su imperio sobre el pueblo de Quito, para que se opusiese al curso de acontecimientos que nadie hubiera podido contener ni desviar.

Entregado a estudios de su predilección y al cumplimiento de sus deberes pastorales, escribió todavía algunas obras, y las tituladas «Notas Arqueológicas» «Advertencias para buscar, coleccionar y clasificar objetos arqueológicos, pertenecientes a los indígenas, antiguos pobladores del territorio ecuatoriano» fueron las últimas voluminosas y de grande importancia que publicó su docta pluma.

La segunda está dedicada a los jóvenes que componen la «Sociedad ecuatoriana de estudios históricos americanos», que fue fundada y dirigida por él, como un cumplimiento de su vivo anhelo por ver extenderse en el Ecuador la afición a los estudios serios y científicos de la Arqueología y de la historia. Es un recuerdo para ellos y una enseñanza: la enseñanza última, que da todo maestro a sus discípulos queridos, al presentir la separación, como resumen de sus estudios y de su experiencia.

En otro género publicó también, con ese mismo carácter de últimos consejos, el volumen titulado «Documentos pontificios y episcopales»: colección de enseñanzas, entresacadas de las Encíclicas de los Pontífices romanos y de Pastorales sabias de Obispos católicos; con el fin de regular la conducta de los fieles, sobre todo en sus relaciones con los Prelados.

«Este Volumen»—dice en el Prólogo—«podría considerarse como Vademecum de los católicos en las circunstancias presentes, cuando a causa de la ofuscación de los espíritus, la norma de la moral católica en la práctica cada uno la interpreta y aplica a su modo.—Si somos católicos, debemos procurar serlo de veras, sinceramente, con una sola regla de moral práctica, así en la vida privada, como en la vida pública: tanto dentro del hogar doméstico, como fuera de él; ya como individuos particulares, ya como ciudadanos o miembros de la sociedad civil . . . Gran daño causan a la Iglesia católica las doctrinas liberales indudablemente: pero, sin comparación le causan un daño mayor la desobediencia y la presunción de ciertos católicos, que pretenden ser ellos maestros y guías de la misma Iglesia, principalmente en los asuntos relacionados con la política, y con los intereses de los bandos o facciones políticos».

Como conocedor de la índole de uno de esos partidos, señalaba los males que le corroen: la falta de convicción en algunos de sus adherentes, consistente en la escandalosa oposición entre los principios que proclaman y la vida que llevan, y la desobediencia a los preceptos episcopales, siempre que éstos contrarían sus malas inclinaciones o se oponen a sus bastardos intereses . . .

Por entonces ya empezó a sentir las primeras manifestaciones de la enfermedad, o complicación de enfermedades, que debía llevarle al sepulcro.

En 1917 se agravaron sus males y a mediados del año se postró por completo, pudiendo decirse que, desde agosto empezó su agonía, lenta, dolorosa, pero sin que menoscabara en nada el vigor de sus facultades.

Tuvo tiempo y capacidad para afrontar la muerte. Con esa perspicacia, que según él mismo lo ha dicho,

comunica la muerte al espíritu de los que están cercanos a la eternidad, pudo considerar despacio toda su vida y los principales actos de ella. Contempló su labor en las diócesis que había gobernado; repasó sus escritos; meditó sobre la consecuencia de sus actos; notó que, providencialmente, había sobrevivido a todos sus opositores; tuvo la satisfacción de haber llenado cumplidamente su misión en la vida; manifestó en público que no encontraba nada de qué retractarse, hallándose en el umbral de la eternidad; se ratificó en todos y cada uno de sus actos, y expiró santamente en la alborada del 1º de diciembre de 1917.

## IX

Era de mediana estatura. Tenía la piel blanca; la nariz, larga y fuerte; los ojos, de ligero tinte azulado; los cabellos, finos y, en sus años juveniles, rubios; la boca, grande; el labio inferior y la barba, prominentes; el habla, clara y reposada; la locución, fácil.

Al recibir a cualquiera persona, levantaba la cabeza y el pecho, para mirarla de frente; gesto que le daba un aire señorial y regio, como de quien no se intimida ante nadie, y que infundía respeto y algo de turbación en cuantos se le acercaban, sobre todo por primera vez.

De índole comunicativa, gustaba de la conversación, y en las tertulias de amigos deleitábalos con las anécdotas que refería, con grande franqueza y con cierto salado gracejo.

En su trato era igual con todos. A nadie humillaba sin motivo ni trataba con aspereza sino con causa más allá de justa. Bien es verdad que con nadie usaba tampoco de familiaridades ni condescendencias. De natural era vehemente y colérico, pero el continuo y cuidadoso dominio de sí mismo, la consciencia de su misión sacerdotal, habían domeñado su temperamento nativo y equilibrado su ánimo, comunicándole suavidad en sus maneras y palabras. De San Francisco de Sales se

cuenta que, asimismo, era de temperamento bilioso, pero que se venció y transformó de tal modo que ahora es citado como el tipo de la paciencia y de la mausedumbre.

Era inflexible e inquebrantable, pero no soberbio. Cuando estaba convencido de la verdad y justicia de una causa, no cedía un ápice en sus resoluciones. Y mientras más y mayores eran los obstáculos que encontraba, más enérgico e irreductible se mostraba. No se humilló jamás ante nadie, ni se retractó nunca: pero no por caprichosa obstinación ni empecinado orgullo sino porque nunca procedió de ligero en nada. No supo lo que era la precipitación ni la irreflexión.

Para tomar una resolución cualquiera, para adoptar y manifestar en público una actitud determinada, así se tratase de corregir con severidad a eclesiásticos indignos o de lanzar uno de tantos Manifiestos o documentos que salieron de su docta pluma y tuvieron incalculables consecuencias, estudiaba detenidamente el asunto; lo meditaba con calma y serenidad; se informaba en todas las fuentes; se aconsejaba con personas de criterio y de saber; consultaba cuantos autores tenía en su abundante biblioteca; formábase una convicción, y una vez que llegaba a la persuasión procedía conforme al dictado de su conciencia, con tanta energía e inflexibilidad que no retrocedía ante nada ni ante nadie. Reprendía o castigaba sin debilidad ni compasión.

No conoció los respetos humanos ni las consideraciones terrenas. No sabía lo que era la acepción de personas. Aun cuando le salieran al frente Prelados católicos de igual dignidad a la suya, o mandones de Gobierno rodeados de cohortes pretorianas, todo le era igual e indiferente. Su vida misma era considerada por él como poca ofrenda en defensa de sus resoluciones.

Nunca tuvo miedo. No supo lo que era el temor. Su corazón jamás tembló con el estremecimiento de las almas pusilánimes ni cuando llegó a la silla episcopal, rehuyó responsabilidades con el silencio o el ocultamiento.

Era de verle frente al peligro. Sereno, calmado, tranquilo. Podía, como el varón cantado por Horacio

ver desquiciarse en fragmentes el orbe entero y recibir impávido las heridas que le ocasionaran esas ruinas.

Su inteligencia, antes que perspicaz y penetrante, era discursiva, lenta, pero clarísima y poderosa. Poco o nada metafísico, gustaba de verdades tangibles, prácticas. En sus escritos casi no hay una página con perspectivas ontológicas. Lo que sabía, lo había adquirido con paciente labor de lectura y de estudio, de reflexión y discurso. No ahondaba mucho, pero se extendía sobre todos los ramos del saber humano. No escribió nada sin estar antes convencido de lo que iba a decir y de todo lo que podía decir. Tan fecundo como laborioso, casi no hay objeto del humano entendimiento sobre el que no haya opinado, con juicios más o menos exactos.

Erró no pocas veces, por deficiencia de medios pero nunca por falta censurable o por negligencia de investigación. Y cuantas veces conoció sus errores, se apresuró a rectificarlos y corregirlos.

Sabía el latín, el griego y el hebreo; el inglés, el francés y el italiano, y aun cuando no hablaba esos idiomas, podía leer en su lengua nativa a todos los autores que él ha citado o sobre los cuales ha escrito.

Su modo de leer era de una paciencia incomparable. He sido testigo del hecho siguiente: se trataba de un escritor latino. Había que traducir y comentar un párrafo de los ordinarios, Leyó tres veces el texto en su idioma original, con voz clara y pausada. Después lo tradujo verbalmente, palabra por palabra, otras tres veces, con voz igualmente alta y calmada. En seguida escribió de su puño y letra la misma traducción y la volvió a leer pausadamente. Al fin, una vez no sólo comprendido sino aprendido de memoria ese párrafo, desentrañó las principales ideas de él, por medio de una serie de preguntas y respuestas que a sí mismo se las hizo y contestó, acabando, finalmente, por repetir y amplificar esas ideas en estilo propio suyo, con palabras distintas de las del autor.

De ese ejercicio de leer, de esa costumbre de estudiar repitiendo y cuestionándose, se resentía su estilo. En él se notan, en medio de un razonar discursivo que

se desearía prosiguiera indefinidamente, bruscas interrupciones, que dan lugar a preguntas y respuestas o a exclamaciones, que rompen el hilo del discurso y fatigan al lector.

Pero su prosa es de una limpidez extraordinaria y de transparencia cristalina. Se adorna, con frecuencia, con las más hermosas galas de las figuras literarias.

Como patriota fue sin rival por el desinterés, la recta intención, el acertado criterio en todo cuanto aconsejó y el sincero afecto al suelo natal. Siempre estuvo unido a todo lo bueno que aconteció en el Ecuador. Trabajó por su progreso, como la mejor y más celosa de las autoridades civiles no lo ha hecho nunca. Vicepresidente de la «Junta Patriótica Nacional» intervino, con su voz y consejo, en todos los acontecimientos políticos de importancia de estos años. Con su actitud influyó en el curso de los sucesos y siempre en bien de su Patria. No sólo escribió la Historia del Ecuador sino que *la hizo*.

En las fiestas patrias asociaba su nombre y prestaba su cooperación, para solemnizarlas. En los festejos del Centenario de nuestra Independencia, por su orden, la Iglesia con el regocijo de sus campanas se asoció a las salvas de artillería. Cuando llegó a Quito el ferrocarril, fue uno de los primeros, a la cabeza de su clero, en tomar parte en el regocijo público. Cuando invadió, por primera vez, la bubónica el puerto de Guayaquil, como Administrador Apostólico del Guayas acudió con sus consejos y sus mandatos al clero, a conjurar, por su parte, el peligro que se cernía sobre el Ecuador. A su ejemplo, el clero y episcopado se han apresurado, desde entonces, a prestar su apoyo a todo movimiento social de interés público en el orden puramente material.

Su austeridad de sacerdote era conocida de todos. No se contentó con ser bueno; quiso ser perfecto, con el grado de perfección cristiana que exige la ascética a los que se dedican al servicio de Dios. Pruébanlo sus obras místicas, sus Pastorales, sus escritos apologéticos. Habló, en ellos, de cosas siempre elevadas, enseñando a los fieles los misterios de la persona de Jesucristo, de la Concepción Inmaculada de la Virgen, del Santísimo Sa-

cramento. Pruébalo el conocimiento profundo del alma humana, expuesto en esas mismas obras; conocimiento a que no llega cualquier persona por el solo hecho de ser piadosa e inteligente, sino el que medita y alcanza luz de lo alto para distinguir exactamente los estados interiores o grados por los que pasa un alma que se dedica a adquirir la perfección moral cristiana.

Las ceremonias del culto católico ejecutadas por él adquirirían mayor magnitud e imponencia. Las celebraba con solemnidad. Sus movimientos eran lentos y precisos. Sus palabras claras, altas y rítmicas. Se esmeraba, en tales ocasiones, en poner acordes su entendimiento y su voz. Los que le oían y veían, convencíanse de que estaban al frente de un verdadero Ministro del Altar, que ejercía sus funciones, no con aquella despreocupada y rutinaria indolencia, fruto de la costumbre, sino con aquel celoso esmero con que se procura hacer bien hechas, como si fuera la primera vez, todas las complicadas y graves ritualidades del culto externo católico.

Su influencia como Prelado es, hasta ahora, desconocida. Todo se ha hecho en reserva y con prudencia. Y es, acaso, el lado por el que hay que considerarle con detenimiento para equilibrar la grandeza moral del Ilmo. González Suárez. Cuando se escriba sobre él, por ese aspecto, con la claridad y franqueza que exige la historia, se verá cuán inmenso es el bien que hizo. Corrigió y extirpó. Impuso la humildad y las buenas costumbres a la fuerza. Tuvo dotes especiales de gobernante. Supo administrar y guiar. Nadie le ha igualado en el tino y la firmeza. Arrancó lágrimas y quejas pero cicatrizó llagas que podían corromper el organismo entero.

Como amigo y consejero llevó la tranquilidad a muchos hogares, devolvió la paz a algunas familias, aplacó venganzas prontas a estallar, dirigió siempre por el buen camino a cuantos le interrogaban y le pedían consejos.

Y así fue cómo llegó a ser amado y admirado. Y así fue como, a su muerte, se vió un espectáculo único en el Ecuador: el de un hombre que, habiendo pasado solo toda su vida, sin pariente alguno próximo ni lejano, fue, sin embargo llorado y sentido por todo el pueblo, y

conducido a su última morada con un cortejo que ningún otro hombre de los nuestros, por notable que haya sido, consiguió nunca reunir en torno de sus despojos mortales.

Fue un verdadero duelo nacional el que guardó el Ecuador a la noticia de su muerte. Todas las corporaciones y clases sociales de la capital tomaron parte en sus funerales; asistieron a ellos y expresaron, públicamente, su condolencia. Su retrato se ha multiplicado por todas partes. Su elogio ha sido proclamado por todas las plumas de escritores y en todos los periódicos del Ecuador. Y pronto se eternizarán en el mármol y en el bronce su figura y su memoria.

Fue en unas cosas, el único; en otras, el primero o uno de los primeros; pero en todas ellas grande. Y, tomadas en conjunto su persona, su acción y su obra, es irremplazable.

NICOLÁS JIMÉNEZ.

## Federico González Suárez

---

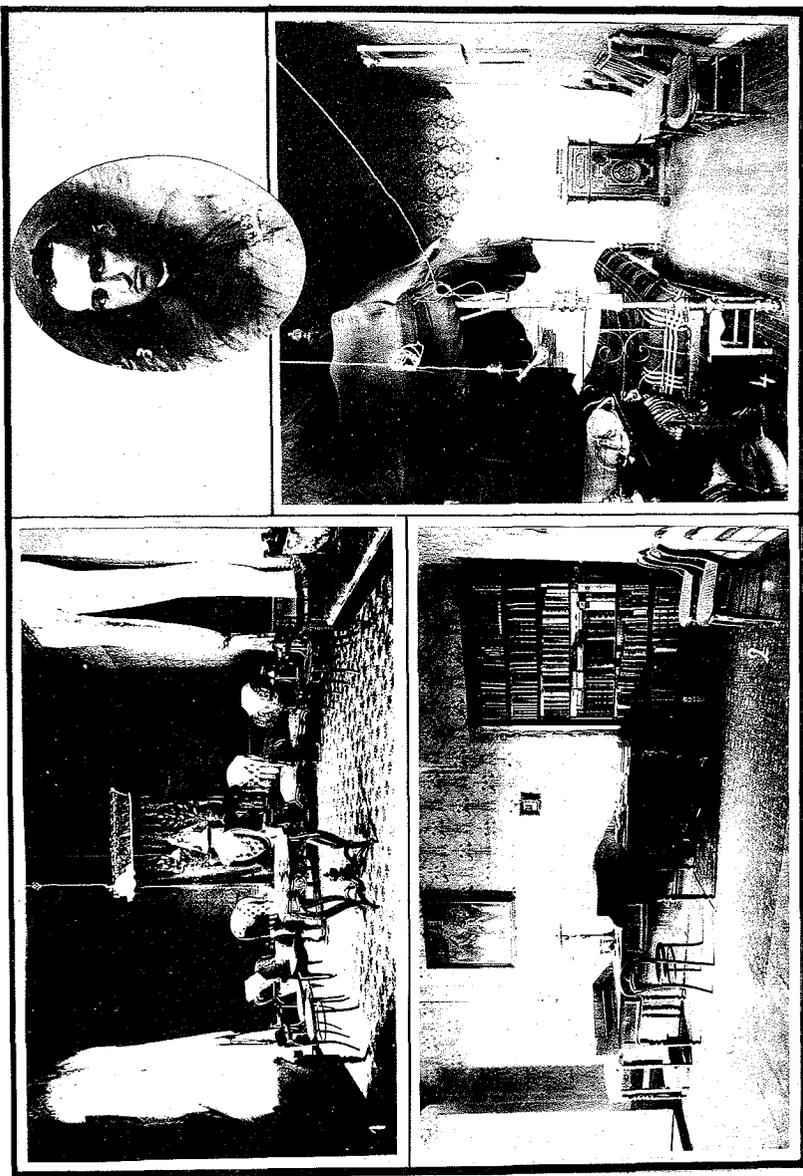
*Fue una cumbre de níveas claridades,  
bañada en sol y de fulgores llena,  
una cumbre magnífica y serena,  
más alta que las altas tempestades.*

*Triunfador de menguadas falsedades,  
alma al temor y a la lisonja ajena,  
hizo brillar sobre la humana escena—  
fuego y luz, como el rayo—sus verdades.*

*Vibró en hora de pruebas y de dudas  
su voz de admonición y de protesta,  
y ante la ira villana y ante el necio*

*y cobarde clamor de tantos Judas  
sólo halló, como el Maestro, una respuesta:  
su infinita piedad hecha desprecio . . . .*

MANUEL MARÍA SÁNCHEZ.



(1) Sala de Sesiones de la Junta Patriótica Nacional, de que fue Presidente el Ilmo. González Suárez.—(2) Su dormitorio.—(3) El Ilmo. González Suárez en su juventud (retrato al óleo de Pinto).—(4) Sala escritorio donde murió.



# González Suárez: su vida y su obra

~~~~~  
(Conferencia leída en el Concierto fúnebre dado en el  
Conservatorio Nacional)

~~~~~  
SEÑORAS:

SEÑORES:

Aun para el conferecista más galano y más versado en la oratoria, sería en extremo ardua una disertación en que se compendie la múltiple, la fecunda, la extraordinaria personalidad de González Suárez.

A este egregio ciudadano y gran Prelado se le puede considerar en innumerables aspectos; porque múltiples fueron las esferas en que ejerció su actividad, porque múltiples fueron sus facultades, sus talentos y sus obras.

Por lo mismo, en la imposibilidad de trazar un cuadro completo, me limitaré a ligeros rasgos, a fin de no hacer interminable esta disertación, no volverla pesada para el respetado auditorio.

Mis recuerdos personales, las referencias de allegados míos que conocieron desde su infancia a González Suárez, los datos que me han suministrado individuos que, como yo, le admiraron, servirán para este sencillo trabajo.

Comprendo que la tarea es superior a mis fuerzas, que es difícil el elogio de un grande hombre que ha sido glorificado ya dentro y fuera de la República, y por eso, más que una apología, es una relación histórica, anecdótica muchas veces y siempre imparcial y justiciera.

## I

Nada más conmovedor que la infancia de González Suárez. Su padre, agricultor colombiano, del departamento de Tolima, se casó en Quito con una señora pobre y humilde; pero privilegiada por el talento y las virtudes.

No habían transcurrido dos años desde que nació el único hijo del matrimonio, cuando Dn. Manuel González, pretextando que se ausentaba por negocios, se alejó definitivamente de Quito, a donde no volvió jamás, a donde nunca envió un recuerdo ni un auxilio para su desolada esposa y su tierno hijito.

Se ha hablado de que González Suárez sufrió los tormentos de la orfandad; pero no fue huérfano sino algo aún más triste: fue abandonado. Siquiera cuando la muerte rompe los vínculos que unen a los padres y a los hijos, no hay quejas ni inculpaciones, que son tan naturales en el caso de abandono, cuando un padre reniega de su hijo y le deja a merced de los vaivenes de la suerte.

Pero quizá este abandono, tan vituperable en el padre de González Suárez, fue una felicidad para él mismo y para la Patria ecuatoriana. Dn. Manuel González pertenecía a una familia de agricultores, y algunos de ellos, internándose en nuestras montañas, formaron capitales, fundos valiosos.

Talvez al niño Federico se le hubiera conducido a las selvas de la costa para dedicarle a las labores agrícolas, y en vez del gran ciudadano, el primero de su Patria, habríamos tenido un hacendado rico pero ignorante.

El abuelo materno de González Suárez recogió a la madre y al hijo abandonados, y a pesar de su extre-

mada pobreza les dio albergue en una miserable casita incrustada en una de las quebradas de Quito.—De esta casita no salió González Suárez definitivamente sino para trasladarse al obispado de Ibarra.

En las atrasadísimas escuelas de la época aprendió González Suárez las primeras letras; y el mismo refería que muchas veces tuvo que recorrer descalzo las calles de Quito para ir a la escuela, y al volver de ésta encontraba a su madre llena de aflicción porque no tenía un medrugo de pan para alimentar a su hijo.

Mi padre, compañero de infancia de González Suárez, profundamente conmovido refería el aspecto del niño, su pobrísima indumentaria: una blusa de tela ordinaria llamada chamelote, colocada directamente sobre el cuerpo, porque no tenía camisa, pantalón de la misma tela, las pantorrillas descubiertas, y en la cabeza un ordinario sombrero de paja sin cintilla.

Y este niño pobre, aislado, sin amparo de ninguna clase, desconocido, hambriento muchas veces, llegó a la más alta cumbre a que nadie ha llegado en el Ecuador, hasta ser el Prelado más ilustre, el sabio más profundo, el literato consumado, el estadista, el historiador, el consejero y guía de sus conciudadanos.

En las obras de Smiles vemos casos de hombres que de la oscuridad se han elevado a las alturas, nos conmueve el ejemplo de Sixto V, que llegó a ser Pontífice Romano, después de haber sido pastor de cerdos, de Jefferson, que ocupó la Presidencia de los Estados Unidos, después de haber sido sastre.

Pero mayor mérito hay en elevarse en pueblos incipientes y atrasados, en un medio ambiente desfavorable para la grandeza. ¡Qué difícil es ser grande hombre en los pueblos pequeños!

## II

Inclinado al sacerdocio, González Suárez entro al noviciado de la Compañía de Jesús, porque creyó que esta institución, donde con esmero se cultiva la ciencia, era la más adecuada para sus aspiraciones.

Allí permaneció algunos años en la cátedra, inculcando a los alumnos el amor a la ciencia y a la Patria; porque de la Patria habló la primera vez que ocupó la tribuna en un certamen literario.

Pero mientras González Suárez permanecía en la Compañía de Jesús, su madre perecía de hambre, sin socorro de ninguna clase, sin amparo de ningún género.

González Suárez comprendió que ante todo debía volar al socorro de su madre, y con beneplácito de sus superiores, salió de la Comunidad.

Como su inclinación al sacerdocio era invencible, acudió sucesivamente, para que le confirieran las órdenes sacerdotales, a varios Obispos del Ecuador; pero se denegaron terminantemente, con lo cual amargaron el espíritu de González Suárez que anhelaba consagrarse al servicio del Altar.

Tuvo, pues, que luchar para ser sacerdote, como tuvo que luchar más tarde contra las pretensiones de un gobernante sectario que quiso desconocerle cuando sus méritos le colocaron a la cabeza de la Iglesia ecuatoriana...

Pero hubo un espíritu noble y levantado, un varón eminente, el Ilmo. señor Esteves de Toral, Obispo de Cuenca, que comprendió a González Suárez, que adivinó la altura a que llegaría más tarde; y por eso no sólo le ordenó de sacerdote sino que le nombró su Secretario, le concedió honores y distinciones, puso en sus manos la pluma de oro con que debía escribir la Historia del Ecuador.

Llamado por los ruegos de su madre vino González Suárez desde Cuenca, y aquí en Quito el Ilmo. Arzobispo Ordóñez le nombró Secretario, le estimó en su justo valor y aun le llevó de su compañero en el viaje a la Ciudad Eterna, cuando iba a postrarse a las plantas del sabio Pontífice León XIII.

De los labios del Gran Pontífice oyó González Suárez las enseñanzas que puso en práctica en el gobierno de las Diócesis que sucesivamente se le confiaron. Del Gran Pontífice aprendió la prudencia, de él recibió las lecciones relativas a la abstención del clero en la políti-

ca, a la tolerancia sin humillaciones; de él aprendió que los sacerdotes no debían ser instrumento de ningún partido; porque las borrascas de éstos arrastrarían también a la Iglesia.

Al regreso de Roma ocupó altas dignidades en el Capítulo Metropolitano de Quito, y a pesar de su alejamiento, de la pobreza, de la moderación de su vida, fue elegido Obispo de Ibarra, después de haber sido candidato para el Arzobispado.

En Ibarra fue recibido con frialdad, más aún, con hostilidad; pues la mayor parte de los católicos querían que prevaleciese su opinión y no la del Obispo, enemigo de la guerra civil, adversario de que por medio de las armas se salvara la religión, como entonces decían.

Vivió en Ibarra en la mayor soledad, aislado, enfermo, martirizado por la pobreza, desobedecido por sus fieles, combatido por el Obispo de la Diócesis vecina, que trataba de dominar en la Diócesis de Ibarra y usurparle la jurisdicción.

Conozco un suceso rigurosamente histórico que revela el temple de alma de González Suárez. — Sin exageración alguna perecía de hambre; pues los liberales, por serlo, no pagaban ninguna contribución eclesiástica, y los conservadores, por serlo también, se denegaban igualmente al pago, porque el precepto de los diezmos y primicias no podía cumplirse respecto de un Obispo enemigo de las matanzas entre hermanos.

Hubo día en que, lleno de amargura, el familiar, cuando se aproximaba la hora de almuerzo, avisó a González Suárez que nada había que comer; porque el Obispo no contaba ni con un centavo para comprar alimentos.

González Suárez, con la serenidad impasible y grandiosa que le era característica, manifestó al sacerdote que no se afligiera; pues tomaría, a título de almuerzo, unas cuantas hostias sin consagrar y un poco de vino del destinado para la Misa.

Mientras el sacerdote traía los *selectos manjares* para saciar el hambre del Prelado, éste continuó leyendo un voluminoso libro que tomó al acaso de su Biblioteca.

Regresó el sacerdote con las hostias y el vino, y Conzález Suárez sonreído le avisó que entre las hojas del libro había encontrado un billete de veinte sures.

Bien pudiera calificarse de providencial este hallazgo; pero tiene explicación humana. Sin duda, cuando Canónigo de Quito, le pagaron sus emolumentos, y con ese desdén que tenía por el dinero, colocó el billete como señal en algún pasaje del libro que le interesaba...

González Suárez se impuso ante los fieles, consiguió que desistieran de las luchas bárbaras, logró formar un Clero dócil que seguía sus enseñanzas, y, cuando después de haber derramado a manos llenas los bienes en las almas, consagrado a la ciencia y la virtud, podía permanecer tranquilo, fue ascendido al Arzobispado de Quito.

Con júbilo recibió la Capital de la República a su hijo predilecto; pero por alardear de sentimientos que ni siquiera eran sinceros, el Gobierno de entonces le desconoció en su carácter de Arzobispo, sin apreciar el temple heroico del Prelado que no se arredraba jamás ante las amenazas de los poderosos.

En medio de estas amenazas, injuriado por los mastines de la difamación, hostilizado por los sicarios de una negra dictadura, siguió altivo y valeroso, y en un documento inmortal dijo estas sublimes palabras:

“El Gobierno dictatorial del Ecuador desconoce mi autoridad de Arzobispo legítimo de Quito: ¿dejaría, por eso, yo de ser Arzobispo? — Arzobispo, y arzobispo de Quito, seguiría siendo yo en el palacio de la Capital de la República, si la venda del sectarismo político se les cayera de los ojos a los hombres de la Dictadura, y no se constituyeran en factores de cisma... Arzobispo, y arzobispo de Quito, he de seguir siendo yo, en el fondo del Panóptico, si la mano omnipotente de la Dictadura me sumiere en un calabozo, castigándome por el crimen de no haber obedecido a quien tenía derecho de mandarme....”

“Arzobispo, y arzobispo de Quito, he de continuar siendo yo, si el gobierno absoluto de la Dictadura me arrancare de mi hogar nativo y me arrojaré a playas ex-

tranjeras, condenándome a destierro perpetuo, por el delito que he cometido de recibir el báculo pastoral de las manos del Papa, el único que podía dármele, lícita y válidamente”.

“Bien: aquí estoy: inerme e indefenso... Señores los de la Dictadura, ¿qué os place hacer de mí?... ¿La celda del Panóptico? — Aní, yo he de ser el Arzobispo de Quito!... ¿El destierro? — Por remoto, que de la tierra patria estuviera el lugar de mi proscripción, allí yo no he de dejar de ser el Metropolitano de la Provincia eclesiástica ecuatoriana!... De dos cosas no podéis nunca despojarme, del amor a la Patria y del Palio Arzobispal!....”

Continuó imperturbable en su labor de refrenar al Clero levantisco y de moralizar al que no observaba buenas costumbres, reformó todo lo que encontró digno de reforma, estimulo el patriotismo, sirvió de consejero y guía al pueblo, luchando siempre con sus propios súbditos y con los que erigidos en Gobierno, volvieron a hostilizarle y a escarnecerle.

En el año 1909 se arreció la lucha brutal contra González Suárez, llegó a peligrar su vida, y el egregio Prelado recibió aviso de que sería registrada su vivienda, porque seguramente tenía armas para una revolución. Revolucionario el Apóstol de la Paz, el que había sufrido todo género de inectivas por amor a la paz! — González Suárez dijo a uno de sus familiares: si vienen a buscar armas, enséñales la que tengo en mi escritorio; y le mostró la pluma. — Arma poderosa e invencible que valía más que todos los cañones...

### III

Parece increíble que un hombre que luchó tanto, que combatió tanto, que tanto venció, tuviera tiempo para dedicarse a profundas investigaciones y a sólidos estudios científicos.

Pero desde sus primeros años amó la ciencia y se dedicó a élla con fervor, con apasionamiento.

Inició en el Ecuador los estudios arqueológicos,

absolutamente desconocidos y respecto de los cuales no había sino apreciaciones erróneas de escritores extranjeros y las fábulas de un historiador nacional.

Recorrió casi toda la República, examinando los vestigios que quedaban de la civilización prehistórica, haciendo excavaciones, recogiendo utensilios, estudiando archivos.

Con ingenuidad refería que los campesinos se burlaban del clérigo ocioso que perdía su tiempo en reunir *trastes de los infieles*; y eso cuando no le calificaban de codicioso que buscaba tesoros, o de brujo que reunía cráneos y los guardaba en su cuarto, sin duda para prácticas macabras.

Viajó también por gran parte de la América latina y por casi todo el Continente europeo, buscando documentos para la monumental Historia del Ecuador que consta de siete tomos y es considerada como la más sólida, la más imparcial, la más seria que se ha escrito en nuestra América.

Por amor a la ciencia se dedicó a los estudios de Antropología, de Paleontología, de Historia Natural, en una palabra a todos las que podían servirle de auxiliares para los estudios a que estaba consagrado.

Por amor a la ciencia voló precipitadamente hasta Tulcán cuando supo que algunos ignorantes campesinos ponían obstáculos a las labores de la Comisión geodésica francesa. — Se empeñaba en hacer uso de los instrumentos, hacía alarde de andar en compañía de los miembros de la Comisión, amonestaba a los curas para que desde el púlpito explicaran a los campesinos que los sabios franceses no trataban de causarles ningún daño, sino que emprendían labores útiles, para el bien y la gloria del mismo suelo ecuatoriano.

Y así también, por el amor a la ciencia escribió el *Estudio sobre los Cañaris*, el *Atlas Arqueológico*, las *Notas Arqueológicas*, los *Aborígenes de Imbabura y el Carchi* y una multitud de trabajos de gran erudición.

Escribió acerca de Caldas, de la Expedición Botánica de Mutis, de la Cédula de 1802, con sabiduría, con paciencia, con admirable prolijidad.

## IV

Y el hombre de ciencia era además un consumado literato.

Sus estudios respecto de Virgilio, de Balmes, de Lacordaire, de Cantú, etc., son verdaderamente notables.

Sus *Estudios Bíblicos* revelan a un mismo tiempo al literato y al hombre de ciencia, y los discursos parlamentarios, las oraciones fúnebres, los sermones no han tenido hasta ahora nada comparable en el Ecuador.

González Suárez además era poeta, tenía el sentimiento de la belleza profundamente arraigado en el alma. Ya lo dijo Menéndez y Pelayo, refiriéndose a la obra de González Suárez, *Hermosura de la Naturaleza*:

“Como si el autor hubiese querido predicar con el ejemplo, traza en algunas páginas bellísimas, sin duda las mejores de su opúsculo, un cuadro espléndido de la naturaleza ecuatorial, que por sí sólo encierra más poesía que muchos volúmenes de versos”.

No se puede dudar de que son merecidos los elogios del polígrafo español. Para convencerse de ello basta leer páginas como ésta, de sublime belleza, delicadas, en que resplandecen la verdad y la poesía:

“En la comarca ecuatoriana viven, como indígenas de ella, el colibrí y el cóndor. El colibrí, el más pequeño entre todos los pajarillos pequeños; el cóndor, el gigante de toda la turba alada, que disputa al avestruz del antiguo mundo el imperio sobre las aves.”

“Nuestro quinde, el picafior, diminuto de cuerpo, de plumaje que fascina por lo vivo y lo brillante de los colores, cuelga su nido en los lugares silenciosos, donde la sombra templá los calores del día; se precipita sobre las flores, disparándose con vuelo rápido, y, cuando parece que va a despedazar la flor, apenas la toca con la punta de su lengua imperceptible, y lame pulcramente el néctar que destilan los pétalos, agitando, entretanto,

con celeridad las alas y haciendo zumbiar el aire, con la velocidad de su aleteo: no aja las flores, ni las maltrata. se sostiene en el aire, sin posarse siquiera en las ramas. — El verde cristalino y vívido de la esmeralda, centellea en su cuello, y sus espaldas, tornasoladas de azul, y oro, compiten su brillo con el más rico trozo de piedra lapislázuli. -- Delicado e impresionable, se retira al mullido abrigo de su nido de musgo, y allí descansa, altagado, mientras arrecia la época de las lluvias, y no reaparece sino cuando ha pasado la estación de los fuertes vientos.”

“La diminuta pequeñez de su cuerpecillo contrasta con la audacia de su genio, altivo y colérico; presume de valeroso y alardea de pendenciero; embiste con denuevo a los otros pajarillos, los acosa, los persigue, los ahuyenta, y cuando queda dueño del campo, celebra satisfecho su triunfo, lanzando uno tras otro silvidos agudos y estridentes,”

“En lo más agreste de las cordilleras, en lo más yermo de los páramos, en las breñas de granito, cerca de las nieves perpetuas, allí gusta de tener su manida el cóndor. Adereza su nido en rocas inaccesibles: encaramado en la punta de un peñasco, se está atalayando desde allí el campo a la redonda: de cuando en cuando menea la cabeza husmeando en el viento los efluvios dispersos de su presa. De repente se conmueve, sale de su meditación inmovilidad, el ojo se le enciende, la pupila chispea, se sacude, se despereza, abre las gigantescas alas y se lanza a los aires; ya se deja caer de súbito sobre su presa, ya la otea desde lo alto, cerniéndose magestuosamente en la región de las tempestades; da vueltas, describiendo, con pausado vuelo, círculos inmensos; desciende, y pasa rozando con sus alas el borde del abismo; se encumbra y se eleva serenamente, y en la atmósfera clara, despejada, allá arriba, a inmensa altura, se deja ver, con las alas extendidas, horizontales, y casi en completa quietud, guardando misterioso equilibrio con un ligero balanceo. El cóndor es verdaderamente el monarca de los aires; ave ninguna jamás le disputa el señorío; desdeña los valles y vive solita-

rio en los desiertos riscos de la cordillera. Nuestra República lo ha puesto, como emblema de fortaleza y de valor, en el escudo nacional.”

También compuso versos armoniosos, de factura clásica que nos recuerdan a Fray Luis de León, por la mística dulzura y las suaves emociones que despiertan en el alma.

Oigámoslos:

Cuando armonioso canto  
modula el labio en ecos de armonía,  
me inspira el numen santo,  
y no puedo cantar sino a María.

Si mi lira ha cantado  
tan sólo el nombre de la Virgen pía:  
nunca cantar vedado  
jamás entonará la lengua mía.

¡Oh cuántas por doquiera  
galas ostenta con primor natura;  
mas a todo supera  
de la Virgen la gracia y hermosura!

Bello el iris resalta  
de opuesta nube en la tiniebla umbría,  
y en vivo oro se esmalta,  
cuando declina el moribundo día.

Desde el lejano oriente  
en los inmensos campos del espacio,  
con brillo refulgente,  
tiende la luz sus alas de topacio.

De sombras desatada  
la faz hermosa el universo muestra,  
como si de la nada  
brotar lo hiciese del Señor la diestra.

!Oh luz! cuánto eres bella,  
ya del fúlgido Sol la hoguera prendas,  
ya estrella tras estrella  
en la nocturna oscuridad enciendas.

En las amargas dudas,  
cuando de nuestra muerte llega el día,  
en las tinieblas mudas  
con que nos cerca eternidad sombría:

el iris de bonanza  
la Virgen es del mundo en la partida;  
del hombre la esperanza  
cuando se apaga el sol de nuestra vida.

Con el azul del cielo  
el manto de la Virgen se colora,  
y la luz da a su velo  
arrebolados tintes de la aurora.

¿Qué sería del mundo  
de la hermosura de la luz privado?.....  
¡Vasto abismo profundo,  
cual en la nada en sombras sepultado;

informe astro sin lumbre,  
abrasado arenal sin lozanía,  
confusa muchedumbre...  
fuera el hombre sin Tí ¡dulce María!

En las hermosas horas  
de clara noche tropical, la Luna  
tras nubes vagadoras  
lánguida sigue, sin tocar ninguna;

Y paso a paso, sola,  
cual celeste extraviada peregrina,  
si una, tal vez, cubrióla,  
luego al cenit cansada se avvicina.

De la tumba salidos  
la mansión a turbar de los mortales,  
a lo lejos erguidos,  
cual cándidos fantasmas colosales.

Que su blanco sudario  
al arrastrar, la tierra apenas pisan,  
en el vasto escenario  
las cumbres de los Andes se divisan.

Y en el silencio grave,  
en que natura por doquier descansa,  
se escucha el ruído suave,  
con que el arroyo fatigado avanza.

¡Cómo en esos instantes  
volar quisiera el alma, desprendida  
¡ay! de los inconstantes,  
mezquinos goces de la vida humana!

¡Cómo volar quisiera  
a la región donde la luz reside,  
y donde a duradera  
vida de gozo el mismo Dios preside!

¡Oh virgen, oh María!  
Madre de Dios y celestial Señora,  
suspira el alma mía  
por gozar de tu faz encantadora.

Si este mundo mezquino,  
mansión de llanto y de dolor morada,  
en gozo peregrino  
el ánima suspende enajenada;

¿Cuál será la alegría  
de quien a Tí contemple cara a cara? ...  
Por gozarla, ¡oh María!  
la vida por la muerte yo trocara.

Y de la misma manera que componía estrofas suaves y armoniosas, y escribía en prosa composiciones dulcemente poéticas, era un escritor vibrante, enérgico, vigoroso: tiene también páginas que pueden servir de modelo en la literatura castellana.

En un libro en que estudia los trabajos científicos de Caldas, al referirse al fusilamiento de este sabio y patriota colombiano dice:

“El 28 de Octubre de 1916, era llevado al patíbulo Caldas, y fusilado con otros tres compañeros suyos; un Jefe militar que, en nombre del Rey de España, dominaba en Bogotá, había condenado a muerte al pobre sabio, pronunciando contra él, con un cierto helado desdén, la sentencia de que fuese fusilado... Y, a la hora señalada, el sabio fue sacado de la cárcel, y conducido al patíbulo, y muerto a balazos... ¡La cárcel!... Mandásele a Caldas que se hincue de rodillas en el suelo: conmovido, aterrado, obedece... Hincado de rodillas, con la cabeza profundamente inclinada y las manos recogidas sobre el pecho, orando, espera la descarga fatal... Como traidor, debía ser fusilado por la espalda; ... la terrible voz se ha dado, la descarga suena... Caldas cae sobre su rostro, y, dando un alarido prolongado, espira... Desatados, así tan violentamente, los lazos terrenales, el alma del sabio se entró serena a las misteriosas regiones de la eternidad, donde impera la Justicia y donde las pasiones de los hombres ya no tienen víctimas!!... Traidores apellidaban los jefes peninsulares a todos los americanos, que habían buscado en la emancipación de las colonias el bienestar y el adelantamiento de estos pueblos, donde plugo a la Providencia hacerlos nacer; una virtud fue calificada como crimen, y el amor a la Patria se castigó como traición!!!... El patíbulo! ¿Caldas era, acaso, un criminal?... ¿Así, con muerte sangrienta, premiaba el Jefe español al varón sabio, que con su Ciencia había contribuído a dar gloria al Rey de España, en cuyo nombre y con cuya autoridad, sin fórmula alguna de juicio se lo condenaba a muerte; y, en la flor de su edad, se lo arrastraba al patíbulo, como si fuera un malhechor?... ¡Ah! Caldas era un cróllo:

¿qué importaba que fuese un sabio?... Una cabeza pensadora menos, un eslabón más en la cadena con qué aherrojar a los esclavos: tal ha sido siempre la lógica de los déspotas, y tal fue la lógica de Morillo, el pacificador!... ¡Qué satisfactorio es tomar el buril sagrado de la historia, y estampar, en sus páginas engadoras, maldiciones inmortales contra los déspotas!... Así, el crimen queda castigado, y el corazón satisfecho...”

Imposible desconocer, por tanto, que con la personalidad literaria de González Suárez pueda enorgullecerse el Ecuador, esta tierra de pigmeos que suele producir gigantes, según la expresión de Montalvo. —Donde se eleva soberano el rey de los Andes y donde se desliza con infinita majestad el Amazonas, se yerguen también los colosos de la literatura americana, como el mismo Montalvo, como Olmedo, como González Suárez.

## V

Aun cuando sea brevemente, para no prolongar esta disertación, contemplemos al hombre, después de haber visto al sabio y al escritor.

Lo que distinguía a González Suárez era la serenidad imperturbable de su espíritu, que no se conmovía ni en medio de las más tempestuosas borrascas, de las más encarnizadas luchas, de los asaltos de la difamación; como tampoco se conmovía en medio de los extraordinarios honores que en más de una ocasión le rindieron sus compatriotas todos.

Vivía en la soledad y el aislamiento, desde allí influía como nadie en todos los acontecimientos que se realizaban en la República, desde su pobre habitación inflamaba el patriotismo para la defensa de la Nación, desbarataba revoluciones, entusiasmaba a los pueblos, imprimía rumbos al sentimiento nacional.

Conocía a los hombres y los sucesos del Ecuador como nadie podía conocerlos, sabía apreciar el valor y los defectos morales, no sólo de los principales ciudada-

nos, sino aun de los más humildes, preveía los acontecimientos y se guiaba siempre por la prudencia, por el buen juicio, por la reflexión.

Medía y calculaba todos sus actos; de manera que, adoptada una resolución, era inexorable en ella y jamás desistía, sea cuáles fuesen los obstáculos que encontrase.

Tenía un don admirable de previsión que casi rayaba en adivinación, y que muchas veces me dejó desconcertado.

Un infeliz sacerdote publicó un libelo infame contra González Suárez. El Prelado no se inmutó, no fulminó contra él ningún anatema, y refiriéndose a este asunto se limitó a decir: "Pobre sacerdote, no alcanzará a publicar el segundo folleto que prepara."

Y así fue. Al día siguiente del escándalo cayó gravemente enfermo con erisipela, y antes de una semana se celebraban sus funerales, costeados por González Suárez, que envió palabras de consuelo y de perdón al infeliz sacerdote, para que descendiera tranquilo a la tumba.

Conozco otros hechos semejantes que, por ser recientes, no quiero recordar. En más de una ocasión, una simple desobediencia traía consigo, de manera providencial, un repentino castigo, una muerte inesperada, sorpresiva.

Considerada la grandeza moral de González Suárez, su grandioso aislamiento, la austeridad de sus costumbres, muchos creen o aparentan creer que era un hombre adusto, huraño, hosco, orgulloso quizá; pero nada más inexacto que semejante juicio.

González Suárez era tan sencillo en su vestido como en su alimentación, en sus costumbres como en el trato íntimo.—Conversaba con tal suavidad, con tal dulzura, en términos usuales, que cautivaba en un momento e inspiraba plena confianza.

Aun le gustaba referir anécdotas risueñas, empleaba bromas ingeniosas, descendía a escenas verdaderamente familiares de los tiempos de su infancia, y agradaba al interlocutor narrándole sucesos que a éste se referían,

recordábale quienes fueron sus antepasados, entreteniéndole con noticias y datos llenos de interés y novedad.

Tenía una alma sensible al dolor y al infortunio, y conmovía la veneración con que hablaba de su madre, de su santa madre, a quien no olvidó jamás, ni en los momentos mismos en que descendía al sepulcro.

Yo mismo le encontré una ocasión consternado y derramando lágrimas silenciosas y furtivas, porque había muerto un fiel criado que le acompañó algunos años; y cuántas veces le oí prodigar frases de consuelo y esperanza a gentes humildes y desvalidas, con la misma emoción que si se tratara de magnates.

Era culto e insinuante con las damas, con una cortesanía y delicadeza propias de un personaje eminente. En cierta ocasión, la esposa de un distinguido diplomático chileno, fallecido ya, fue a visitarle, y terminada la visita, González Suárez, con el bonete en la mano, cortés y gentil, acompañó a la señora hasta la puerta de calle.

¡Qué grandiosa me pareció la figura del sabio rindiendo el homenaje de cortesanía a una dama distinguida!

González Suárez no fue, pues, hosco y sombrío.— Fue triste, y no podía menos de serlo, porque debía tener gravado en el alma el recuerdo del abandono en que se crió, de las hambres y desnudeces que padeció durante la infancia, de las aflicciones de su santa madre, de las luchas que amargaron su existencia, de las arremetidas de la difamación, de los ultrajes de la envidia y la ingratitude.

González Suárez fue bueno, fue amable, sinceramente piadoso, y si tuvo en ocasiones que manifestarse enérgico, era porque se lo exigían las circunstancias, la dignidad de su cargo, la defensa de su autoridad y de los intereses que le estaban confiados.

Pero en el fondo de su figura heroica y acerada latía un corazón sencillo, tierno y compasivo, y de sus labios brotaron infinitas palabras de consuelo, y sus manos enjugaron muchas lágrimas, y con discreta caridad calmó el hambre en numerosos hogares.

## VI

El aspecto más sorprendente en la personalidad de González Suárez es el de patriota; por lo mismo que tantas veces, con notoria injusticia, se han creído incompatibles el servicio a la Religión y el amor a la Patria.

González Suárez manifestó todo lo contrario; y las mismas manos puras que elevaban el cáliz en el Altar, empuñaban con veneración la bandera nacional, los mismos labios que modulaban plegarias al Altísimo entonaban himnos en honor de la Patria ecuatoriana.

González Suárez refería cómo se encendió en su pecho la primera chispa del patriotismo, cuando, niño aún, la madre de su madre, viejecita ya, le narraba el sacrificio de los mártires del 2 de agosto de 1810.

El patriotismo nacido en el hogar, al recuerdo de un hecho tan grandioso, se conservó en el alma de González Suárez hasta cuando dejó de latir su corazón.

Patriota fue cuando por primera vez dirigió en público la palabra, patriota cuando combatió vigorosamente la dictadura de Veintimilla, cuando concurrió a las Legislaturas y el Consejo de Estado, cuando con sus sanos consejos y sabias observaciones hacía brotar rayos de luz en la Junta Patriótica Nacional.

Patriota fue cuando, exponiéndose a que se desatara sobre él una tempestad, dijo en ocasión solemne: Nosotros no podemos sacrificar la Patria para salvar, como dicen, la Religión; porque no se puede hacer males para conseguir bienes. — El patriotismo es virtud y virtud esencialmente cristiana.

Patriota fue cuando honraba a los grandes patriotas, a los que nos legaron la libertad y nos han dado la gloria, como sucedió con Sucre. Anciano ya, emprendió viaje desde Ibarra para el elogio fúnebre del mártir de Berruecos, y cercano a la tumba, se esmeró en que fueran honrados debidamente los restos del egregio cumánés.

Patriota fue cuando, la víspera de caer en el lecho de donde no había de levantarse más, haciendo un supremo esfuerzo, llamó al Jefe de la Cancillería ecuatoriana para hacerle revelaciones importantes relacionadas con la integridad y el porvenir de la Patria.

Moribundo ya fue patriota, y sus últimas palabras fueron de amor al Dios que iba a recibirle en sus brazos y a la tierra ecuatoriana que iba a cubrir sus mortales despojos.

## VII

Ha llegado el tiempo de concluir. Con la posible rapidez hemos examinado al niño desvalido, al sacerdote, al Prelado, al historiador, al sabio, al literato, al gran patriota.

Por fortuna, sus conciudadanos no han sido injustos con González Suárez y, pasados momentáneos extravíos, todos reconocen que es el más grande de los ecuatorianos, el que más ha trabajado por el bienestar de la Patria, el que más gloria la ha dado en el exterior.

El General Uribe, caudillo liberal de Colombia, llegó al Ecuador y emprendió viaje a Ibarra, donde González Suárez estaba de Obispo, y dijo entonces estas palabras que nunca olvidaré: "Imperdonable sería venir al Ecuador y no conocer el Chimborazo ni visitar a González Suárez".

Un sabio arqueólogo norte americano, después de haber conferenciado sobre puntos científicos con nuestro gran Prelado, exclamó: "Ah! Es mucho Obispo para tan poco pueblo".

Y si este concepto han tenido extranjeros ilustres, los ecuatorianos no pueden olvidar a su compatriota que les dió tantas lecciones de patriotismo y que lo enseñó más aún con el ejemplo.

Los ecuatorianos no pueden olvidar a quien rendía culto a la bandera nacional, a quien, refiriéndose a ella, dijo las siguientes palabras, que parecen brotadas de los labios de algún ilustre guerrero:

“¡Ah! Esa bandera tiene para nosotros una muy grande significación social, y, por eso, yo no puedo verla hoy día, sin que mi corazón palpite de entusiasmo... ¿Por qué había de ocultarlo, señores?... Este corazón de sacerdote no puede ser indiferente a lo grande, a lo magnánimo, a lo heroico, y esa bandera nos trae a la memoria acciones generosas, hechos magnánimos, sacrificios heroicos! Sí: para el sacerdote también hay Patria, señores, y nuestro corazón, aunque desprendido de las cosas de la tierra, también es capaz de patriotismo, porque patriotismo, es virtud y ninguna virtud está demás en pecho cristiano, menos en pecho sacerdotal!...”

“En los grandes días de la Patria, el pabellón tricolor del iris volvía triunfante en cien batallas, ungido, según la expresión feliz de un poeta, con la sangre de los héroes muertos en la lid; y entonces, al verlo, no había pecho que no latiera de regocijo, que no palpitará de entusiasmo: hoy, cuando el viento lo despliega en medio de los ejércitos de la República prontos a combatir, no podemos contemplarlo con indiferencia. ¡Soldados! no podemos ver ese pabellón flotando sobre vuestras cabezas ahora, cuando os estáis aparejando a sacrificaros como víctimas generosas y espontáneas por la paz de la República, no podemos verlo sin una profunda emoción de respeto y de placer, de inquietud y de admiración!”

“¡Ah! decidme, soldados, qué sentiréis, cuando, sacudidas las fibras íntimas del corazón al golpe mágico de estrepitosa música militar, marchéis, armas al hombro, con el fuego del amor patrio, llevando al frente esa bandera, con que triunfaron Bolívar en Junín, Sucre en Pichincha?... Cuando veáis esa bandera ondeando sobre vuestras cabezas en los momentos del combate, decid, soldados, será posible que alguna vez os sintáis cobardes?... La vista de esa bandera en los campos de batalla suele encender en marcial coraje el pecho de los combatientes; pero esa bandera lo llevaron siempre los leales, y en pechos fermentados no prende nunca la pura llama del patriotismo!!... Esa fue la

bandera, con que los soldados de la gran Colombia triunfaron de las aguerridas huestes peninsulares de Carabobo, Boyacá, Junín y Ayacucho, cuando tan heroicamente combatían por darnos Patria, libre e independiente: no la afrentéis nunca, soldados, arrastrandola a luchas fratricidas!!... Esa bandera la llevó Bolívar, y no puede levantarse nunca con gloria, sí, al flotar al aire, ha de acariciar la frente de los déspotas!!... En la mañana del 24 del 24 de Mayo de 1822, esa bandera ondeó en los riscos del Pichincha sobre el ejército del invicto Sucre!!... Soldados! aunque vayáis condecorados con uniforme de soldado, esa bandera no puede servir nunca de enseña a turbas de esclavos! Esa bandera honró la diestra triunfadora de Simón Bolívar, el Libertador: no la toque quien no tenga limpias las manos, generoso el corazón!....”

Y el gran patriota, el varón egregio a quien hemos examinado en sus diversos aspectos, a pesar de ser tantos y tan varios, es una figura homogénea y armónica, como si dijéramos de una sola pieza, en la que resplandece la unidad en la variedad.—Es como un diamante de múltiples facetas, cada una de las cuales brilla con diverso fulgor; pero todas las moléculas son unas mismas, todas forman un solo cuerpo deslumbrador, vigoroso y rico....

Extrangulado por enemigos exteriores o apuñaleado por sus malos hijos puede perecer el Ecuador, como puede perecer en medio de cataclismos físicos y de catástrofes de la Naturaleza; pero sobre las ruinas de un pueblo que sucumbió para siempre, vagaría la figura gloriosa e inmortal del inmortal González Suárez.

L. F. BORJA (hijo).

Quito, diciembre 23 de 1917.

## HESÍODO

*Génesis e idilio de bosques y tierras,  
antes de que al suelo se arrancase el hierro,  
no fueron los héroes, no fueron las guerras,  
ni supo la vida su nombre: destierro!*

*Sucesión callada de noches y auroras,  
germinar secreto de los granos de oro  
que genio piadoso fecunda en las horas  
que fluyen y pasan con ritmo sonoro.*

*Y al són de las cuerdas, el padre, el maestro  
la leche primera del saber exprime  
de las blandas ubres en los frescos labios.*

*Cetro es el arado que él ensaya diestro  
y de servidumbre las gentes redime;  
y para los buenos gobiernan los sabios.*

## ESQUILO

*Titán de la sombra rugiendo en la escena,  
aun finge grandezas y fiero batalla;  
maldice a los dioses rebelde a la pena:  
y el Coro en clamores y quejas estalla.*

*Un Dios del Gigante la furia avasalla,  
al yugo invencible su cuello encadena;  
y el Genio sin fuerzas humíllase y calla  
y el Coro con llantos y lágrimas truena.*

*De la vida imagen, tremendo poema!  
A Júpiter roba sus rayos el hombre,  
y Jove le aplasta! Pero, tú al vencido*

*redimes, poeta, del fiero anatema;  
y vive perpetuo tu nombre, ese nombre  
más grande que el mundo, que el mar y el olvido.*

## TIRTEO

*Grano último de incienso en los altares  
pones, ofrenda a la deidad propicia;  
y rebelde a los genios tutelares,  
te rindes a otro dios que te acaricia.*

*Pues Marte llega hacia extranjeros lares:  
sobre ellos la venganza o la justicia  
serán del Cielo: armado de cantares,  
te vas mezclado a la feral milicia.*

*Mercenario del canto, cual saeta,  
tu verso vuela al extranjero pecho,  
y en la enemiga herida el verso late.*

*Y en la comprada patria, tú, el atleta,  
vencedor a otra gloria y sin derecho;  
rompes la lira en medio del combate.*

## PÍNDARO

*Es la señal! la olímpica carrera  
cual nerviosa serpiente se desata.  
Indómita, pareja va lijera  
y al áureo carro empuja y desbarata . . .*

*Pero el premio en los juegos la primera  
la virgen griega a todos arrebatada,  
cuando la voz de aplausos pregonera  
rítmica en el estadio se dilata.*

*¡La doncella en la meta . . . ! Palma de oro  
y cincelada copa: el aire llena  
el perfume de mirtos y laureles;*

*y a compás de ese revolver eterno,  
Píndaro en el estadio desenfrena  
de su canto los líricos corceles (1).*

REMIGIO CRESPO TORAL.

---

(1) Estos sonetos, con atenta comunicación,<sup>1</sup> se ha servido enviar el autor para la Revista. Pertenecen, a lo que entendemos, a la colección de sonetos que ha escrito el señor Crespo bajo el título de *Los Genios*.

## REMIGIO CRESPO TORAL



El voto de sus conciudadanos le ha discernido la corona del triunfo. Se le ha aclamado *El Poeta*, por antonomasia, y su nombre significa ya, para nosotros, una alta lección y una celebridad . . .

Preséntase, pues, la ocasión de esbozar, aunque sea a grandes rasgos, la figura de tan notable hombre de letras, uno de los pocos, en verdad, a quienes se les ha reconocido y reconoce incontestada autoridad en el Ecuador.

Su obra representa la suma de las energías de la vida nacional durante una buena época de nuestra historia. Estudiando al hombre, examinando esa obra, dentro del medio ambiente y las circunstancias peculiares que le han rodeado, nos explicaremos el secreto de aquella autoridad, advertiremos el valor de la enseñanza de su máximo apogeo y su consagración pública. Si, al manifestar este mi ingenuo parecer sobre el poeta coronado, logro una mínima parte de lo que, en mi concepto, constituye o debe constituir la finalidad de la crítica—el sugerir ideales,—me quedará la complacencia de haber contribuido con algo más que una jaculatoria lírica en la solemnidad de tal coronación.

## I

Esta clase de homenajes, que hemos trasplantado a América de centros de mayor movimiento y más alta cultura, y de cuyo abuso y desprestigio no temo, por lo que luego diré, deriva su origen de la institución drúidica de los *bardos*, a quienes el Rey debía vestir y alimentar y el pueblo rodeaba de respetos y honores. En Inglaterra, este culto a la poesía en la persona de los bardos nacionales, subsiste, desde tiempo inmemorial, como institución del Estado. Es un puesto público el de *poeta laureado*. Quien llega a merecerlo, además de una no mezquina renta vitalicia, cuenta luego con todo género de distinciones y preeminencias en el reino. En otros Estados de Europa, aquello del lauro no implica, precisamente, la concesión de un cargo vitalicio, rentado por el tesoro nacional; pero es la forma en que una sociedad, en un momento dado, consagra a un poeta como el mayor (observad que no digo el mejor) entre los de su nación y su época. Víctor Hugo, en Francia; Quintana, Zorrilla y Núñez de Arce, en España; Carducci, en Italia, han merecido aquel género de consagración. Han sido los poetas civiles, los poetas de la Patria; en sus versos, acertaron a fijar la síntesis poética de las aspiraciones y sentimientos de su pueblo. Ajenos al ensimismamiento hosco o la concentración taciturna, supieron ser hombres de su tiempo, preocuparse de lo vivo, de lo concreto, de lo que les rodeaba. Cultivaron el entusiasmo heroico, sincero, verdaderamente humano, signo de un carácter noble, de una conciencia austera y de una salud completa. Antes que en sí mismos, tuvieron fija la mirada en la gran corriente de las agitaciones sociales. A las canciones dolientes, a las armonías voluptuosas, a los balbuceos en el mundo del misterio y del éxtasis, prefirieron el encendido apóstrofe, las resonancias de la lucha, los himnos ardorosos en pro de la libertad y la justicia . . . Era el sentimiento, era la emoción poética llevados al mundo de la realidad pro-

saica. Quisieron, ante todo, ser una fuerza, una voluntad, una interpretación colectiva; aspiraron a probar con el ejemplo y con la doctrina que el arte tiene o debe tener un carácter fecundamente progresivo. Y esa ha sido, esa será siempre la misión de poetas como los citados: humanizar las ideas filosóficas en la propia alma y traducirlas al lenguaje poético, para que puedan llegar a ser populares. Pensamiento y pasión: he ahí la materia con que funde y da vida el poeta «nacional» a sus creaciones. Pero lo esencial en él tiene que ser la realidad interior, esto es, una vitalidad de espíritu que nos demuestre que está dentro de su vocación de intérprete o conductor de su pueblo y una dignidad de conducta que infunda cierta especie de prestigio sacerdotal a su actitud y su palabra.

Cuando un pueblo, en determinado momento histórico, proclama «suyo» a alguno de sus poetas y le ciñe la corona reservada a las frentes de los elegidos, es, pues, que, ante todo, le da una prueba de pública consideración; la consideración que, como dice Amiel, es algo más que la estima y mucho menos que la admiración. Qué es lo que hace acreedor a ella? pregunta el gran ginebrino, y contesta:—La honradez de carácter y de la vida, junto a cierta suma de servicios prestados y de éxitos conseguidos; es la recompensa concedida a la constancia en el deber, a la probidad en la conducta; el homenaje rendido a una existencia que se considera irreprochable . . .

Y un pueblo no se llama jamás a engaño en lo que hace objeto de su consideración. Puede, a veces, equivocarse en sus admiraciones a los que descuellan por su talento o por sus obras; pero su juicio es certero y su fallo definitivo, cuando se trata de la mayor o menor limpieza de vida de un escritor o de un hombre público.

Y, por desgracia, los ejemplares de hombres que honran al hombre no abundan, sobre todo en estas sociedades de América, tan indolentes en educarse, tan refractarias a toda disciplina moral.

Ahora se comprenderá fácilmente por qué decía que no debemos temer el abuso y desprestigio de las coro-

naciones. Se entiende, de las coronaciones que obedezcan a un verdadero movimiento de opinión nacional. Porque, claro está, en cada rincón de un país, los admiradores de un poeta son muy libres de obsequiarle con tal apoteosis; mas ello apenas si perturbaría la serenidad augusta de la diosa Eironeia . . .

Ahora se comprenderá, asimismo, que entraña una enorme equivocación estudiar a aquellos poetas representativos colocándose en un punto de vista tal, que equivalga a substraerlos por completo al medio y las peculiares circunstancias históricas en que se movieron, y que es mayor desacierto aún pretender apreciar sus obras comparándolas con las de poetas de índole y temperamento diversos, quizás opuestos, poetas que se satisficieron con el aislamiento de las propias tristezas y los anhelos íntimos, ajenos al sentimiento y la expresión de un altruísmo emocional y vivo. Poesía que procedió del interior al exterior, que expresó un estado del alma colectiva, que se inspiró y vibró en comunión estrecha con ideas y emociones de la generalidad, no cabe comprenderla sin resucitar o reconstruir el ambiente moral e intelectual de la época. Y, luego, imposible con aquel método encontrar la relación que liga los valores morales a los valores literarios y precisar la importancia o la profundidad del carácter histórico y psicológico del poeta. En crítica literaria, cualquier procedimiento que tienda a olvidar ese carácter no comportará sino el menosprecio de leyes que determinan el valor de toda obra de arte.

A la distancia en que estamos, cuando la ciencia médica ha alcanzado progresos tan maravillosos, y los estudios de microbiología no son un misterio inaccesible, la oda de Quintana al descubridor de la Vacuna, por ejemplo, es apenas un documento literario, que leemos sin entusiasrnos ni conmovernos; y, entre tanto, con la oda aquella alzó el cantor de Padilla la nota más alta de admiración y de gratitud a un benefactor de la humanidad e interpretó en forma entonces poética un sentimiento universal. Para encontrar belleza en aquel canto, sería preciso saber leer algo más de lo que está escrito

en el texto, evocar el cuadro de destrozos y horrores que causaba la temible peste, forjarnos la ilusión de oír el clamoreo de bendiciones de millares de corazones agradecidos que se levantó en torno al nombre inmortal de Pasteur.

He aducido adrede el ejemplo de Quintana, porque, aparte de ser el poeta «formal» por excelencia, entre los líricos españoles del siglo pasado, y el que dió un carácter sobradamente marcado de particularidad a sus producciones, sobre ninguno ha tendido tan presto su sombra el olvido, hasta el extremo de que se ha vuelto moda recordar con menosprecio la escuela quintanesca y hablar con encono de su rimbombancia y rigidez insupportables. En América, especialmente, se impone una más ecuánime y generosa apreciación crítica sobre esa escuela, porque, dentro de ella y con la sinceridad de su método, pudimos tener un cantor digno de la Magna Guerra y superior al modelo en un mundo demasiado nuevo para ostentar el arte experto de las viejas razas. La originalidad o, más propiamente, la personalidad de Olmedo consiste en haberse asimilado la manera de sentir y decir de Quintana con una intensidad singular, como la de éste en haber afirmado triunfalmente la forma de lirismo de Herrera, sin dejar, eso sí, ni úno ni ótro, de ser hombres de su nación y su época. Justamente, en los rasgos descriptivos de nuestra grandiosa y solemne naturaleza, que son el fondo del cuadro de *La Victoria de Junín*, es donde el bardo ecuatoriano arranca su mayor fuerza de no parecerse a Quintana ni a Gallego, de no mecanizar la expresión de su sentimiento poético personalísimo.

Maneras de sentir y decir . . . Acaso pudiera enunciarse que tal es la fórmula del movimiento evolutivo del arte. Parece increíble que, en una época en que las ciencias psicológicas han evolucionado tánto, en que se ha agotado el análisis de las complejas y múltiples manifestaciones de la vida mental, se haya improvisado tánta crítica pretendiendo dar inusitado alcance y universal sentido a las llamadas escuelas literarias y a las doctrinas estéticas que les han servido de bandera y de

lema. Se ha puesto en plano secundario, de esta suerte, el principio de unidad de la vida imaginativa, lo que los psicólogos han denominado *el ideal*, esto es, el conjunto de principios que supone toda vida humana, y cuyo seguimiento, consciente o inconsciente, se traduce en la expresión de la personalidad. Conservación y transformación: tales los términos del problema que se refiere a las creaciones del espíritu. La fidelidad de un hombre, de cada hombre, a sus principios, constituye el carácter, el fondo inmutable de la personalidad; las acciones y reacciones de la imaginación, facultad eminentemente movediza y variable, que suscita y regula todo un cúmulo de emociones, de variedad y complejidad infinitas, determinan el temperamento; y temperamento y carácter representan las condiciones fundamentales de la naturaleza individual. Y quien responde a las aspiraciones de su naturaleza, quien obedece y no traiciona su destino, quien da alas y consistencia a sus ensueños, convierte el ideal en sentimiento y, con rasgos permanentes y volubles, afirma su personalidad.

Afirmar la personalidad . . . No es otro el sentido que debe darse a esa expresión, contrario al que una crítica vulgar ha venido enunciando como sinónimo de violentación de la fantasía o del ingenio en busca de una orgullosa y desafiante originalidad. Mixtificaciones de individualidad, llamaría yo a ese género de subordinación de la aptitud artística a intereses pasajeros que contrarían los altos fines espirituales y limitan la comprensión de la absoluta belleza de las cosas. Mucho se ha hablado en estos tiempos sobre la sinceridad en el arte. Mas es el caso que, en general, existe una confusión o involucración del concepto, que acarrea serio perjuicio para el arte mismo. Por sinceridad se suele entender la persistencia de aspiraciones relativamente fijas de la individualidad, el aferramiento a concepciones de detalle y, sobre todo, el cultivo de la sentimentalidad, de monótonas formas de expresión. Entre tanto, tener, así, conciencia de algunos principios, hacer profesión de ellos, o seguirlos quizá sin darse cuenta, y constreñir el yo a una misma invariable actitud, es ser insinceros

con nosotros mismos e insinceros con la religión del arte. Cabría definir la sinceridad diciendo que es voluntad siempre vigilante, siempre orientada hacia las cumbres serenas del pensamiento y la acción. Individualidad que se estaciona, que no amplía o cambia cada vez el radio de su vida mental, es individualidad que tiende a perder su carácter, ya que el ideal no podemos concebirlo sino en movimiento. Y, en el orden de la vida de las emociones, la falta de sinceridad, que al principio significa sólo simulación, artificio, *pose*, *snobismo*, puede luego degenerar en estados semi-patológicos, estados que sirven para hacer más evidente la insalvable diferencia entre el ideal y la idea fija. Es frecuente el caso de jóvenes que, dueños de sana complexión, pero de espíritu débil, seres de reflejo y, por consiguiente, de imaginación más fuerte, empiezan por someterse al instinto de imitación en el género poético ahora en boga en España y América—el género elegíaco, con vistas a Baudelaire y Verlaine—y, a fuerza de simular estados afectivos deprimentes, de ejercitar, no la actividad psíquica, sino la actividad nerviosa, terminan por dejarse invadir de la excentricidad y la melancolía, es decir, de una enfermedad de lenta regresión de los sentimientos. Encierra un gran fondo de psicología la tesis de Diderot:—Imaginar-se una emoción con la claridad e intensidad necesarias para hacerla poética, para comunicársela a los demás, no es sentirla por sí mismo; es, por el contrario, incapaci-tarse para experimentarla.

En definitiva, a eso se reduce el siempre discutido problema de las escuelas literarias: a la instintiva tendencia de ejecutar los mismos movimientos y realizar las mismas acciones que vemos en los otros. En arte, esos «otros» son las individualidades que han sabido mantener un carácter, afirmar su personalidad, como decía enantes. Por la simpatía con las ideas y los sentimientos de un escritor que acierta a vivir su vida, a mostrarnos su tesoro interior, llegamos a imitar, no sólo su manera de sentir, sino sus formas de expresión, su procedimiento constructivo, y ello determina la formación casi espontánea de grupos que revelan idénticas

disposiciones y sentimientos análogos. El arte es, entonces más que nunca, un lazo entre los espíritus, y la imitación, a veces, un ejercicio inventivo de positiva eficacia. Pero el ambiente intelectual y moral consiste en algo más que eso. Sobre las modalidades de espíritu de una época, modalidades que, acaso, son las de la moda y del momento, está el trabajo íntimo, profundo, complejo, ininterrumpible, con que las generaciones van siguiendo y acrecentando la corriente de la vida universal, que es perenne renovación y transformación. ¡Cuántas cosas hay en lo que llamamos el momento de una civilización! Y cada momento no es sino el retoño de ese gran árbol de raíces profundas que llamaría yo los ideales, la vida misma de la humanidad. La experiencia humana, la religión de la esperanza en un incesante y armonioso crecimiento del mundo, no tendrían, de otra suerte, sentido alguno. Mas el hombre, fatalmente, se sentirá siempre impulsado a mirar hacia atrás, a sondear y profundizar en las distintas aportaciones de las civilizaciones que se han sucedido a través de los siglos.

Así se comprende que el arte sincero suscita a nuestra actividad un ideal elevado, supone la ejercitación de fuerzas disciplinadas, deriva su mayor significación de ser múltiple y cosmopolita y se opone a todo individualismo egoísta. Este concepto de la compenetración del ideal de cada hombre con el ambiente intelectual y moral de su época, nos muestra, asimismo, lo falso y peligroso de la teoría exclusivista de «los temperamentos», según la cual se pretende que no hay literatura, sino literatos, que no hay arte, sino artistas, a semejanza de lo que se ha dicho en medicina: que no hay enfermedades, sino enfermos.

No se tergiverse, pues, ni se reduzca a un concepto parcial, estrecho, sensualista, sinónimo de vida inferior, la frase *maneras de sentir y decir* . . . Ella expresa la acepción de la individualidad humana, la idea del complejo de aspiraciones y emociones intelectuales y morales que forman el psiquismo y su manifestación en cada hombre; ella incluye el axioma de la persistencia de una «conspiración de esfuerzos» de la humanidad hacia la

Verdad, la Belleza y la Justicia. Y ella, sobre todo, encierra la explicación de la supremacía eterna del genio en frente de la supremacía de los ideales modernos. Si todo artista superior, dice el gran poeta portugués Guerra Junqueiro, ha de hacer en sus creaciones la síntesis de su tiempo, síguese fatalmente que, en virtud de la ley del progreso, el artista de mañana será superior al artista de hoy. En el terreno de la religión, de la política y de la ciencia, Dante es inferior a Hugo. Esto no quiere decir que el genio del uno sea mayor que el del otro; quiere decir sencillamente que entre uno y otro han corrido cinco siglos.

Ahora bien; el idioma—organismo vivo de toda civilización—tiene y no puede menos de tener una vinculación fundamental con el espíritu del tiempo y de las razas. Hallándose sujeta a leyes naturales y necesarias, el progreso de una lengua o su decadencia corresponden, pues, lógicamente, a etapas de evolución o de agotamiento de una sociedad. La *llegada* de un espíritu selecto, de un talento superior, determina formas nuevas de expresión, giros tan sugerentes como inusitados, «maneras de decir» renovadoras . . . Nuevos temperamentos o, más propiamente, nuevas individualidades, anuncian, por tanto, nuevos estilos, independientemente de cánones estéticos y de reglas retóricas y gramaticales. Por eso considero signo de superficialidad cultural de un pueblo el que conceda atención preponderante a las cuestiones de procedimiento y de factura. Por eso, también, reputo pueril el pretender para ciertas formas el carácter de mejores y aún de definitivas, cuando lo único que cabe es hablar de la palabra poética adecuada, oportuna. ¿No vemos cómo, gastados en el uso diario, los modos de expresión de una generación casi resultan ya borrosos para la que le sucede, la cual, a su vez, se apresura a buscar su manera? En un mismo escritor, no es raro observar, en épocas de transición, de desarrollo espiritual, que cambie radicalmente de estilo y tenga su primera y su segunda manera. Don Luis de Góngora fue llamado «el Homero español» por sus contemporáneos, que se sintieron subyugados ante el torrencial im-

petu de su númen y cuyo impulso se propagó hasta la tribuna y el púlpito: y, a poco, el gongorismo, reacción, aunque pedantesca y amanerada, como dice Menéndez y Pelayo, contra el cansancio artístico que inmediatamente la precedió, era apenas el recuerdo de algo raro en la historia de la literatura española, no obstante haber derivado el fenómeno de causas internas, profundas y vitales . . .

Instrumento de adecuación al dinamismo esencial de nuestras almas, el lenguaje es y será, pues, perenne materia fundible en el tiempo, y a nuevas maneras de sentir, en cada gran escritor, corresponderán maneras de decir también nuevas; mas ningún hallazgo de formas o sonidos nos autoriza, por lo mismo, el reniego de moldes que sirvieron para obras anteriores. Lo que es connatural a un artista merece siempre respeto, y el desvío está bien solamente para todo lo que signifique asimilaciones forzadas y convicciones ficticias.

¿Necesitamos—pregunta Rodó,—los que hoy pedimos una nueva cuerda, de ignorada virtud, para que vibren aquellas cosas de nuestra alma que en las usadas liras no la encuentran, negar a los que nos han precedido? Necesitamos, los que tenemos la sed de una nueva fuente espiritual, para nuestro corazón y nuestro pensamiento, desandar el camino andado, volver la espalda a aquellas fuentes que brotaron ayer del seno de la realidad? . . .

Decía que el arte sincero deriva su mayor significación de ser múltiple y cosmopolita, ya que sinceridad equivale, no a enfermiza obsesión de nuestra vida interior, ni a formulación de pensamientos y sentires en cadencia invariable, sino a inquietud atisbadora de «todas las cosas del hombre», a sumersión constante en plena vida humana, según la frase de Goethe, quien aconseja, además, que «la razón debe estar siempre alerta cuando la vida goza de la vida . . . »

A los devotos del color local, de la literatura nacionalista, devoción que un tiempo tendió a imponer el dogma de «la americanización del arte», les precisa no olvidar, pues, que un aspecto o «un modo» del arte no es

el arte mismo, ni que la cultura propia ha de consistir en encerrar el pensamiento dentro de las fronteras, y la sencillez de nuestra poesía en sofocar o apagar las «voces innumerables» de la civilización superior a que convergen todos los pueblos del planeta.

Yo daría concreción palpable a la doctrina expuesta, diciendo que el hombre, el artista, el escritor, cada escritor, es como un árbol, cuyas raíces no pueden menos de estar agarradas a determinado pedazo de la tierra y cuya climatología será fatal e invariable, pero cuya copa mirará siempre al cielo que cobija todos los árboles, y se bañará en la luz solar que llega a todos los rincones del mundo, y sentirá el vigorizante soplo del viento que viene de allende las montañas o allende los mares, y con todo lo cual crecerá en energía para hincar y hundir más sus raíces, para extraer mejor el jugo de la tierra, de *su* tierra, y ser luego un gigante ramoso, que ostente fuerza y ofrezca abrigo y derrame belleza en derredor . . .

Enhorabuena, sí, amemos la santidad del terruño, aspiremos con fruición el aura odorante de nuestras serranías, glosemos en el alma las cálidas melancolías del paisaje andino, los plácidos goces de la vida agraria, las tristezas y reveses de la raza y del pueblo; pero, si queremos un americanismo esencial, si buscamos una firme evolución interior, y nos preciamos de seguir un verdadero ideal humano, enderecemos la mirada, por sobre todo, a las corrientes universales del pensamiento, convirtamos en sabia y vida propias el complejo tesoro de experiencia del viejo mundo civilizado.

## II

He creído oportuno adelantar estas consideraciones, porque, aclarados algunos conceptos fundamentales, no necesitaré extenderme demasiado para mostrar que Remigio Crespo Toral es un artista sincero, que tiene ideal y carácter propios, que ha sabido afirmar su perso-

nalidad, que reúne las altas condiciones de «poeta nacional» y que merece la consideración pública de sus conciudadanos.

\*  
\* \*

Si se pasa revista a la varia y múltiple producción literaria de Crespo Toral, hallamos al pronto que el escritor, el poeta, no pertenece al número de aquellos que llevan, fatigados y doloridos, su psicología a cuestras; hombres en quienes, para su tragedia interior, aparece raquítico o desproporcionado el cordaje de sus nervios. Crespo nos hace siempre la impresión de una individualidad armónica. Todo en él anuncia el alentar brioso de las inteligencias ecuánimes. Comprendemos que es un artista que preside y gobierna, en ambiente de diáfana serenidad, los más íntimos movimientos de su alma, los más ardorosos impulsos de su corazón. Y concluimos: debe de ser un temperamento sano, equilibrado; un hombre de salud completa, en quien no sufrirá inversiones el sentido humano de mirar y entender las cosas. Y esta otra conjetura: su vida, seguramente, ha sido tranquila, sin lucha; ha ignorado, quizás, la roedora persistencia del recuerdo de una infancia triste, el escozor perenne de las grandes heridas inconfesables . . .

Manuel J. Calle, amigo y conterráneo del poeta, en el extenso, bien informado y bastante penetrativo estudio que le ha dedicado, nos cuenta que, efectivamente, Remigio Crespo Toral fue un muchacho guapo y ágil en sus años témporas, que ahora mismo — cerca ya de los sesenta — se distingue por un vigor físico y una fortaleza de ánimo envidiables, por una «ecuanimidad abrumadora», y que pasó los días de su infancia en el campo, en una hacienda de su familia, harto de aire y de libertad, y vive actualmente en una armoniosa mansión paradisíaca, pues ha conseguido acumular con su trabajo de agricultor e industrial una regular fortuna.

Así, la consonancia de su sér le apartará, naturalmente, de toda complicación emocional, de toda irrupción de imágenes extrañas y conceptos audaces. Y su estilo, por tanto, no se preocupará de los refinamientos rítmicos, de la sutilidad de la expresión, menos de las extravagancias o novedades equívocas de cierta poesía novísima. Temperamento que anuncia una alta virtud lírica, pero cuya manifestación corresponderá con fidelidad a un proceso de cerebración coordinada. «Una mente poética», podría ser la frase para definirle con precisión. Inquietudes filosóficas y morales serán la raíz de su emoción, «emoción del pensamiento». En su pasión de arte, el tono de las ideas marcará el ritmo de su producción poética.

Veamos, pues, el nervio y nexo de esas ideas, rastremos su origen, sepamos cuál ha sido la educación del poeta, cuál su medio circundante, y cabrá entonces explicarnos la individualidad de Crespo Toral, su personalidad literaria.

\* \* \*

Cuenca, la ciudad nativa de Crespo Toral, fundada por la aventurera espada de Gil Ramírez Dávalos, y cuyo escudo de armas reza *Primerio Dios y después Vos*, es vivo ejemplo de esta sabida verdad: que las ciudades, como los individuos, tienen un alma, una fisonomía propias. Entre las poblaciones ecuatorianas, Cuenca es, sin duda, la ciudad en que advertimos el imperio de una convivencia espiritual inconfundible. En ninguna otra comarca andina, se ha mantenido y se mantiene tanto afecto a la comunidad y tradición locales. Cuando un paciente rebuscador de nuestros archivos coloniales dió, hace poco, con el acta de la fundación de la ciudad de Cuenca, un raptó jubiloso sobrecogió a sus habitantes, que sintieron afirmarse en la conciencia de que forman una casa solariega, con abolengo conocido, ennoblecida de arte, de historia, de poesía casi seculares. Entre sus escritores, es un deleite y un honor hablar, en eruditas monografías, de los orígenes de «la Región del Tome-

bamba», y se consideraría algo insólito en una persona ilustrada el que no los conociese siquiera en sus tópicos principales. Se conserva con orgullo y con respeto el recuerdo de los hombres notables que han tenido en las letras, en las artes o en la política. Su ambición se reduce a extender la cifra de los que honrarán ante el resto de sus conciudadanos a la patria chica. Quisieran que se llame siempre a ésta *la Atenas del Ecuador*. En consecuencia, el cultivo de la bella literatura y, singularmente, del verso, absorbe allí las facultades de los jóvenes. Todos o casi todos son poetas. Acaso el clima, primaveral y dulce, y la naturaleza plácida, un poco agreste, de la comarca, han cooperado también a aquella común disposición poética. De otra parte, el género de vida patriarcal, cuasi conventual, de la ciudad, ajena a la mareante agitación de las capitales abiertas al tráfico del mundo, predispone a sus habitantes a la concentración lírica, dentro de límites de ingenuidad y sencillez, a la expansión de afectos íntimos y familiares . . .

He dicho que en Cuenca se hace una vida casi conventual. Efectivamente, la ciudad tuvo siempre presente en su vivir el lema de su escudo heráldico. Una profunda religiosidad es su signo más característico. En esto, más que en otra cosa, han sido los azuayos fieles a la tradición. Mas con este rasgo amable: que, sobre los exclusivismos o las rigideces de la creencia, sobre las teatrales pompas del culto, tiende a flotar el anhelo de la emoción religiosa, la vaguedad del ensueño místico. Si no estuviésemos penetrados de la sinceridad de aquel sentimiento cristiano, diríase que la piedad se ejercita allí como estímulo del culto de la belleza, como fuente secreta de emociones delicadas y placeres estéticos. Observemos que el culto preferente y, por tanto, los temas literarios favoritos se reducen allí a lo que de más poético hay en la religión católica: la Virgen Madre y la Nochebuena, el Mes de María y el Mes del Niño de Belén.

Crespo Toral, que, con acento tan humano, tan patético, ha cantado una y otra cosa, nos dice con razón en

el prólogo de *Mi Poema*, la más genuina de sus composiciones:

—A nuestra raza, la raza española, en el fondo de su sér le quedan siempre las místicas esencias. Esa raza dejó en nuestras montañas la hermosa y doliente pasión de lo infinito. Sobre todo en las planicies andinas. la cruz del desierto plantada por mano española, la torre de la aldea que conquistadores y misioneros levantaron, las VÍRGENES diseñadas en el retablo, en el muro, en las vías públicas, tienen tal influjo—influjo tradicional—sobre los corazones enajenados por la poesía, que es imposible, gracias a Dios y a Castilla, desterrar de nuestros hogares y nuestras rimas aquellos Penates íntimos que, como golondrinas, aletean bajo las viviendas del español americano.

Este predominio poco dogmático del culto de la Virgen, de la Madona, considerada ante todo como madre, como imagen de ternura y de bondad, da un sello peculiar a la literatura de la región. Intentando expresar un ideal de fe, el artista humaniza bellamente aquella imagen con su emoción. Su plegaria resulta, así, canto y gemido brotados de lo íntimo, expresión sincera de un estado de alma que, siendo individual, se nos aparece al propio tiempo como un estado de alma popular. Es el fervor creyente exteriorizado en belleza. El ambiente de religiosidad de la comarca se lo aspira principalmente como ambiente poético, como aroma de sentimentalidad. El tembloroso, el lloroso són de la campana, la recatada quietud del santuario, el resplandor de los cirios, las nubes de incienso, la fragancia silvestre de las flores puestas en torno a la Madona, el gemido del órgano, el clamor de los rezos . . . todo ello se aprehenderá, pues, en primer término, por lo que encierra de poético, de estimulante de la pasión del arte.

Es preciso haber leído con cierta unción, con una especie de recogimiento, el citado *Mi Poema*, por ejemplo, para comprender hasta qué punto puede llegar la ensoñación mística como elemento idealizador de cuanto nos rodea. En las alboradas y en los atardeceres, nos sublimará el alma el escuchar las cadenciosas notas del

Rosario o el gemidor toque del Angelus; al iniciarse la faena en los campos, miraremos enternecidos que los devotos labradores,

*¡ comienzo santo en la labor diaria!  
entonan la plegaria  
ante una cruz de espigas y de flores;*

en la escuela, nos arrancará una sonrisa acariciadora el observar cómo

*el buen maestro, al rezo  
al pequeñito adiestra, que travieso  
del divino gorjeo se recela;*

y en el hogar, y en la humilde iglesia del pueblo, y en la santa paz campesina, y en la callada hermosura de los cielos, en todas partes, el sentimiento de lo inefable vivificará todas las cosas, dándoles, eso sí, un tinte de esfumada melancolía . . .

Porque éste es otro de los rasgos de la literatura regional que nos ocupa: la delectación en una ondeante, fugitiva tristeza. En las religiones positivas— en la religión católica, particularmente, — el resorte de su dominación constante y casi desmesurada sobre las almas, consiste, sin duda, aparte de la fuerza de las creencias, en esa especie de arrullo inexpresivo con que las diferentes formas del culto saben poblar de rumores nuestro silencio interior. La música, el canto son con justicia elemento vital en la exteriorización de la doctrina. En un pueblo profundamente creyente, la música religiosa, acompañamiento o auxilio sonoro del culto, invadirá, pues, poco a poco, en su onda magnífica, todo el ambiente, y la nota triste imprecisa dará el tono a sus concepciones o producciones imaginativas. Honorato Vázquez, nuestro poeta místico-elegíaco más accesible, resume y cristaliza, en Cuenca, ese género de literatura a que me refiero, dulce y melancólica, religiosa y familiar, un sí es no es monótona; literatura en que el poeta se queja y suspira, sin llegar nunca al sollozo, menos al acento de la verdadera tristeza, de la inquietud trágica. « En la expresión de los afectos, dice, partid del templo, centro del hogar;

del hogar, centro de la patria y nacionalizaréis la poesía. Nuestra poesía para ser nacional debe ser eminentemente cristiana, templada al calor de los afectos domésticos, honrada, en fin, por lo que toca a su espíritu. Por qué? Porque lo requieren el deber, nuestra vida, la sencillez de nuestras costumbres, nuestras tradiciones de familia, el ambiente moral que respiramos ».

Programa honrado, diré yo a mi vez, programa sincero, pero limitadísimo. Su observancia implica el voluntario encerramiento dentro de particularismos ajenos a la experiencia de la inagotable variedad de las cosas, a la preocupación por los vastos clamores de la vida, por los problemas de la cultura universal. Y ya hemos apuntado que el artista que tenga un alto ideal, que aspire a marcar el ritmo de un minuto a la marcha de las generaciones humanas, no puede ni debe sustraerse, a pretexto de autonomía e higiene literarias, al movimiento espiritual de todos los pueblos de la tierra.

Y Remigio Crespo Toral ha sido en esto de miras más amplias y de recursos artísticos superiores. Su pensamiento fue siempre multiforme y vario; su inspiración, siempre llena de humanidad, de perspectivas universales. Yo admiro sinceramente a este cantor de los Andes en composiciones como *Mi Poema*, *El nido*, *La Virgen de la Escuela*, *Leyenda de Hernán* (1), *Paisajes*

(1) En ningún poema, como en éste, salido recientemente a la luz de la publicidad, se muestra Crespo tan local e íntimo, tan cercano al realismo ingenuo del *Idilio* y *La Pesca*, de *Evangelina* y *La declaración de amor*. Si del poeta valisoletano tiene la visión neta del paisaje y la argentina sonoridad de la estrofa, de Longfellow ha aprendido ese plácido y muelle abandono de la sentimentalidad discursiva, el conato de un desbordamiento de ternura ante el balsámico soplo y las sencillas costumbres de nuestros campos, de que tan inigualable ejemplo nos ha dado Gonzalo Zaldumbide en *Egloga trágica*, suprema enseñanza de cómo un escritor moderno puede hacer literatura regional y ser al propio tiempo artista y ciudadano del universo. En *Leyenda de Hernán*, estamos ya bien lejos de aquel descripcionismo convencional y "criollismo" rebuscado que fueron un tiempo el fondo de la mal llamada literatura nacionalista. La comprensión poética del paisaje y la comunicativa emoción del recuerdo—del recuerdo, que, como dice Guyau, es en sí mismo un gran elemento estético—constituyen la savia vital del poema, sincero en su espíritu y espontáneo en la ejecución.

y unas pocas más, en que palpita el sentimiento local; pero el verdadero fondo de su imaginación es perfectamente cosmopolita. Leed sus *Leyendas de Arte*, leed sus *Cuadros*, leed *Los Inmortales*, *Los Genios*, *Idilios del sepulcro* . . . todo lo que constituye la parte vigorosa y mayor de su obra poética, lo permanente de ella: encontraréis al artista de recio vuelo en el más amplio espacio, sintiéndose magnífico en escuchar o esparcir la música de las ideas. Por temperamento y por auto-educación (pues resulta superior a su medio), tiende a ser poeta filósofo, meditativo, un tanto razonador, acaso. Este exceso de intelectualismo quizá le daña, en ocasiones. En poemas como *El Requiem de Mozart*, ubérrimo fruto de inspiración de su primera juventud, la entonación solemne y el grávido ritmo de las imágenes responden admirablemente al dilatado movimiento de las ideas: es el acento legítimo de un poeta el que escuchamos y admiramos. Mas, tiene cautos en que la impresión que sentimos es de una vigorosa aptitud verbalista, empeñada en explotar lo poético de un tema o argumento determinado. Cuando nos damos cuenta de que el poeta se ha impuesto la consigna de hacer, verbigracia, un soneto a cada *genio* de una larga serie de *idem*, se produce inmediatamente en nosotros una inclinación poco favorable. Nos gana el prejuicio de que aquello no ha sido el resultado espontáneo de una pura emoción o impresión de belleza artística. La significación ideal de toda obra, su poder sugestivo, disminuyen en razón del mayor o menor artificio que ella deje entrever, artificio que, tratándose de la gestación misma del pensamiento, equivale a mecanicismo ideológico, a ejercitación imaginativa . . . Tendremos una poesía pensada; no una poesía sentida, vivida. En materia de arte, no se hace filosofía simulando o dejando enfriar lo que he llamado la «emoción del pensamiento».

El punto por el que Crespo Toral toca íntimamente con el espíritu de sus contemporáneos y responde a su medio, es el de las convicciones artísticas y las aspiraciones religiosas. «El arte por el bien», es la fórmula literaria entre ellos aceptada. Afirman que el espíritu

cristiano debe compenetrarse con todas las formas de expresión del sentimiento poético. El concepto espiritual de la belleza, según la doctrina platónica, tiene allí hondo arraigo, y es curioso observar cómo hasta escritores heterodoxos que recibieron su educación literaria en Cuenca no pueden deshacerse del todo de la preocupación ética o moralista al juzgar obras de arte. A la poesía se exigirá, pues, que depure nuestros afectos con tendencias inmortales, que entone siempre el himno de la esperanza, que cante la elegía de nuestro transitorio peregrinaje en la tierra. En otros términos: la estética será una misma cosa con la moral; idealizar equivaldrá a moralizar. El poeta se atribuye así un magisterio, un apostolado. Se quiere, en definitiva, que a la composición artística preceda el juicio de la conciencia, el recogimiento de las facultades para impulsarlas en el sentido de la propagación de la verdad y del bien. El hombre es más bello, dice el citado Honorato Vázquez, como ser moral que como ser inteligente, y «el poder de la conciencia, poder de justicia o de preservación, precedente al acto humano, debe influir en nosotros antes que el de la ambición de glorias efímeras, de programas de escuelas, de propósitos puestos al servicio de sentimentalismos momentáneos» (ARTE y MORAL, pág. 88).

Para Crespo Toral, el arte es, por consiguiente, ejercicio o cumplimiento de una misión altísima. No que cultive o preconice la literatura de tesis, el llamado arte docente. Al contrario, juzga que el arte no tiene ni debe tener un fin ético exclusivo y directo, ni las formas literarias ser a manera de signos litúrgicos de un culto, ni sacerdote de la palabra el artista. Pero no admite, no concibe que una obra pueda ir contra la ética. Aunque el arte es libre, dice, lo es dentro de la moral, ya que la autonomía individual es un absurdo en los diversos órdenes de la vida.

Se declara, pues, francamente, contra la preponderancia del subjetivismo poético, contra los «poetas sombríos del yo miserable y soberbio, cuya influencia efímera pasa con sus querellas». En una época en que todas las inquietudes del pensamiento, todas las complicacio-

nes y sutilezas de la emoción, que llegó en veces hasta el paroxismo, componen el fondo del arte contemporáneo, dándonos obras de sabor extrañamente exquisito; en una época así, pesimista y sensual, refinada y compleja, el poeta deplorará, nostálgico, que se profane la lira con que se cantaron la *Epístola moral*, la *Noche serena*, las *Ruinas de Itálica* . . .

Queda con ello dicho que, por vocación y por educación, Remigio Crespo Toral procede de la tradición clásica y conserva la levadura mística de la raza española. En su obra encontraremos, por lo tanto, el concepto de la religiosidad artística, la elevación de los asuntos, el sentido de la mesura plástica, la delicada sencillez de las formas . . . Espíritu de selección, templanza y serenidad: tales serán las normas invariables de su procedimiento artístico.

En las cuestiones de factura, en las preferencias de metrificación, el poeta no se aventurará tampoco en un mundo nuevo. El viejo romance castellano, el endecasílabo pleno y numeroso, en estrofas rotundas, o alternando con el heptasílabo, para darlas el liberador movimiento de la oda, serán los metros de su predilección. El poeta—poeta moderno, al fin—tendrá la suficiente habilidad para hacer ágil y movida su estrofa. para mostrarse espontáneo y airoso en su elocución; pero no gustará del estilo vago, impreciso, sutil, que persigue, ante todo, la musicalidad de la expresión, la sugestión evocadora de la imagen, porque tal estilo responde, cabalmente, a una exigencia psíquica. En su esencia, no es otra cosa el modernismo o, más propiamente, la poesía moderna. Por lo cual, creo que es un palmario error considerarlo como una mera escuela literaria, cuando, en realidad, implica una honda y natural evolución en las maneras de sentir y decir. Crespo Toral, por su apego a la idea de contornos netos, a la plenitud serena y fervorosa, a las construcciones amplias, a la estrofa gallarda y limpia, se nos presentará más bien cercano al parnasianismo, el cual, igualmente, no representó quizás sino una disciplina literaria, un momento de reacción contra acentuadas modalidades de espíritu.

Sonetos tiene Crespo, que nos recuerdan los del cantor de *Los Trofeos*, y si de arte consciente y equilibrado se trata, si hemos de encarecer aquí el ímpetu contenido y la intensa fuerza evocadora, nadie más que él vecino de Leconte de Lisle, cuyas cuatro series de *Poemas* han influido en su manera tal vez más que los de Núñez de Arce, de quien, a decir verdad, no advierto en nuestro poeta una huella marcada sino en *Mi Poema*, en la *Leyenda de Hernán* y en clamores de combate como los *Ultimos pensamientos de Bolívar*, *Dios y Patria*, *García Moreno*, etcétera.

Así como el gran parnasiano francés halló campo inexhausto a su potente vena poética en evocaciones de la antigüedad índica, Crespo Toral ha concretado sus facultades de lírico a la revivencia de leyendas, escenas, personajes, de la civilización greco-latina, de las épocas jocundas de la Roma antigua, y hasta de la edad de los profetas bíblicos . . . Puede decirse que este género de inspiración histórica, de poesía erudita, ha sido su especialidad, desde que el poeta adquirió pleno dominio de su talento y de su arte. Su libro *Leyendas de arte*, próximo a la circulación, y que he podido consultar antes de escribir estas notas críticas, se reduce, justamente, en su mayor parte, a composiciones de la índole a que me refiero. Eva, en la tristeza infinita de la primera tarde, desterrada del paraíso; Abel, cayendo al golpe artero fratricida; Orfeo, congregando al són de su lira a las fieras monteses y domando la aspereza de las tormentas bravías; Adonis, el bello niño, el botón de lirio, muerto en la playa, mientras sobre las espumas marinas llega angustiada la madre Venus; Lida, febril de amor nostálgico, trazando, en el muro, el retrato de Doris, a los furtivos rayos de la luna; Calímaco, sintiendo la inspiración del arte corintio, ante la rama de acanto que la Madre plantara en la huesa del Amado, del Hijo; Enoch, el viejo misterioso y secular, el de la lengua barba de nieve, de parda túnica talar, habitando en la inaccesible gruta de los hielos polares; Elías, arrebatado a los cielos en su carro de fuego; Pilatos, no hallando paz a sus despojos ni aún en lo más hondo de las graní-

ticas rocas, pues le asedia en todas partes el recuerdo de la faz ensangrentada del Justo; Nerón, viendo arder Roma como una gigantesca antorcha; Ashaverus, el anciano de los siglos, sintiendo el tormento de la eternidad del vivir; los primeros días del mundo, personajes semi-fantásticos y semi-legendarios, las grandes almas de todos los tiempos y de todas las razas, leyendas y símbolos del linaje humano, la cadena magnética que une lo pasado a lo presente, y lo presente a lo futuro . . . todo ello ha sido para Crespo Toral venero inagotable de inspiración, fuente de una multitud de sentimientos deliciosos y espirituales. *Leyendas de arte* nos convence de que en las obras de los hombres hay siempre alguna cosa inmutable, que participa de la belleza eterna, que tiene el poder de iluminar nuestras almas a través de los siglos. Crespo Toral ha penetrado, con ágil y segura planta, en el mundo antiguo, y en él ha hallado esa confluencia maravillosa de las dos corrientes, divina y humana,—idealista y realista,—que son el alma y el nervio del arte helénico. No sé qué extraño encanto, qué cálida sensación de vida se desprenden de todos estos poemas que nos hablan de viejas civilizaciones o nos recuerdan tradiciones cien veces seculares! Es el vigor de la fantasía del poeta, que de lo hondo del pasado saca el principio fecundante, cargado de armonías y de ideas, en virtud del cual, bajo las deformaciones del tiempo, se nos aparece eterno el sentido de la belleza en progresiva idealización. Allí la poesía y la filosofía de la historia, bellamente compenetradas, han encontrado un digno intérprete, de superior aptitud para comprender el perfecto acorde del ritmo de los mundos . . . Y en el fondo de esos cuadros, advertimos que hay algo personal, algo querido y sagrado para el poeta: la convicción de que el Arte ha sido en el mundo la promesa o, mejor, la intuición concedida al hombre, desde la infancia de las ideas, de todas las reglas de la Verdad esperada.

Por eso evoca de preferencia las nimbadadas siluetas de santos poetas y de artistas santos. El se complace en poemizar a San Juan del Apocalipsis y a San Fran-

Sonetos tiene Crespo, que nos recuerdan los del cantor de *Los Trofeos*, y si de arte consciente y equilibrado se trata, si hemos de encarecer aquí el ímpetu contenido y la intensa fuerza evocadora, nadie más que él vecino de Leconte de Lisle, cuyas cuatro series de *Poemas* han influido en su manera tal vez más que los de Núñez de Arce, de quien, a decir verdad, no advierto en nuestro poeta una huella marcada sino en *Mi Poema*, en la *Leyenda de Hernán* y en clamores de combate como los *Últimos pensamientos de Bolívar*, *Dios y Patria*, *García Moreno*, etcétera.

Así como el gran parnasiano francés halló campo inexhausto a su potente vena poética en evocaciones de la antigüedad índica, Crespo Toral ha concretado sus facultades de lírico a la revivencia de leyendas, escenas, personajes, de la civilización greco-latina, de las épocas jocundas de la Roma antigua, y hasta de la edad de los profetas bíblicos . . . Puede decirse que este género de inspiración histórica, de poesía erudita, ha sido su especialidad, desde que el poeta adquirió pleno dominio de su talento y de su arte. Su libro *Leyendas de arte*, próximo a la circulación, y que he podido consultar antes de escribir estas notas críticas, se reduce, justamente, en su mayor parte, a composiciones de la índole a que me refiero. Eva, en la tristeza infinita de la primera tarde, desterrada del paraíso; Abel, cayendo al golpe artero fratricida; Orfeo, congregando al són de su lira a las fieras monteses y domando la aspereza de las tormentas bravías; Adonis, el bello niño, el botón de lirio, muerto en la playa, mientras sobre las espumas marinas llega angustiada la madre Venus; Lida, febril de amor nostálgico, trazando, en el muro, el retrato de Doris, a los furtivos rayos de la luna; Calímaco, sintiendo la inspiración del arte corintio, ante la rama de acanto que la Madre plantara en la huesa del Amado, del Hijo; Enoch, el viejo misterioso y secular, el de la luenga barba de nieve, de parda túnica talar, habitando en la inaccesible gruta de los hielos polares; Elías, arrebatado a los cielos en su carro de fuego; Pilatos, no hallando paz a sus despojos ni aún en lo más hondo de las graní-

ticas rocas, pues le asedia en todas partes el recuerdo de la faz ensangrentada del Justo; Nerón, viendo arder Roma como una gigantesca antorcha; Ashaverus, el anciano de los siglos, sintiendo el tormento de la eternidad del vivir; los primeros días del mundo, personajes semi-fantásticos y semi-legendarios, las grandes almas de todos los tiempos y de todas las razas, leyendas y símbolos del linaje humano, la cadena magnética que une lo pasado a lo presente, y lo presente a lo futuro . . . todo ello ha sido para Crespo Toral venero inagotable de inspiración, fuente de una multitud de sentimientos deliciosos y espirituales. *Leyendas de arte* nos convence de que en las obras de los hombres hay siempre alguna cosa inmutable, que participa de la belleza eterna, que tiene el poder de iluminar nuestras almas a través de los siglos. Crespo Toral ha penetrado, con ágil y segura planta, en el mundo antiguo, y en él ha hallado esa confluencia maravillosa de las dos corrientes, divina y humana,—idealista y realista,—que son el alma y el nervio del arte helénico. No sé qué extraño encanto, qué cálida sensación de vida se desprenden de todos estos poemas que nos hablan de viejas civilizaciones o nos recuerdan tradiciones cien veces seculares! Es el vigor de la fantasía del poeta, que de lo hondo del pasado saca el principio fecundante, cargado de armonías y de ideas, en virtud del cual, bajo las deformaciones del tiempo, se nos aparece eterno el sentido de la belleza en progresiva idealización. Allí la poesía y la filosofía de la historia, bellamente compenetradas, han encontrado un digno intérprete, de superior aptitud para comprender el perfecto acorde del ritmo de los mundos . . . Y en el fondo de esos cuadros, advertimos que hay algo personal, algo querido y sagrado para el poeta: la convicción de que el Arte ha sido en el mundo la promesa o, mejor, la intuición concedida al hombre, desde la infancia de las ideas, de todas las reglas de la Verdad esperada.

Por eso evoca de preferencia las nimbadas siluetas de santos poetas y de artistas santos. El se complace en poemizar a San Juan del Apocalipsis y a San Fran-

cisco de Asís, a Dante y a Milton, a Miguel Angel y a Rafael, a Mozart y a Beethoven . . . Parece que quisiera mostrarnos que la sed insaciable de un más allá de armonía que oculta la vida es la prueba mejor de nuestra inmortalidad. Su obsesión, en verso que repite con frecuencia, con ligerísimas variantes, es «la eterna primavera de las almas». Su empeño se reduce a iluminar las nuestras con los pensamientos de los genios más elevados: Homero y Virgilio, Hesíodo y Tácito, Cervantes y Shakespeare, Hugo y Goethe . . . En ese campo del espiritualismo sincero, de un edificante filosofismo poético, le vemos surcar briosamente la inmensidad profunda con una especie de varonil voluptuosidad. No sé de ningún poeta de lengua castellana moderno que se le parezca en el género por él cultivado. En América, sólo Amado Nervo guarda tal vez cierta analogía que llamaré de actitud con nuestro poeta. El bardo mejicano tiene también lleno el espíritu de la idea de la muerte, del pensamiento de la vanidad de las cosas; cree, sin embargo, en la religión del arte, en la seriedad de la vida, y aspira o se precia de haber llegado, estéticamente, a la montaña de la Serenidad. Pero son dos temperamentos diversos. Lo que en Crespo es ecuanimidad fortificante, creencia que no vacila y tiende a la plegaria y al himno, filosofía que responde a las nobles desesperanzas de quien quisiera que el sentido moral, la noción del deber, presidan en todas las cosas, es en Nervo concentración del espíritu, religiosidad depresiva, moderno ascetismo, y no hay duda de que su manera responde mejor a nuestros gustos y a nuestro tiempo. En vez de himno y plegaria, el verso de Nervo podrá alcanzar el tono de la oración y la meditación; esto es, de las dos formas del sentimiento ultraterreno en que caben todas las suavidades y ternezas del corazón y todas las rebeldías y desasosiegos del intelecto. Lo único temible (temible cuanto abominable, pues no hay engaño peor que el simular espíritu) es que esa actitud monacal degenerare en artificio, se la adopte como recurso literario.

Dada la índole de la poesía de Crespo, ya se comprenderá que no es éste ni lo será nunca un poeta acce-

sible a la generalidad. Hierve en ideas y las ama; pero, sin ser inactuales, no pertenecen a la corriente principal de la literatura de las épocas modernas. Lo que le hace tan notable, es la fuerza de sus convicciones, su delicadeza y austeridad de conciencia en el arte, su maravillosa fantasía, el sentimiento profundo y elevado, la soberana y clásica tersura de su verso, que él maneja con una seguridad y una elegancia poco comunes en países de habla española. Las deficiencias de su temperamento las suple con su amor a la sinceridad y la belleza, con la perfección de su forma literaria.

Arnold decía de Heine que, por su noción imperatoria del orden, por su sentido de lo bello artístico, es griego; y por su profundidad, su calidad indómita, por «el anhelo que no puede expresarse», es hebreo. Tal cosa podría afirmarse más propiamente de nuestro poeta. Con el acopio intelectual de un supremo escritor moderno, hay algo y aún mucho de apocalíptico en su obra poética, el tono y el temple de los salmos, y el estilo, no obstante, es de una sobriedad y limpidez helénicas.

Entonces, ¿dónde el poeta «nacional»? diréis. Para contestar satisfactoriamente a esta pregunta, precisaría hacer la historia de todo el tormentoso ciclo de nuestra democracia comprendido entre 1830, en que el Ecuador fue segregado de la primitiva Colombia, y los años que siguen a aquel movimiento político llamado la Restauración. Esa ojeada retrospectiva me llevaría demasiado lejos y alargaría este estudio, que aspira a ser sobrio y conciso hasta lo posible. Diré sólo, en síntesis, que, cuando la iniciación literaria de Crespo, allá por el año de 1883, el Ecuador sentía en lo profundo de su espíritu la pesimista desconfianza en la consecución de los ideales democráticos. Desde la proclamación de la independencia, nuestra vida social y política apenas si había sido una serie ininterrumpida de feroces codicias y luchas sangrientas, de fanatismos de todo orden y odios y rencores inhumanos, de escándalos internos e indecibles afrentas nacionales. Teníase la ansiedad, el descorazonamiento dolorosos de quien desconfía de su voluntad, antes que de sus fuerzas. No sabíamos, no queríamos

ser merecedores del preciado don de la libertad política. Bolívar había arado en el mar. La Gran Colombia, fragmentaria y dispersa, como escombros de ruinas gloriosas, seguiría siendo mísera materia de escarnio del pretorianismo; la magna epopeya, el prólogo de una tragi-comedia mezquina y grotesca. Se llegaría a la acre interrogación de si la Independencia misma fue un bien.

En el citado año de 1883, América toda celebraba el centenario del nacimiento del Libertador. Pocos meses antes, el Ecuador había padecido el afrentoso latigazo de la más cínica proclamación de una dictadura. Sometida ésta, al empuje de uno de los mayores movimientos de reacción popular que hemos tenido, se produjo un momento de respiro de libertad para todos, una de cuyas inmediatas manifestaciones fue cierta especie de florecimiento de las letras nacionales. Siempre en las repúblicas hispano americanas tuvo fervorosos y, a veces, inspirados adoradores la musa patriótica, y entre nosotros el ejemplo y el recuerdo del cantor de Junín incitaron perennemente a mantener aquel culto. En los días a que me refiero, se hizo, pues, mucha literatura bélica y, naturalmente, la vida y desencantos de Bolívar vinieron a ser el tema favorito. Convócase un concurso público para premiar la mejor composición dedicada al Grande Americano, y he ahí que el triunfo resulta de Remigio Crespo Toral,—un jovencito entonces desconocido casi completamente. Los *Ultimos pensamientos de Bolívar*, extenso poema en tres cantos, de clásica factura española, que recordaba la de los quintetos *A Don Antonio Ríos Rosas*, de Núñez de Arce, condensaba toda la amarga filosofía con que la conciencia pública venía asistiendo al espectáculo de nuestro desconcierto anárquico, de nuestra suicida y traidora desnaturalización de la obra del Libertador. Por eso tiene el poema la acera da imprecación a lo Juvenal, el lirismo ditirámbico, el clamor de la elegía, la centelleante exaltación de la propaganda. Mas, la nota singular y resaltante en el trabajo aquel se reducía al sentimiento cristiano de la democracia, al fervor militante con que se adelantaba a

proclamar las doctrinas de la encíclica *Inmortale Dei*, de León XIII, acerca del Gobierno de las Naciones. En la última estrofa, el Libertador de América da fin a su agónico divagar con estas palabras:

*¡Salve! Despunta la eternal aurora,  
del Edén los serenos luminares  
se encienden . . . Voyme ya: colgaré ahora  
de mis luchas la espada vencedora,  
¡Dios de mi corazón, en tus altares!*

Excusado decir que el poema vibró y halló intensa resonancia en todos los ámbitos de la República. Glorificando la memoria de Bolívar, el poeta evocaba del fondo de nuestra historia la fuerza moral de los hombres del tiempo heroico y los principios de su política civilizadora, en contraste con la corrupción de los bandos surgidos después, en sucesión oprobiosa, y, sincero creyente, ante la lenta pero constante germinación de la semilla de la idea liberal, echada al surco o, mejor, echada en costra dura, desde los tiempos de aquel glorioso agitador que se llamó Espejo, el joven cantor insistía en atribuir tanta abominación al debilitamiento de las creencias, a la postergación del Dios de sus mayores. En los labios del venerando moribundo de Santa Marta, ponía el vate azuayo la exacerbada manera de pensar y sentir de una gran porción de los ecuatorianos. Uno de los estados, uno de los momentos de la conciencia nacional está allí, en ese sostenido monólogo, pleno de lirismo y de elocuencia. Recuerdo que, años después, todavía recitaban en Quito muchas de las estancias de los *Últimos pensamientos*, cuya dinámica virtualidad de verbo tribunicio resultaba insuperable. Desde el primer momento, el poeta llegaba, pues, hasta el alma de su pueblo, que la reflejaba en el espejo de su corazón, al calor de su cerebro.

Dos años después, traduce y expresa, asimismo, en fulminadoras estrofas, de corte igual a las del poema citado, el pensar y el sentir de una mayoría de sus compatriotas acerca del estadista de más compleja y recia

fibra que hemos tenido: García Moreno. En este poema, el poeta, consecuente con sus doctrinas político-religiosas, hace la apología del infortunado gobernante y, al hacerla, recoge nuevamente todas las amarguras y todos los pecados de nuestra Historia y los descarga sobre las cabezas como un bautismo de fuego. La composición, de grandes proporciones, es vengadora y elegíaca en el fondo, y lo evidente que, en aquellos días que se reputaban de decadencia nacional, casi todo el Ecuador, ansioso, como el poeta, de un hombre que fuera brazo y cerebro de la política tradicionalista, volvía sus ojos hacia el gran patricio, como para buscar en su figura estímulo y acicate a una resurrección. Las radiaciones del verbo de Montalvo, que hizo tema de su vida y de sus obras el acabar, no sólo con el liberalismo soldadesco, mas antes con el conservatismo inquisitorial, se extendían y acentuaban cada vez más, y de ahí la zozobra y la alarma con que se preveía el acabamiento, quizá definitivo, de esos regímenes en que, a pretexto de mantener las creencias, se convertía la República en una hermandad religiosa, a la que estaba prohibido en absoluto enterarse de las cosas del mundo . . .

En el campo de las glorificaciones cívicas, otro grande americano que ha inspirado a Crespo es el Mariscal de Ayacucho. En el Ecuador y, muy particularmente, en Quito, como en ninguna otra ciudad de Hispano-América, acaso, el pueblo ama y venera a Sucre, el Vencedor en Pichincha. Su arrogante, viril y tranquila fisonomía, es para nosotros valor y generosidad, desinterés y abnegación, fuerza y espiritualidad, corazón y cabeza . . . Y Crespo Toral ha trazado, de modo admirable, en estrofas sentidísimas, la silueta del Héroe-Mártir, tal como la concebimos, tal como la veneramos y admiramos. La composición *Sucre*, escrita en Caracas, en 1895, será siempre la pieza poética mejor que un hispano-americano haya escrito sobre aquel egregio varón y personaje histórico. Y no menos bello es su romance *Proscrito*, en que pinta la escena siniestra de la caída del Héroe en la montaña de Berruecos.

En el dualismo de raza que, fatalmente, ha imperado en América, dando al alma total de nuestras multitudes un ritmo particularísimo, el sentido especial de una entidad formada bruscamente al rededor de una idea—la idea del derecho a vivir una vida autónoma, acondicionada al medio impuesto por la naturaleza,—mas entidad que en sus elementos superiores e íntimos permanece siendo y sintiéndose española; en ese dualismo, digo, nadie ha podido esquivar el sentimiento de atracción hacia la estirpe ilustre de los Cortez y los Pizarros, el influjo pretérito y actual de la España que imprimió sello y caracter perdurables a nuestras colectividades. Cantar, glorificar a la Madre Patria, sin interrumpir el himno a los Héroe de la Emancipación, ha sido, pues, algo característico de nuestros pueblos, aún en momentos en que la exagerada reacción hacia esa idea de autonomía de que he hablado y que al gran argentino Sarmiento le arrastró a insinuar la conveniencia de darnos un idioma aparte, ha pretendido borrar lo imborrable: la herencia histórica, que comprende la sangre, el idioma, la religión, costumbres, tradiciones, el genio mismo de una raza y un pueblo. Y pocos como el Ecuador han hecho gala de lealtad a aquel abolengo, no obstante haberse dado aquí el primer grito de liberación del continente. Y Crespo Toral ha sido, también en esto, el más elocuente intérprete del pensamiento colectivo. Su poema *España y América* es la magnífica síntesis poética de ese estado de conciencia nuestro con relación a la España conquistadora.

En 1910, nuestra patria estuvo a punto de llevar al terreno de las armas la solución del secular litigio límite con el Perú. Eran días de volcánica, tremenda excitación, y cada ecuatoriano no pensaba sino en desafiar la muerte y salvar la integridad y dignidad nacionales. Y Crespo Toral lanzó al punto su *Canción de la Bandera*, maravilla de lirismo bélico, que fue torrentosa electrización de civismo para todos nosotros.

Los ejemplos aducidos bastarán para que convengamos ya en que Crespo alcanza la alta calidad de poeta

nacional, de poeta que ha vivido y cantado lo de su época, inspirándose en las vicisitudes históricas sufridas en común.

\*  
\* \*

Voy a terminar estos apuntes, escritos con el natural apresuramiento de las circunstancias. Mas, antes debo agregar, para no incurrir en omisiones imperdonables, que Remigio Crespo Toral es también un notable prosista, en quien la lengua castellana conserva una justeza y elegancia extraordinarias; que pudo ser un gran crítico, uno de los supremos críticos de América, aparte las inevitables limitaciones debidas a su credo religioso y estético, pues de poseer soberanas cualidades para tan compleja disciplina de cultura ha dado muestras en algunos trabajos críticos, muy escasos, por desgracia, en que la límpida, encumbrada serenidad y el vigor del análisis van realzados por un intenso y ágil decir, signo inequívoco de una rica mentalidad que se posee.

Tal es el hombre, cuyo retraído y congénito apartamiento de toda exhibición, de todo egolatrismo, han ido a turbar los vitoreos de su pueblo, que sintió poseer en el poeta la potente voz de sus anhelos inexpresables y ha querido simbolizar en el lauro su pública adhesión al poema austero de su vida, antes de que aquella cabeza pensadora descansa para siempre en la almohada de la tumba . . .

JULIO E. MORENO.

## González Suárez y el Ejército

---

La eminente y grandiosa personalidad de González Suárez, su inmensa, profunda, compleja y erudita labor intelectual, su poderosa acción patriótica, religiosa, histórica, política, social, científica y especialmente, internacional, dan abundantísima materia para que pueda ser estudiada, bajo tan varios aspectos, por arqueólogos e historiadores, internacionalistas y patriotas, filósofos y teólogos, oradores y poetas, escritores, críticos y políticos, sociólogos y sacerdotes, en fin, por todos los hombres inteligentes e ilustrados; y estos trabajos serán el complemento de las obras del sabio Arzobispo, constituirán el más grande y valioso monumento que perpetúe su memoria e inmortalice su nombre.

Bastante se ha escrito ya, pero aún se escribirá mucho, muchísimo, respecto de un hombre tan superior y esclarecido que consagró todas las facultades de su inteligencia, la sabiduría de su portentoso cerebro, las energías indomables de su alma, el entusiasmo y ardimiento de su corazón altivo, viril y batallador, a la mejora, regeneración, lustre y engrandecimiento de su Patria.

González Suárez, aislado, encerrado en el más humilde rincón de su palacio, con esa paciente labor de un benedictino, rodeado de libros, esqueletos y restos de razas primitivas, con esa visión luminosa y profética del sabio, pasábase días y noches estudiando, leyendo en las

cavidades de cráneos rotos, en orlas de vestidos polvorientos, en restos de objetos despedazados, extraídos de necrópolis y ruinas, el carácter, costumbres, luchas y aspiraciones de nuestros aborígenes, para enseñar e ilustrar a las generaciones presentes y venideras; constituyéndose en maestro y director de la juventud inteligente y estudiosa.

El, sabía leer en las noches de los tiempos y en los misterios del pasado, la verdad de los hechos, sus circunstancias y detalles, los acontecimientos que los precedieron y se sucedieron, la psicología de los personajes que entonces actuaron, sus pasiones y sus vicios, sus virtudes y sentimientos, sus ideales y orientaciones, en fin, todas las palpitaciones de esa vida lejana y desconocida, para revivirla en su magna obra, *La Historia del Ecuador*.

Infatigable centinela de la integridad de nuestro territorio y de la honra nacional, laboraba, sin tregua, por sus sagrados fueros, por sus inalienables derechos, estudiando nuestros títulos y cédulas, demostrando ante el mundo todo, la verdad y la justicia de la causa del Ecuador.

Hizo de su pluma, muchas veces, escalpelo sangriento y desgarrador para curar y extirpar hondas llagas sociales, errores administrativos y leyes inicuas; ¡ah! él, hizo también, tambalea el trono de los déspotas y derribó a tiranos y opresores del pueblo.

Justamente airado, alguna vez, empuñaba la pluma, como Jesús el azote, para fustigar y castigar a los falsos católicos y malos sacerdotes, y arrojarlos del templo para que no profanaran sus aras, ni convirtiesen la casa de oración en cueva de bandoleros.

Fue escritor de combate, su pluma, era también templada como una espada, cerebro poderoso, brazo robusto y esforzado; escritor activo e incansable: abandonaba la pluma para empuñar la cruz y el cayado pastoral, cuando dejaba estas insignias era para volver a esgrimir la pluma.

Sólo las águilas y los cóndores que se elevan hasta las azuladas y diáfanas alturas del espacio, conocen bien

las cumbres de nuestras gigantescas montañas; quede, pues, para otros hombres de ciencia y de talento, el estudio y desarrollo completo de la personalidad grandiosa de González Suárez, que nosotros, apenas podemos trazar un pálido y desaliñado bosquejo.

Los sabios más connotados de Europa, las academias y centros científicos del viejo mundo, le discernieron lauros y condecoraciones, honrándose en contarle entre sus socios activos u honorarios; por eso, se le tiene a González Suárez, como un timbre de gloria ecuatoriana, como honra de la Patria y de la América. En los tiempos heroicos, Grecia lo hubiera contado entre sus siete sabios, Atenas le hubiese levantado una estatua en el Partenón, en ese grandioso templo consagrado a Minerva para honrar a la diosa de la sabiduría, y, Plutarco habríase enorgullecido al consignarlo entre sus *Varones Ilustres*;—pero lo que es más tierno y delicado, el majestuoso paladín de la pluma, así como Calderón, el héroe de la espada, *vivirá eternamente en la memoria y el corazón de los ecuatorianos.*

Generalmente, las naciones, dejan pasar años y siglos para modelar las estatuas de sus grandes hombres; creen, que sus merecimientos deben ser estudiados y discutidos por largo tiempo en la palestra de la prensa, pesados, por la crítica imparcial, serena y desapasionada de algunas generaciones; mas, las raras virtudes, esclarecidas dotes, patriotismo y sabiduría de González Suárez, son reconocidos por ecuatorianos y extranjeros, sin distinción de partidos ni creencias, aquí y fuera de la República, en América y Europa;—la posteridad no tiene que discutir esta gloria de la Patria, sino que unirla y admirarla.

Por esto, el laudable proyecto iniciado por el Municipio de Quito, ha sido recibido y secundado del modo más espontáneo y entusiasta por todo corazón bien puesto, y en múltiples y variadas manifestaciones se está haciendo sentir los estremecimientos patrióticos y generosos, las vibraciones palpitantes de la conciencia pública, de la justicia nacional; y muy pronto, veremos, en la

Capital de la República, levantarse gallarda y majestuosa la estatua que inmortalice la memoria venerable de González Suárez.

\*  
\* \*

La Fuerza Armada como uno de los más poderosos y vitales organismos del Estado, como un factor de cultura y de progreso social, por su misión esencialmente patriótica, noble y abnegada, es la que siente más honda e intensamente los más pequeños latidos como las más grandes palpitaciones de la vida nacional; y, al caer en los misterios de la eternidad el Ilmo. Arzobispo señor González Suárez, el Ejército hizo propio el duelo de la Patria, puso a media asta y enlutó sus pabellones, acordó contribuir eficazmente para la erección del monumento que perpetuará su memoria, mandó apagar los redobles de sus tambores y los vibrantes sonidos de los clarines de guerra, sus músicas marciales sólo tuvieron notas de dolor para las marchas fúnebres; y, todos los militares entristecidos, han llevado sus ojos vivos y relampagueantes nublados por la amargura y el pesar.

Es que, bajó a la tumba el glorioso campeón de la honra, integridad y autonomía nacionales, el paladín de los derechos e instituciones de la República, el apóstol de la paz y de la confraternidad ecuatorianas, el varón justo, sabio y heroico que, sin otra insignia que la cruz, sin más armas que su acerada pluma ni otros proyectiles que las salvadoras doctrinas del Evangelio, se hizo más grande que los conquistadores y obtuvo triunfos más brillantes que muchos esclarecidos guerreros.

González Suárez, predicando como el divino Maestro, la confraternidad, la paz y el orden, anhelaba, romper en mil pedazos la espada de dos filos de la revolución y de las guerras civiles, aplastar la hidra envenenada de los odios y los rencores políticos; quería, que la lucha intelectual sustituyera a la lucha sangrienta del sable y del cañón; la guerra entre hermanos, la califi

caba de verdadero canibalismo;—y, cuando un peligro internacional nos amenazaba, rodeado, de la luminosa aureola y del prestigio que le daban su virtud, su sabiduría y su patriotismo, realizó la unión y solidaridad de todos los ecuatorianos sin distinción de partidos; y como un denodado general, nos arengó con un ardimiento delirante y arrebatador, para una guerra justa, legítima, para el sacrificio, el heroísmo y la gloria.

Si recorremos los anales de la Iglesia ecuatoriana, no encontraremos un solo prelado ni sacerdote alguno que, como González Suárez, se hubiese preocupado tanto del Ejército, de inculcarle el más ardiente patriotismo, amor y admiración a nuestros próceres y libertadores, culto a los grandes días de la Patria, a los fastos nacionales, veneración a nuestra bandera, símbolo de nuestras glorias y de nuestras esperanzas; dignidad, valor, hidalguía, abnegación y lealtad. Por esto, fuimos los promotores más entusiastas del Acuerdo de condolencia del *Círculo Militar*, para honrar, de algún modo, al Arzobispo patriota, y aquella resolución honró más todavía a la Milicia que al sabio historiador.

En sus profundos e inimitables discursos pronunciados en los aniversarios de nuestra Independencia, en los funerales del Gran Mariscal de Ayacucho, en la bendición de los pabellones del batallón Universitario y del Pichincha, en sus *exposiciones, alocuciones, manifiestos* y *cartas*, se encuentran rasgos preciosos de elocuencia militar y del más puro y acrisolado patriotismo, que, los militares debiéramos llevarlos gravados en la memoria y en el corazón.

Ya que mi pluma, tosca como la espada de los antiguos guerreros, es incapaz de traducir ni expresar los merecimientos del eximio patriota ni las hondas sensaciones de mi alma y sus doloridas vibraciones; quiero, como su mejor elogio, consignar aquí, siquiera, unos pocos, de esos muchos rasgos, con los que, muy bien pudiera formarse un gran libro, para que jefes, oficiales y soldados los conserven y recuerden perennemente.

Qué alto y elevadísimo concepto tenía González Suárez, de la carrera militar, de la profesión del deber,

el honor, el sacrificio y la gloria; cuánto se empeñaba, en inculcar a los soldados, nobles sentimientos, grandiosos ideales, aspiraciones infinitas; en hacer de ellos, centinelas abnegados y leales de la Patria y de sus instituciones, verdadera garantía de la honra, la vida y la propiedad, inquebrantable baluarte de las leyes, inmovible apoyo de la autoridad. — Recordemos sus propias palabras:

“Soldados, cuando empuñéis las armas para combatir, acordaos que la guerra no es lícita sino para conseguir la paz, sed, pues, víctimas espontáneas y generosas de la paz. . . El soldado, cuando va al combate no dice: voy a combatir por mi vida, sino combatiré por la vida de todos mis conciudadanos. Jesús, el Maestro divino dijo: que la mayor prueba de amor a nuestros semejantes es dar la vida por ellos. . . Un soldado es la víctima voluntaria de la paz, un hombre resuelto a sacrificarse en aras de la Patria; un hombre, para quien la muerte misma tiene encantos cuando se la recibe por el bien común. Por eso la sociedad ensalza, admira y aplaude a los soldados; con sus glorias se siente grande y con sus virtudes poderosa.

Impedir el mal, hacerlo moralmente imposible y practicar el bien; ved, ahí, el único motivo de existencia de la fuerza armada en la sociedad. Tal es ¡oh soldados! el nobilísimo fin de la profesión de las armas; por esto, las armas no dan órdenes, las cumplen; por esto, la fuerza está al servicio de la justicia: por esto, la espada no legisla, obedece. . . Soldados, emplead en provecho de la sociedad las armas que la autoridad ha puesto en vuestras manos, conservad la paz, haced que el desorden y el mal sean imposibles.

¡Oh soldados, no envilezcáis jamás vuestras armas, consagrándolas a sostener lo injusto: no aflijáis a la Patria, donde está vuestro hogar, donde habéis mecido la cuna de vuestros hijos, donde habéis sepultado a vuestros mayores, donde se halla el altar de vuestro Dios!! . . .

Quién ha puesto en vuestras manos esas armas? . . .  
 La ha puesto la autoridad en nombre de la ley. . . Por

esto la sociedad os ha escogido de en medio de sus hijos, os ha condecorado a la vista del pueblo, os ha exaltado sobre vuestros conciudadanos y os galardona con largueza, porque quiere descansar tranquila confiando en vuestra lealtad y patriotismo! No hagáis jamás traición a vuestra Patria! El soldado tiene dos virtudes, las cuales son sus prendas características: la obediencia y la fidelidad: obediencia hasta el sacrificio, fidelidad hasta el heroísmo. Obediente hasta derramar su sangre, irá callado, firme, resuelto allá donde le mandaren sus jefes: fiel hasta el heroísmo, primero perecerá, antes que hacer traición a la autoridad y a su conciencia.

Capitán, dijo un día Carlos IX al jefe de *La-Rochelle*, degollad, pasad a cuchillo a todos los hugonotes de esa comarca... Señor, respondió el digno jefe: entre los hombres que están a mi mando hay trescientos soldados, pero no tengo ni un solo verdugo: y la vida de los calvinistas fue salvada!!!... Soldados, no hagáis jamás de verdugos, no seáis nunca mercenarios, no rodéis los patíbulos, no manchéis vuestras manos con sangre inocente; respetad a los niños, a los ancianos y a las mujeres...

Soldados, la espada es la defensora de la vida, de la propiedad, la salvaguardia de vuestros hermanos; pero una vez teñida en sangre fratricida, espada es de Absalón, cuyas manchas no han podido lavarse en cuarenta siglos!... Soldados, sed como Benalcázar, no sólo penséis en destruir a los enemigos de la Patria, sino que, con vuestra espada trazad y levantad templos y ciudades... Sed como Sucre, que después de sus triunfos acudía a los templos para dar gracias al Dios de los ejércitos y de las victorias". (1)

Cómo se expresa, el ilustre Prelado, al hablarnos del Libertador, de aquel hombre *providencial* que, con su constancia, denuedo y poderío, redimió pueblos y creó naciones; que con el impulso vivificador de su in-

---

(1) Discurso pronunciado en la Iglesia de San Agustín de Quito, el año de 1883, en la bendición de la bandera del Batallón "Vencedores de Pichincha".

victa espada, independizó todo un continente e hizo surgir de entre las sombras del coloniaje, cinco naciones independientes y libres; que con el aliento de fuego de sus cañones, forjó de las cadenas de la esclavitud las poderosas ruedas del carro de la libertad y del progreso. —Transcribimos sus hermosas frases:

“Como para llevar a cabo una empresa tan ardua, tan formidable como nuestra emancipación, eran necesarios medios también extraordinarios, la Providencia divina se encargó de proporcionarlos, y cuando los patriotas estaban ya cansados, desalentados, en muchas partes vencidos, y hasta arrepentidos de su empresa; cuando los ejércitos españoles se paseaban victoriosos y la causa de la emancipación parecía perdida definitivamente, entonces se presentó al frente de los maltratados batallones de la patria un hombre, a quien el cielo había dotado de prendas asombrosas, formándolo a propósito para libertar la América.

Valor extraordinario, magnanimidad, constancia eran sus prendas principales: denodado en los peligros, inquebrantable ante la adversidad, tenaz para vencer obstáculos y superar dificultades, pronto en concebir planes grandiosos y diestro en ponerlos por obra, abrazó la causa de la independencia con amor; con decisión, con entusiasmo, y consagró a ella todo su sér, todas sus facultades, su vida misma; y, poseído de la justicia de la empresa que había acometido, empuñó la espada y se lanzó al campo de batalla. . . ¡ Ese hombre extraordinario era Bolívar! . . . La guerra cambió de aspecto y la emancipación fue ya un hecho consumado. . . Había aparecido el Libertador! . . .

Bolívar venía a batallar armado de armas invencibles: esas armas eran la espada y la palabra: la espada vencedora, la palabra poderosa e invencible; y guerreó con la espada y guerreó con la palabra suya, todavía más triunfadora que su espada. Allí en las ardientes playas del torrentoso Orinoco se armó para batallar, teniendo contra sus mal paradas tropas de improvisados soldados el poder robusto y colosal de la vieja colonia, enseñoreada de América; y habló y el fuego del patriotismo abrasó

los pechos de sus soldados, y fijó en ellos su mirada fascinadora y volaron al combate, y treparon a la enhiesta cordillera y descendieron al hondo valle; y el poderoso ejército de los realistas se aterró y cayó despeñado de derrota en derrota, ya cercado por la victoria, retrocedió huyendo desde el turbio Magdalena al argentino Potosí; y allí se rindió vencido y subyugado por el Capitán americano, que no le daba punto de reposo. . . Bolívar, firme sobre su corcel victorioso, le señaló con el dedo las olas del Pacífico, y, recogiendo precipitadamente soldados y generales el despedazado cetro de sus monarcas, y las rotas coronas de sus virreyes, se hicieron a la vela, huyeron de América, y desde ese día el León de Iberia dejó de apretar con sus cansadas garras entrambos hemisferios! . . .

Alejandro, vencedor en Arbela, respetó a la esposa de Darío; Bolívar rehusó ceñir a su frente la corona de rey de estas comarcas que él mismo había libertado: César habría hecho feliz a Roma, si el puñal de los conjurados no hubiera puesto alevosamente término a su vida; si Bolívar en su obra magna de la organización de Colombia no hubiera sido estorbado por la demagogia, habría hecho grandes y felices a estos pueblos: Napoleón borra con su espada los límites de las naciones y hace de la Europa uno como feudo de familia; Bolívar funde cinco naciones libres e independientes y vence y derrota en América a los vencedores de Napoleón en Bailén y Zaragoza!! . . .” (2)

Y, cómo nos habla, González Suárez, de Sucre, del Gran Mariscal de Ayacucho, del que selló nuestra emancipación con la gloriosa batalla de Pichincha; de este héroe, cuya modestia y magnanimidad eran tan grandes como su valor, arrojo y bizarría; del más inteligente y esforzado de los tenientes de Bolívar; de aquel prócer que más hondamente sentía el deber, la abnegación y el sacrificio; que había erigido en su atlético pecho un

---

(2) Discurso pronunciado el 10 de Agosto de 1881, en la Catedral de Quito.

altar a la libertad, y que se inmoló por ella, ungiéndose con su propia sangre en la encrucijada de Berruecos

“En presencia de los restos mortales del esclarecido Mariscal de Ayacucho, del varón egregio, a quien nunca inspiraron miedo las huestes enemigas por numerosas y aguerridas que fueran, tan sereno en el momento del combate, tan diestro en trazar acertadísimos planes de batalla, yo siento temor de hablar y me ha acometido el miedo. . . ¡ Ah! Es porque en las batallas de la palabra es muchísimo más difícil alcanzar la victoria, que en aquellas en que se guerrea con la espada. . .

Los triunfos de Sucre no eran golpes favorables de la fortuna, sino el resultado del talento del vencedor para combinar el plan de la batalla, de su serenidad admirable durante el combate, de su valor indomable y de su entereza militar, en la cual entre tantos valientes no tenía rival. . .

La emancipación de Colombia y del Perú estaba consumada y asegurada merced a su valor de guerrero sin par y a su prudencia de gobernante, y lo que no alcanzaba con las armas conseguía con su magnanimidad. . . El tratado de la regularización de la guerra celebrado con Morillo, es el monumento imperecedero de los sentimientos humanitarios y nobles del invicto Mariscal, su virtud excesa, sobre todo, fue de perdonar a sus enemigos. . .

Tácito, en el libro XIII de sus *Anales*, llama hermosos remates de la guerra a esos en que el vencedor, después de la victoria, trata blandamente a los vencidos. Sucre sabía rematar hermosamente la guerra, como para honra de América toda, supo rematarla después de su espléndida victoria de Ayacucho, que terminó con abrazo de hermanos entre vencedores y vencidos; y pudiendo acabar con ellos los perdonó y hasta los favoreció. . .

Sucre era una garantía para la conservación de la paz y el más firme apoyo del orden. . . La espada de Sucre nunca se manchó con sangre fratricida, en sangre derramada en guerras civiles, sólo la esgrimió para defender la libertad y la gloria; la habría convertido en arado, antes que mancharla en guerras civiles. . . Mo-

derado en sus opiniones y muy respetuoso de las ajenas, discreto, generoso, con esa modestia que es la virtud relevante de los héroes; obediente, moral y subordinado, culto y respetuoso, sin ambiciones ni codicias, orín de las almas ruines . . .

Después de la gran batalla de Pichincha, cuyo plan lo combinó con aquella mirada rápida del genio, Sucre, llevando enhiesta su espada triunfadora, entró aquí en esta misma Catedral para tributar al Todopoderoso las debidas acciones de gracias, por la libertad que se había dignado conceder a la antes colonia y ya nación independiente". (3)

Vimos que, con justicia, se había cubierto con el pabellón nacional la caja mortuoria en que González Suárez dormía el sueño de la inmortalidad y de la fama; la vista de esa bandera fue la insignia que señaló a nuestros próceres y libertadores la senda del heroísmo y de la gloria; ella, electriza y arrebatada, por su atracción invencible, se inmolaron Calderón en Pichincha, Girardot en el Bárbula y Ricaurte en San Mateo!! . . . Ella, inspira a los poetas cantos sublimes, épicas estrofas; a los ferrados guerreros, arengas arrebataadoras, centelleantes de fuego y de metralla; y, a oradores como Gonzalez Suárez, discursos y proclamas como la siguiente:

"Ahora, para concluir, os voy a decir unas pocas palabras, que, sin duda ninguna, aceptaréis como expresión de las ideas que despierta en mi mente, y de los afectos que enciende en mi corazón la vista de la bandera nacional, de la bandera que es el pabellón de la Patria. Con estas mis postreras palabras no pretendo otra cosa sino hacer que nazca en vuestros pechos el amor de honra, fuego saludable, que prende a maravilla en ánimos militares. Qué afectos despierta en quien la mira a la luz de la historia, en quien la contempla alumbrada por el sol que brilló espléndido sobre Pichincha, sobre Junín, sobre Ayacucho.

---

(3) Discurso pronunciado el 4 de Junio de 1900, en la Catedral de Quito, con motivo de la traslación de los restos del General Sucre.

¡Ah! Esa bandera tiene para nosotros una muy grande significación social, y por eso, yo no puedo verla sin que mi corazón palpita de entusiasmo . . . Este corazón de sacerdote no puede ser indiferente a lo grande a lo magnánimo, a lo heroico, y esa bandera nos trae a a la memoria acciones generosas, hechos magnánimos, sacrificios heroicos! Sí: para el sacerdote también hay Patria, Señores, y nuestro corazón aunque desprendido de las cosas de la tierra, también es capaz de patriotismo, porque patriotismo es virtud, y ninguna virtud está por demás en pecho cristiano, menos en pecho sacerdotal. . . .

En los grandes días de la Patria, el pabellón tricolor del iris volvía triunfante en cien batallas, ungido, según la expresión feliz de un poeta, con la sangre de los héroes muertos en la lid; y entonces al verlo, no había pecho que no latiera de regocijo, que no palpitará de entusiasmo: hoy, cuando el viento lo despliega en medio de los ejércitos de la República prontos a combatir, no podemos contemplarlo con indiferencia.

¡Soldados! no podemos ver ese pabellón flotando sobre vuestras cabezas ahora, cuando os estáis aparejando a sacrificaros como víctimas generosas y espontáneas por la paz de la República, no podemos verlo sin una profunda emoción de respeto y de placer, de inquietud y de admiración!

“¡Ah! decidme, soldados, qué sentiréis cuando, sacudidas las fibras íntimas del corazón al golpe mágico de estrepitosa música militar, marchéis, armas al hombro, con el fuego de amor patrio, llevando al frente esa bandera con que triunfaron Bolívar en Junín, Sucre en Pichincha. . . .

Cuando veáis esa bandera ondeando sobre vuestras cabezas en el momento del combate, decid, Soldados, será posible que alguna vez os sintáis cobardes? . . . La vista de esa bandera en los campos de batalla suele encender en marcial coraje el pecho de los combatientes; pero esa bandera la llevaron siempre los leales, y en pechos fementidos no prende nunca la pura llama del patriotismo! . . . .

Esa fue la bandera con que los soldados de la gran Colombia triunfaron de las aguerridas huestes peninsulares en Carabobo, Boyacá, Junín y Ayacucho, cuando tan heroicamente combatían por darnos patria libre e independiente: no la afrentéis nunca, Soldados, arrastrándola a luchas fratricidas!! . . . Esa bandera la llevó Bolívar, y no puede levantarse nunca con gloria, sí, al flotar al aire, ha de acariciar la frente de los déspotas!! . . . En la mañana del 24 de Mayo de 1822, esa bandera ondeó en los riscos del Pichincha sobre el ejército del invicto Sucre! . . .

Soldados! aunque vayáis condecorados con uniforme, esa bandera no puede servir nunca de enseña a turbas de esclavos! Esa bandera honró la diestra triunfadora de Simón Bolívar, el Libertador: no la toque quien no tenga limpias las manos, generoso el corazón! . . .” (4)

Como dejamos dicho, podría formarse un libro coleccionando cuánto escribió González Suárez, para levantar y ennoblecer al Ejército, para infundirle patriotismo, valor, abnegación y lealtad. El, cuyo corazón palpita-ba al nombre de la Patria, a sus impulsos y a su suerte; que se encantaba con las batallas y triunfos de la independencia, con los ecos de sus cañones, con los pendones de la libertad que nos legaron Bolívar y Sucre; con el recuerdo de aquellos tiempos heroicos en que, un puñado de hombres desnudos y mal armados vencían a poderosas legiones, a innumerables y aguerridas huestes; aquellos colosos que, al decir de Vergara y Vergara, abordaban a nado los navíos y desbarataban con foetes los cuadros españoles.

Soldados, a vosotros que os atrae la aureola gloriosa que flamea al rededor del pabellón nacional, os atraen, también, la virtud, el patriotismo, la ciencia; y si sois impasibles ante las balas enemigas que silvan como ser-

---

(4) Discurso pronunciado en la Iglesia de San Agustín de Quito, el año de 1893 en la bendición de la bandera del Batallón “Vencedores de Pichincha”.

pientes de fuego, os conmovéis y sentís ante el desaparecimiento de los grandes hombres.

Soldados, ante la ilustre memoria de González Suárez, del egregio patriota, que reposa en el panteón sublime de la historia, inmortalizado por sus obras, ungido por la gratitud y admiración de todos los ecuatorianos:—formad calles de honor, enlutad vuestros pabellones, poned las armas a la funerala e inclinad esas altivas frentes; apagad los redobles de los tambores y los vibrantes ecos de los clarines de guerra, que, nuestros ígneos y gigantescos volcanes, con sus atronadores estampidos, serán los poderosos cañones que le harán eternamente, las salvas de honor que se merece.

TELMO R. VITERI.

## Un retrato de González Suárez

---

Si las plumas no se han dado tregua en la noble tarea de esbozar la figura del eminente ecuatoriano, desde el momento en que se eclipsó su existencia, no menos férvido ha sido el entusiasmo de nuestros artistas por fijar en el lienzo la fisonomía del mismo egregio varón, en una como generosa competencia de aptitudes de interpretación y ejecución artísticas.

Arte sutilísimo y delicado el del retratista, literaria y pictóricamente hablando. Un retrato, en lo literario, es primero una penetrante indagatoria de los grandes y pequeños hechos de que se compone el *yo* humano, hechos que luego permitan sacar conclusiones de alcance significativo, y después es una confluencia y una resultante de aquellos elementos constitutivos, de aquellas deducciones dispersas; resultante que nos da rehecha una persona, delimitado un espíritu, definido un carácter . . . En pintura, el retrato no es sólo esmero transcripivo o reproductivo de facciones y actitudes, no es únicamente consecución del perfecto parecido, porque tal cosa se asegura con los mecánicos procedimientos fotográficos; animando el conjunto, dándole un soplo de vida, debe tener, ante todo, «la expresión», lo íntimo y característico de la persona.

Una gran ponderación de juicio, para que todo se enlace de una manera íntima, en la serie de hechos que componen una vida, el fondo de una personalidad, y no padezca ésta deformaciones o adulteraciones: he ahí la primordial obligación del biógrafo. Un sentido o comprensión de la temperatura moral del personaje retratado, sobre el mayor o menor conocimiento de su vida y de sus obras: he ahí la esencial virtud del pintor retratista.

El género, en uno y otro caso, resulta, por tanto, de más difícil cultivo de lo que pudiera creerse. No es sólo cuestión de habilidad y de técnica; supuestos el dominio de ésta y la plena posesión de datos, requiérese saber sacar de ellos una figura sensible, viviente; una fisonomía que nos dé la emoción de la realidad, tras de la cual nuestra fantasía no pueda menos de ver revivir una existencia y una alma . . .

Entre los muchos retratos al óleo de Federico González Suárez, que he visto hasta ahora, ninguno, en mi concepto, que realice aquella fórmula de concreción intimista, además del notable parecido, como el que Víctor M. Mideros ha trabajado para obsequiar a la Sociedad Jurídico-Literaria. ¡Qué expresión la que ha acertado a imprimir el joven pintor en la austera fisonomía del patriota, maestro y apóstol! Aquello es verdaderamente inspirado, acabado.

En el amontonamiento de juicios críticos y rasgos anecdóticos, de apreciaciones y semblanzas hechas desde diferentes puntos de vista, acerca de González Suárez, una cosa que resaltará y quedará en limpio es la alta significación moral del hombre, superior a su obra, como todos aquellos personajes históricos que, en el despliegue rítmico de su fuerte personalidad, al aplicar sus energías a la vida de las sociedades, tuvieron que someterse a las condiciones del organismo social de que formaron parte.

Sacerdote ejemplar, nunca pudo, en su calidad de jefe de la iglesia ecuatoriana, dotado como estaba de una incontrastable energía de carácter, convenir con la falta de verdadero espíritu evangélico, de virtud sincera, que se advierte en una buena mayoría de nuestro clero secular y regular; y a reprimir tántos malos hábitos y

levantar la dignidad del sacerdocio enderezó sus esfuerzos, con severidad rayana casi en terca adustez. Ello explica el sordo y rebelde descontento, la mal disimulada resistencia que se opusieron siempre por frailes, clérigos y monjas a su labor depuradora. Las tentativas de lo que los descontentos llamaban su liberación, fueron hasta Roma. Estamos en posesión de innumerables datos, que, de divulgarlos, llevarían al público el convencimiento de las tremendas luchas interiores y la abrumadora pesadumbre que González Suárez hubo de sobrellevar por culpa de aquella gente rehacia a las amonestaciones y enseñanzas de su pastor.

Hombre que había estudiado a fondo la historia de su pueblo y de su patria, que los amaba con la imperativa fuerza de quien reputaba ese amor uno de los irrenunciabiles deberes morales, nunca pudo, igualmente, consentir que sólo el Ecuador continuase siendo el último residuo de esas luchas religiosas primitivas que encierran el germen de la descomposición y aniquilación de las nacionalidades. Verosímilmente, González Suárez tenía un elevado y moderno concepto de los fines del Estado, y le repugnaba que se tomen como medida de los intereses de éste las exigencias ilógicas de la pasión sectarista, ni siquiera las ingenuas necesidades de la expansión religiosa, menos que el clero se abanderizara y soplara en la hoguera de la discordia, a pretexto de salvar las creencias. La furia aulladora del conservatismo clerical le hizo, pues, objeto de encono, también por su parte, y he allí otro de los suplicados motivos de amargura que tuvo en su vida el ejemplar ciudadano, sin cuya admonitoria autoridad habría, sin duda ninguna, padecido el Ecuador la afrenta de una invasión extranjera y retrogrado a los tiempos de pleno inquisitorialismo.

La lucha que sostuvo, tenaz e imperturbable, fue por ello de un fondo de poesía heroica, y su actitud batalladora algo grandiosamente patriótico, mientras acentuaba, de otro lado, su adhesión a las doctrinas católicas y se empeñaba en ser vivo ejemplo de austeridad, desinterés, independencia y consagración al estudio.

A este infatigable obrero de la ciencia, a este sembrador de verdades, de las verdades de que más había menester nuestro pueblo, a este extirpador y fustigador de concupiscencias farisaicas, a este carácter de una sola pieza, a este corazón todo caridad, a este varón justo, que tanto bregó, que tantas congojas devoró en silencio, para quien «manos fraternales» prepararon el puñal o el veneno, no podía concebírsele, en el retrato, con otra expresión que la de una fortaleza interior irreductible, una reconcentrada y honda tristeza en la mirada, un rictus amargo y prolongado dibujándose en los labios, un hálito luminoso de ciencia y experiencia en la amplia frente, llena de surcos . . .

Y Víctor M. Mideros—lo repito—ha acertado, de modo magistral, con esa expresión, ha condensado en el rostro de González Suárez la odisea de su vida, el *via crucis* de su apostolado.

La Sociedad Jurídico-Literaria conservará como un tesoro aquel retrato, digno del gran narrador de las cosas de esta tierra.

J. E. M.

SOCIEDAD JURIDICO-LITERARIA

# REVISTA

NUEVA SERIE \* TOMO XIX

JULIO—DICIEMBRE DE 1917

..... QUITO—ECUADOR .....

IMPRESA DE LA UNIVERSIDAD CENTRAL



# INDICE DEL TOMO XIX

	Págs.
<b>Arroyo, César E.</b> —Olmedo.....	43
<b>Barrera, Isaac J.</b> —Crónicas del mes.....	229
<b>Borja, Luis F.</b> —González Suárez: su vida y su obra.....	305
<b>Bustamante y Ballivián, Enrique.</b> —Las Cumbres (poesía)..	156
<b>Crespo Toral, Remigio.</b> —Hesíodo.—Esquilo.—Tirteo.—Píndaro (sonetos).....	326
<b>Destruge, Guillermo.</b> —Las interpretaciones como método científico.....	80
<b>Gómez Jaramillo, Alberto.</b> —La Jurisdicción coactiva y los fondos y rentas de los Colegios..	61
<b>Jiménez, Nicolás.</b> —El Ilmo. y Rvmo. Sr. Dr. D. Federico González Suárez.....	241
<b>J. E. M.</b> —Un retrato de González Suárez.....	373
<b>Moreno, Julio E.</b> —El Segundo Congreso Americano del Niño	226
" " " Remigio Crespo Toral.....	330
<b>Pástor, César Alfonso.</b> —Nociones fundamentales de Estética 1,	182
<b>Quevedo, Belisario.</b> —Historia, Filosofía de la Historia y Sociología.....	140
<b>Sánchez, Manuel María.</b> —Federico González Suárez (soneto)	304
<b>Tobar y Borgoño, C. M.</b> —Un Proyecto de Codificación del Derecho Internacional Privado (continuación).....	104
<b>Viteri, Telmo R.</b> —González Suárez y el Ejército.....	359
<b>Viteri Lafronte, Homero.</b> —La Historia del Reino de Quito.—Los Seyris del Padre Velasco...	162
<b>Zaldumbide, Gonzalo.</b> —José Enrique Rodó.....	119



MANUEL J. GALLE

BIOGRAFÍAS y

SEMBLANZAS

==== QUITO-ECUADOR ====

Talleres Tipográficos Nacionales

==== 1920 ====